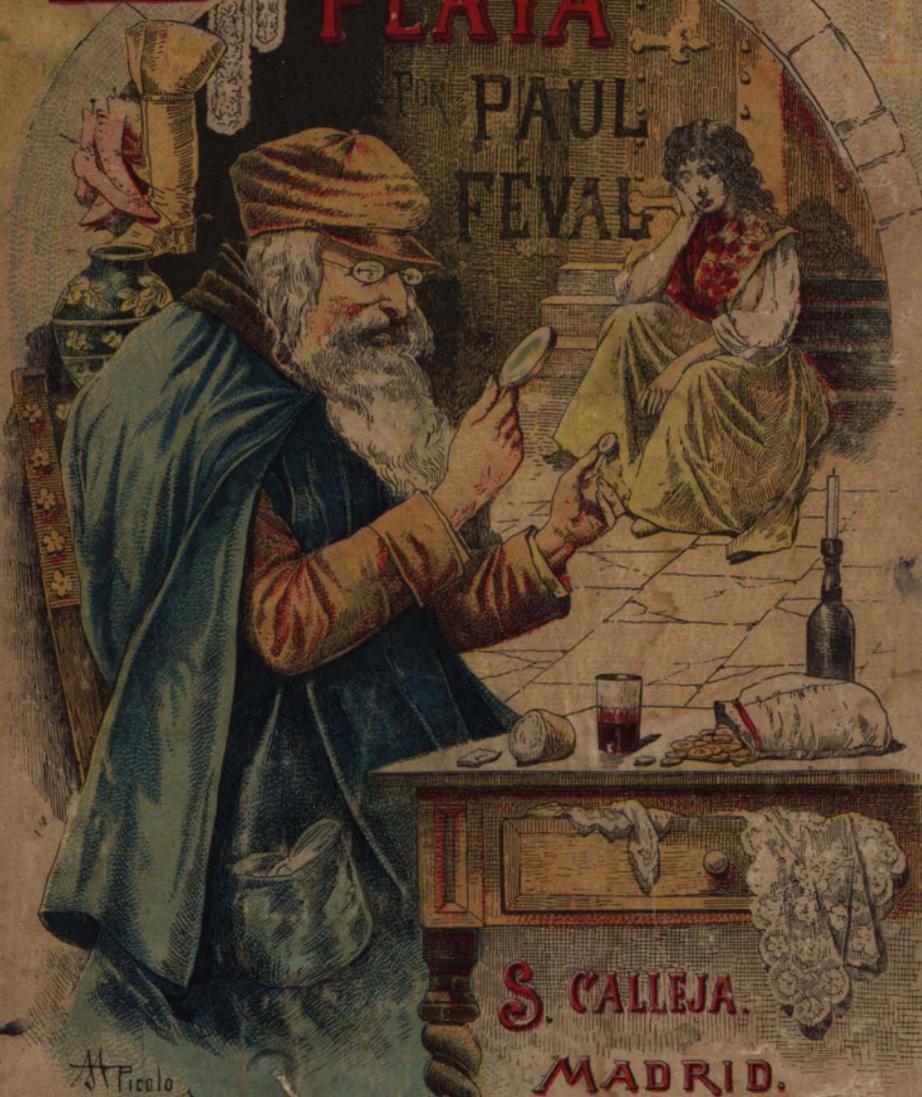


LOS MERCADERES DE PLATA

DE

PAUL
FEVAL



S. CALLEJA.
MADRID.

1429



LOS MERCADERES DE PLATA

CAPÍTULO PRIMERO

Nono la esportillera.

Paróse el idiota Geignolet arrimado á uno de los pilares del peristilo, después de haber vagado uno ó dos minutos delante de la tienda de Araby.

Su mirada seguía con avidez los movimientos de la joven Noemi, semejando á un perro dogo muy goloso que permanece en éxtasis ante el almuerzo de su amo.

—¿Tienes mucha hambre, mi pobre Nono?—dijo Gertrudis, que la miraba comer sonriendo.

—¡Oh; mucha! — contestó la niña.—¡Tengo mucha hambre! Yo creo que hubiera muerto si vos no hubierais tenido piedad de mí, porque mi amo se hace más avaro cada vez, y siempre que tengo pan, me lo arrebató Geignolet.

—¿Y por qué no vas á mi casa cuando tienes necesidad, mi pobre Noemi?

—¡Ah; no puedo dejar la tienda! Es verdad que mi amo es muy viejo; pero aún tiene fuerza suficiente para darme de golpes si nota mi falta. Por otra parte, es necesario atravesar este largo pasadizo antes de llegar á vuestra casa, mi buena señorita, y en este trecho encontraría indudablemente á Geignolet.

—¿Conque le tienes tanto miedo?—dijo Gertrudis.

La pobre Nono se estremeció de pies á cabeza, y dejando de comer, exclamó:

—¡Oh; muchísimo! En una ocasión me encontré por la noche en un rincón de la plaza de la Cordelería. ¡Dios mío, señorita; Geignolet es tan malo como buena sois vos! Me cogió por los cabellos, me arrojó á tierra, y me golpeó con pies y manos, rugiendo de coraje. Cuantos más golpes me daba, se ponía más furioso; y si no me hubiera favorecido Hermann, el amigo de vuestro padre, creo que me hubiera muerto.

Al decir estas palabras se agitaba el seno de la infeliz, y sus ojos se arrasaban de lágrimas.

Gertrudis, ligéramente conmovida, se sentó á su lado sobre el jergón.

Geignolet se escondió todo lo posible detrás del pilar.

—Pero tú, Nono, ¿qué le has hecho para que te maltrate así?

—¡Dios mío!—contestó la niña.—No tengo culpa alguna de qué acusarme; estoy ocupando su puesto, y bien sabe Dios que es sobrado ruin semejante empleo. Él servía antes que yo de esportillera á mi amo, el cual le despidió porque le robaba.

Tomó Gertrudis la helada mano de Nono, y se puso á calentarla entre las suyas.

—Apresúrate á comer, pobre niña—le dijo:—mi padre me espera.

Comenzó Noemi á llevar de nuevo la cuchara á la boca, y en pocos instantes quedó la taza vacía.

Lanzó entonces el idiota un sordo gruñido.

—¡Todo se lo ha comido!—murmuró.—¡Nada ha dejado para Geignolet!

Avanzó después hasta colocarse de frente al pilar. Nono le vió, y se estremeció llena de espanto. Gertrudis se volvió con viveza y percibió al idiota, que huía mostrando á su víctima el puño amenazador.

Levantóse la hija de Hans, y volvió á tomar la taza.

—Es un pobre insensato—dijo:—es necesario perdonarle.

—¡Oh; le perdono!—exclamó con viveza la pobre niña, cuyos hermosos ojos fueron iluminados por un reflejo angelical.—¡Le perdono por vos, señorita, y por su hermano, á quien amáis! Yo rezo por él todos los días; rezo por él y por toda su familia, que es tan desventurada como yo.

El más vivo rubor tiñó las mejillas de Gertrudis.

—¡Adiós, Nono!—pronunció en voz baja.—¿No tienes nada que decirme?

Noemi vaciló durante un segundo; bajó los ojos, y sus largas pestañas negras cayeron sobre sus escuálidas mejillas.

—Quisiera deciros una cosa—respondió al fin;—pero temo entristeceros, mi buena señorita.

Gertrudis, que tenía ya un pie en el umbral, se acercó á la niña. Ésta cogió una de las manos de aquélla, y la besó con respetuosa ternura.

—¡Oh; si supierais cuánto gozo al veros sonreír!—exclamó la desdichada.—¡Si supierais cuán grande es mi desconsuelo al notar apesadumbrados vuestros ojos!

—Habla pronto—dijo Gertrudis.

—Ayer ha venido aquí la anciana Regnault; estuvo llorando, y la oí suplicar á mi señor que le prestara dinero.

—¿Y cuánto deseaba?—preguntó Gertrudis.

—¡Oh; mucho, muchísimo!—repuso la niña.—Ya os dije ayer que no había podido pagar su

puesto; pero eso no es nada en comparación de lo demás. Parece que está debiendo al tabernero de *La Firafa*, y este hombre carece de compasión. Si no le paga, la llevará á la cárcel.

Los fresquísimos colores de Gertrudis se desvanecieron de súbito.

—¿Y Araby no ha querido darle dinero?—preguntó.

Nono se encogió de hombros.

—No tenía prendas—contestó,—y el amo la ha echado con injurias.

Inclinóse sobre el agitado pecho la cabeza de Gertrudis durante un momento: parecía reflexionar.

—¡Es necesario que yo le vea!—dijo como hablando consigo misma.—¡Adiós, Nono! Volveré mañana.

Cuando se hubo marchado la caritativa Gertrudis, alzó la pobre Noemi sus ojos al cielo, y pidió á Dios que la hiciese feliz.

No había entrado aún Gertrudis en el obscuro pasadizo que conducía á la casa de su padre, cuando un flaco y descarnado anciano, metido dentro de una hopalanda, y con una gorra de piel, cuya enorme visera le caía sobre los ojos, desembocó en la calle de la Petite-Corderie. Marchaba balanceándose y resbalando sobre el húmedo empedrado.

Detrás de él una porción de chiquillos traviosos

y mal educados le gritaban, diciéndole carnavalescas injurias que nos es imposible escribir; pero, sin cuidarse de ellas, atravesó la plaza de la Ronda apoyándose sobre un largo bastón con puño negro de asta de toro.

Era aquel anciano el Lobo blanco, el Judío errante, el honrado Araby, en fin, que acudía á su despacho una hora más temprano que de ordinario, porque éste era el mismo espacio de tiempo que se había concedido de asueto el día anterior, domingo de Carnaval.

Al entrar en la mísera antecámara percibió á Noemi, y le dirigió una mirada de mal humor.

— ¡Perezosa!—gruñó.—¿Os tengo aquí para gastar mis jergones hasta las ocho de la mañana? ¡Veamos! Os he dado lana para que hagáis calce ta cuando no estoy aquí. ¿Dónde está vuestro trabajo, holgazana?

Nono no contestó, y permaneció delante de su amo mostrando en su descarnado semblante la más completa sumisión.

— ¡Arreglad vuestro cuarto!—dijo el usurero.

Noemi, obediente como un cordero, enrolló su colchón y lo tomó con ambos brazos, que flaquearon bajo su peso.

Araby abrió la puerta del almacén, y la criada introdujo allí su colchón: el aposento quedaba arreglado.

El Lobo blanco sacó en seguida de una faltri-

quera dos gruesas llaves, que introdujo en la cerradura de su despacho. La puerta giró sobre sus goznes rechinando; el anciano desapareció, y pudo percibirse inmediatamente el ruido de las llaves y puertas vueltas á cerrar.

Al cabo de algunos minutos se separó bruscamente el tablón que cubría el agujero en forma de media luna; la enorme visera y la velluda gorra de Araby aparecieron entre una especie de claro obscuro. El despacho estaba abierto.

—¡Holgazana!—dijo el usurero.—¡Marchad á buscar mi almuerzo; y cuidado con detenerse en el camino!

Puso una moneda sobre la redonda tabla, ennegrecida por el uso, que sobresalía del agujero formando mostrador. Nono la tomó y salió corriendo.

Al cabo de un minuto volvió con un pedazo de pan y un insignificante trozo de queso.

Araby recibió ambas cosas con sus manos de esqueleto, alcanzó un cuchillo gastado por ambos lados á fuerza de larguísimos servicios, y comenzó á almorzar.

Los bocados de pan y los de queso pasaban á un mismo tiempo por debajo de la enorme visera; no se veía apenas más que la barba del usurero, que seguía todos los movimientos de su boca.

Al paso que engullía su almuerzo con sensual lentitud, decía el Lobo blanco:

—¡Holgazana! ¡Es imposible que tengáis hambre

tan temprano, después de haber dormido como una gran señora! Marchad al almacén, y haced sitio para colocar lo que Dios nos envíe en este día. No echéis nada á perder; sobre todo, no robéis. Si á mediodía me tenéis contento, os daré pan y lo que me quede de mi queso.

Nono penetró en el almacén.

Araby prosiguió haciendo los honores á su festín, con el ojo en acecho en su obscuro agujero, semejante á un viejo y perezoso mono que roe una nuez robada.

Gertrudis entretanto había vuelto á la casa de su padre. Juan Regnault la esperaba en el patio con su organillo sobre las espaldas.

La joven pasó rápidamente por delante de él.

—Esperadme—le dijo:—voy á volver pronto.

Subió corriendo la escalera de su cuarto, y, sin dirigir siquiera una mirada á la vasija de barro cuyo contenido hervía á borbotones en el abrasado hornillo, abrió la cómoda de nogal que formaba su modesto guardarropa, y de uno de sus cajones tomó un bolsillo que contenía como una veintena de monedas de cinco francos nuevecitas y brillantes, que le había dado su padre en diferentes ocasiones.

Después volvió á bajar tan ligeramente como había subido. En vez de salir al patio, se paró en el umbral, é hizo señas al organillero para que se acercase. Juan Regnault se consideraba dichoso

con verla solamente; pero en aquel instante aparecía en su rostro una tristeza más profunda que por lo general.

Gertrudis colocó su blanca mano sobre la chaqueta de pana del pobre mozo, y le miró frente á frente, sin hablar, durante algunos segundos. Ya no era la joven frívola que pasaba del rezo á las canciones, sublevándose contra la melancolía infantil de sus ensueños: había en sus miradas un interés serio y profundo.

—Juan—murmuró con acento de reproche,—me decís muchas veces que me amáis, y, sin embargo, no tenéis confianza en mí.

El tocador de organillo tenía inclinados los ojos hacia el suelo, las mejillas pálidas y una sonrisa forzada en los labios.

—Si yo fuera dichoso, Gertrudis—contestó con voz ligeramente temblorosa,—Dios sabe que todo os lo diría; ¡pero me causa tanta alegría veros contenta!... ¿Por qué he de querer dividir con vos mis sufrimientos?

Frunciéronse las cejas de la joven.

—Habéis mentido—le dijo:—¡Vos no me amáis!

El pobre Juan Regnault cruzó ambas manos: todo su amor ardiente, respetuoso y sincero resplandeció en su mirada.

—¡Oh Gertrudis!—balbuceó con dulzura—¡No me dirijáis tan crueles palabras! Tal vez hago mal en amaros, porque nada tengo que deciros, á no

ser mis sufrimientos y mis miserias. ¡Pero os amo, Gertrudis, os amo con toda mi alma!

Gertrudis fingió estar más colérica aún: su linda cabeza se volvió para ocultar la emoción que la dominaba. Después, haciendo un esfuerzo para conservar su frialdad, contestó:

—Decís que cuando uno ama no debe confiar sus penas á la persona querida. ¡Oh! Creo que os engaños. Si yo sufriese, me consolaría con hablaros de mi pena; pero vos, no. Vos nada me decís, Juan, y es menester que personas indiferentes vengan á contarme el peligro que amenaza á vuestra madre...

El pobre tocador de organillo ocultó el rostro entre las manos.

—Será acaso una noticia del Temple—exclamó con amargura. --Yo lo sé sólo desde ayer, Gertrudis; pero es cruel que haya gentes á quienes sea gustoso adivinar la desesperación ajena. ¿Qué os han dicho? ¿Y quién se ha tomado ese trabajo?

La voz de Juan Regnault expresaba una angustia tan amarga, que no pudieron menos de saltar lágrimas de los ojos de Gertrudis.

Balbuceó algunas frases; palabras confusas cayeron penosamente de sus labios.

Juan Regnault las comprendió, porque flaquearon sus piernas, y sus manos volvieron á cubrir su tristísimo rostro.

Puso en tierra el organillo, que ya no podía

sostener, y se sentó débil y tembloroso en la primera grada de la escalera.

Gertrudis llegó á colocarse cerca de él.

—¡Conque es cierto!—murmuró.

—¡Oh; cierto!—repuso el organillero soltando un gemido.—Mi pobre abuela parece muy vieja; pero, realmente, no tiene todavía la edad que exime de la prisión. Ayer por la noche mi madre me dijo llorando todo eso. Yo creía que sólo necesitaba el precio del alquiler del puesto, y estaba muy contento, porque había llegado á reunirlo durante el día. ¡Pero, Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Para ganar la suma que se necesita, tendrían que pasar días, semanas y meses, en que me protegiera la suerte con decisión!

Gertrudis se había estremecido; violentas convulsiones agitaban su seno.

—¡La cárcel!—exclamó.

—¡La cárcel!—murmuró el pobre Juan Regnault. —¡La cárcel..., y á su edad! ¡Pero no; yo no temo al desprecio del mundo!—continuó el tocador de organillo, elevando su orgulloso cuello.— ¡Soy fuerte y joven! ¡Haré que me lleven á mí en lugar de mi anciana abuela! ¿Qué me importa sufrir? ¿Qué me importa el mundo? ¡Vos, á lo menos, no me despreciaréis, Gertrudis, porque sabéis que soy un hombre honrado!

—¡Un hombre honrado y un buen hijo, mi pobre Juan!—dijo la hermosa joven estrechando en-

tre las suyas las manos del organillero.— ¡Un buen hijo—continuó—y un noble corazón, que me en-
vanezco de amar!

La mirada de Juan apareció triste y gozosa á la vez: sus húmedos ojos procuraban esconder las lágrimas.

—¡Oh...; gracias..., gracias!...

Después sacudió bruscamente la cabeza.

—Mas ¿por qué hemos de hablar de esto? No soy yo quien tiene necesidad de consuelos, mi amada Gertrudis. Voy á buscar algún trabajo. Si puedo encontrar una ocupación menos ingrata, venderé mi organillo...—dijo acariciando el instrumento,—¡mi pobre compañero, que me ha consolado tantas veces cuando me dominaba la tristeza, y para el cual he escogido las canciones que son más de vuestro gusto! ¡Pero lo venderé, sí, lo venderé! ¡Oh; si me fuera posible sacrificar algo más!...

Se puso en pie, y asió la correa del instrumento para pasarla sobre los hombros.

Gertrudis le detuvo, cogiéndole del brazo.

—Quedaos—murmuró;—permaneced conmigo un instante. Tengo que deciros...

Juan obedeció, según costumbre; pero Gertrudis no se atrevía á hablar.

Mientras que otras citas dadas y recibidas tenían lugar en el discreto silencio de la noche en apartados gabinetes y sobre los elásticos terciopelo-

los de los divanes, los dos hermosos jóvenes estaban uno junto á otro, sentados en la grada sucia y llena de polvo de una pobre escalera.

Pero en ningún otro sitio se hubiera encontrado más abnegación ni más amor; en ningún otro se hallarían corazones más generosos y sinceros.

Juan y Gertrudis se amaban con toda la fuerza de su alma; sobre aquel carcomido escalón, entre las negras y húmedas paredes de la miserable escalera, existía lo que no hubiera podido verse tal vez en las ricas moradas: un corazón de virgen, puro y delicado, y un corazón de joven, franco y fiel; una ternura igual, una correspondencia mutua y dos conciencias sin remordimientos, que podían mostrar con orgullo sus más recónditos misterios.

Empero Gertrudis vacilaba en tomar la palabra; mudaba de color á cada instante, y temblaba su boca como si se hubiera avergonzado del secreto que sus labios querían verter.

Juan la miraba con inquietud.

—Tengo una cosa que deciros—repitió después de un momento de silencio;—es una súplica. ¡Si me la negaseis, me haríais desgraciada!

—¿Qué es lo que yo puedo negaros, Gertrudis?

La pobre joven hizo por sonreír, y sus ligeros dedos se deslizaron en su seno.

Juan no percibió aquel movimiento.

—¿Me prometéis no negaros á mi súplica?—dijo la enamorada joven con voz cariñosa.

—Sí; os lo prometo—contestó Juan Regnault:— nada puedo negaros.

Gertrudis sacó entonces del seno los dedos, de los cuales pendía un bolsillo, y la sonrisa radiante en los labios de Juan desapareció al momento.

—Me habéis prometido no negarme nada—dijo Gertrudis bajando los ojos y con tono suplicante:—tomad ese dinero, y marchad á entregárselo á vuestra madre.

Juan no contestó: miraba el bolsillo como petrificado.

—¡Debí haberlo temido!—murmuró el desventurado.—¡Oh! ¡La pobreza!... ¡La pobreza!... ¡Todo lo que causa alegría á los otros, envenena nuestro sufrimiento más y más! Gertrudis, agradezco vuestro ofrecimiento en el fondo de mi corazón; pero... ¿Puedo aceptarlo? Vuestro padre es rico, en comparación de nosotros..., y las tenderas del mercado me dicen que si os amo es por el vil interés.

—¡Vos!—exclamó Gertrudis indignada.—¡Por interés!...

—¡Somos tan pobres!...—murmuró el organillero con amargo desaliento.

Gertrudis bajó la cabeza; ya no se atrevía á hablar.

Al cabo de algunos segundos levantó los ojos; su semblante, en el cual sonreía generalmente la alegría vivaracha de la niñez, había tomado un aire firme y casi altanero.

—Juan—le dijo en voz baja y con lentitud,— ignoro lo que dicen las tenderas del Temple; pero si sufriese mi padre y llegaseis vos á mí como yo llego, os juro ante el Dios que nos oye que no rechazaría vuestros socorros.

—Soy hombre—murmuró Juan Regnault,—y vos sois mujer.

—¿Y nada queréis deberme?—interrumpió Gertrudis con un repentino acceso de cólera.—¡Andad; sois orgullosos! ¡No me amáis, ni amáis tampoco á vuestra madre!

Juan permaneció mudo ante aquella acusación, y la angustia de su alma llegó á pintarse en su rostro.

Gertrudis tuvo lástima del infeliz; pero continuó:

—¡No no; vos no me amáis! No calculáis la pesadumbre que estáis ocasionándome; no pensáis en vuestra anciana abuela, á quien tan fácilmente podéis salvar.

—¡Dios míol ¡Dios míol!—suspiró el pobre Juan juntando las manos suplicantes, y desfalleciendo á impulso de aquella emoción violenta.

—¡No, no —prosiguió Gertrudis;—no tenéis lástima de los demás: sólo pensáis en vos!

El tocador de organillo le dirigió una mirada suplicante.

—Escuchad—dijo con voz entrecortada:—todo cuanto queráis, Gertrudis mía, todo estoy dispuesto á ejecutarlo. ¡Y bien sabe el Cielo que daría mi

propia vida por aliviar los padecimientos de mi pobre abuela! Pero sois una niña, mi pobre Gertrudis, y el dinero que me dais pertenece á vuestro padre.

—¡Es mío! ¡Es mío!—exclamó la joven, cuya mirada lanzó un relámpago de esperanza.—Yo no mentiría ni aun por salvaros, Juan. Creedme: es mío; mío completamente. Él forma mi corto tesoro. ¡Y si supierais cuánto agradezco al Señor la idea de haberlo conservado hasta hoy!

Juan Regnault sentía henchirse de alegría su corazón, en medio de su cruel angustia. ¡La ternura de Gertrudis se le mostraba tan sencilla y tan consagrada á su amor! Sufría; pero era feliz.

Ya no se sentía con fuerzas para negarse mucho tiempo á la exigencia de su amada; la dulce voz de aquella virgen plañía elocuente al lado de su conciencia, y el pensamiento de su pobre abuela, sumida en la desesperación, llegaba en ayuda de la mágica voz de Gertrudis.

—¡No; no quiero!—volvió á repetir débilmente.

Un relámpago de fingida cólera brilló en los ojos de Gertrudis; después se levantó de la escalera, puso las manos entre las de Juan, y le dirigió su mirada húmeda y tierna.

—¡Os lo suplico!—le dijo.

Juan la atrajo hacia sí, y la estrechó apasionadamente contra su corazón.

—¡Oh; cuánto os amo!—contestó.

La bolsa, aceptada al pronunciar estas palabras, fué deslizada por Gertrudis en el bolsillo de la chaqueta de pana.

Gertrudis, loca de alegría, comenzó á saltar, riendo y llorando á la vez.

Después enlazó sus brazos alrededor del cuello del afortunado Juan Regnault, y cubrió su frente de besos.

—¡Oh; yo también os amo!—le dijo.—¡Mi pobre Juan, nunca os he amado tanto!

Juan, en el exceso de arrobamiento que le ocasionaba tanta dicha, creía á su amada entre los brazos, cuando la vió saltar breve como un pájaro de escalón en escalón, y dirigirle desde lo alto su último beso con graciosa sonrisa.



CAPÍTULO II

Los Regnault.

Al lado opuesto del patio, y frente á las ventanas de la vivienda de Hans Dorn, había otra ventana, con vidrios pequeños y empolvados. Trozos de papel untados de aceite habían reemplazado la tercera parte de los vidrios, y un pedazo de tela amarillenta y remendada caía sobre aquel conjunto en forma de cortina.

Detrás de ella existía un aposento de mediana extensión, cuyo mobiliario consistía en un banco de madera carcomida, un viejo sillón de paja y dos pobrísimos lechos; y presentaba tal aspecto de miseria, que daba frío al que penetraba en él. No había allí fuego, ni ceniza, ni hogar; ni sus paredes estaban ocupadas por ningún armario, cómoda ó baúl, último mueble de que se desprende la indigencia.

Bastaba mirar las carcomidas tablas de los lechos, para comprender la causa que había impedido venderlos.

Era la morada de los Regnault. La abuela y la

hija dormían juntas en la mayor de las camas; Geignolet descansaba en la otra. Á la derecha de la chimenea había una puerta que daba paso al agujero que servía de aposento á Juan Regnault.

La vieja permanecía aún en su lecho, sentada en él, inmóvil y melancólica, mientras que Victoria *ojaleaba* tirantes cerca de la ventana. La joven viuda activaba todo lo posible su trabajo, bien ingrato por cierto. Sus ojos tenían que seguir el periódico movimiento de su mano ejercitada; pero se paraba muy á menudo, exhausta de valor: entonces dejaba caer la mano, y sus párpados descendían sobre sus lúgubres ojos.

Contemplábala Geignolet con cierto aire de mofa, puesto á caballo, según su costumbre, en el banco de madera, y añadía un nuevo refrán á su estrafalaria canción para llamarla perezosa.

El idiota estaba de mal humor: acababa de volver de su expedición de la Rotonda, y sentía con amargura no haber despojado de su almuerzo á la pobre Noemi.

Bien podía satisfacer su hambre, porque en la meseta de la chimenea había un pan de cuatro libras de peso; pero á Geignolet sólo le gustaba seco el pan que robaba á la sirviente de Araby.

—¿Dónde está Juan?—dijo la anciana, que en todo el día no había pronunciado una palabra.

—Creo que ha partido ya para hacer su ordinaria correría—contestó Victoria.

El idiota lanzó un grito parodiando la entonación grotesca de las máscaras más soeces. Después sus embrutecidos ojos tomaron una expresión de refinada malicia, y comenzó á cantar. Sus versos eran tan mal intencionados como faltos de arte y de poesía:

¡Oh...; sí..., sí!...

 Mi hermano Juan hace su ordinaria correría
 rondando alrededor de la vecina,
 y gozan y ríen uno y otro,
 mientras que llora la anciana Renault.

¡Oh...; sí..., sí!...

Lanzó Victoria al pobre insensato una mirada impregnada de toda su maternal desesperación, mientras que la anciana volvió á inclinar sobre la almohada su blanca cabeza.

—¡Hoy me siento muy enferma!—murmuró.—
¡Hija mía, creo que ya no estaré mucho tiempo entre vosotros!

Levantóse Victoria, y condujo el sillón de paja hasta cerca del lecho.

—¡No habléis así, madre mía! ¡Oh; no habléis así! Somos muy desventurados; pero no os desesperéis. El Cielo, en medio de nuestro inmenso infortunio, ha tenido conmiseración de nosotros, puesto que nos ha concedido un hijo como mi pobre Juan, de excelente corazón, que siente amor y abnegación hacia su familia.

—¡Es verdad—dijo la anciana;—tienes razón!

Juan es un joven excelente: si él nos faltara, podríamos ser más infortunados todavía.

Trató de sonreír; pero una lágrima humedeció sus mejillas, desbordando de sus arrugados párpados; sus manos secas de esqueleto salieron de entre las negras sábanas, y corrieron á ocultar la tristeza del semblante.

Victoria suspendió su trabajo; la pobre abuela suspiraba con amargura.

El idiota se agitaba en su banco, é interrumpía su interminable é improvisada canción gritando destempladamente:

—¡Arre, caballo! ¡Vuela..., vuelal...

—¡Dios mío!—murmuraba la anciana.—Quisiera no abandonaros: quisiera que el Cielo me conservase las fuerzas para ayudaros á sufrir. Pero, ¡ay!, soy muy vieja ya; el pesar ha blanqueado mi cabeza; mi cuerpo se ha gastado, y mi alma, ¡ay! mi alma es un espíritu de hiél! Veinticinco años hace que lloro noche y día, Victoria: su padre y yo le amábamos tan tiernamente... ¡Su padre, que ha lanzado el último aliento llamándole á su seno, perdonándole y rogando á Dios por él!

Victoria estaba apoyada en el lecho, y buscaba en su imaginación un medio de hacer variar las ideas de su madre, porque aquellas palabras salían de su boca impregnadas de angustiosa melancolía.

—¡Veinticinco años!—continuó, separando las manos y descubriéndose el rostro.—¡Éramos ricos

entonces! ¡Todos nos envidiaban! ¡Ah; nuestros hijos eran muy hermosos! ¿Recuerdas cuán bello era tu esposo, á quien amabas tanto? ¡Oh; Pedro era incomparable! ¡Después teníamos á José, nuestro hijo segundo, tan honrado, tan buenol! Luego seguía Juan, que ha dado su nombre á tu hijo mayor. Y después, mis hijas... ¡Mis hijas, tan virtuosas como lindas...; la gala del Temple! ¿Qué digo? ¡La gala de París! ¡Oh; los Renault merecían ser mirados con envidia!

—¡Todavía volverá ese tiempo, mi buena madre!—balbuceó Victoria.

La abuela miró á su nuera de hito en hito.

—¡Los muertos no vuelven!—contestó.

Después sus apagados ojos se animaron con un relámpago fugaz.

—Envidiaban á los Renault—continuó;—y á fe que les sobraba razón. Cuando los más ricos despojos llegaban al Temple, eran siempre para los Renault. Ellos eran honrados, hija mía; tenían mucho dinero, y las ondas del gran río crecen y se robustecen más y más con las aguas parciales de los riachuelos que de todas partes desembocan en él. ¡Sólo los pobres no pueden esperar en la fortuna! ¿Te acuerdas? Mi puesto era el mismo que ocupamos ahora..., ¡y el mismo de que van á despojarnos!

La anciana lanzó un prolongado suspiro, y continuó:

—Pedro, tu excelente esposo, ocupaba los dos puestos inmediatos á él; Juan le seguía después; luego José, y finalmente, mis hijas. Los puestos de los Regnault llegaban desde la plaza de la Ronda hasta la calle de los Pozos.

Interrumpióse la desgraciada, y se pasó una mano por la frente, húmeda de sudor.

—¡Querida madre—murmuró Victoria,—tened piedad de vos!

—¡Calla, hija mía!—repuso aquélla.—Rejuvenezco al hablar de nuestras pasadas venturas. ¡Después, nos amábamos tan tiernamente!... ¡Sí, nos amábamos todos; reinaba entre nosotros la más dulce armonía; alrededor de nuestra mesa dominaba la alegría, la felicidad y el amor! Los domingos por la noche gozábamos en nuestra casa más que si asistiéramos á las fiestas y á los saraos de París: mi hija mayor tenía una voz excelente y dulce. ¡Cantaba unas canciones tan lindas! Su padre decía que más le gustaba oirla, que escuchar á las cantantes que se presentan en los teatros cubiertas de talco y oropel. Elena nos leía hermosos cuentos, é historietas que hacían llorar y conmoverse el corazón; mis hijos hablaban con sus esposas, á quienes amaban, y en derredor de este cuadro se percibían niños tiernos y graciosos, á quienes la suerte prometía un venturoso porvenir. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Adónde han huído todos aquellos goces, todas aquellas esperanzas!

La abuela ocultó nuevamente el rostro entre las manos; Victoria se volvió para enjugar una furtiva lágrima.

El idiota entonó:

Hoy es lunes,
Y mi madre no tiene treinta sueldos
Para pagar su puesto.
Nos van á echar de aquí.
¡Qué buena ventura!
¡Ay, qué buena ventura!

—¡Han muerto!—prosiguió la anciana con voz que entrecortaban los gemidos.—¡Todos han muerto! ¡Los excelentes mozos, las jóvenes hermosas y los inocentes niños que sonreían con el alma henchida de amor, han muerto, unos en pos de otros, con la miseria sentada á la cabecera de su lecho funerall ¡Tiene razón Geignolet; la anciana Regnault no tiene treinta sueldos para pagar el alquiler del triste rincón, resto de su esperanza en el Temple! ¡Ella carece de todo; sus últimos hijos sufren como sufrieron últimamente los primeros, y mis postreros días van á apagarse en una cárcel!

Geignolet dilató inmensamente sus estúpidos y espantados ojos.

—¡Hola!—dijo riendo á la vieja.—¡Regnault vivirá con los ladrones!

Victoria, pálida y desconsolada, carecía de palabras: la abuela se inclinó hacia ella y le apretó

el brazo convulsivamente: su rostro estaba lívido; sus labios se contraían con una sonrisa amarga.

—¡Yo tenía un hijo!—prorrumpió con voz gutural.—¡Tenía un hijo...; pero su nombre no debe pronunciarse! ¡Un hijo que ha causado la muerte de su mismo padre; un hijo que ha cubierto de luto todas las alegrías, todas las esperanzas de tan venturosa familia! ¡Pero era un hijo á quien amábamos con delirio; un hijo más querido que todos los otros, y á quien habíamos hecho dar la educación de un noble! ¡Sabía todo cuanto ignorábamos; era nuestra gloria y nuestro orgullo! Pero, ¡ay!, el orgullo es un delito que el Cielo castiga siempre; ¡hasta el orgullo de una madre! Santiago nos despreciaba; se avergonzaba de pertenecernos, y muy á menudo le vimos esquivar nuestra vista con el rubor en la frente, penetrando en opuestas calles cuando alguno de sus amigos estaba próximo á sorprenderle saludando á la pobre tendera del Temple, que era su madre.

—¡Oh Dios mío! ¡Si no hubiera hecho más que eso, todo podríais perdonárselo!

—¡Pero un día se encontró completamente vacío el cajón en que mi difunto esposo colocaba su dinero con el de toda la familia: nos habían robado cuanto poseíamos en el mundo; nos habían despojado en un instante del pobre tesoro acumulado tan penosamente y con tanta lentitud! ¡El ladrón, ¡ay!, era nuestro hijo!

La voz de la anciana se volvía sorda y casi ininteligible. Al proferir estas últimas palabras se interrumpió para respirar, porque perdía el aliento.

El idiota no la escuchaba: ocupábase en atormentar su banco, golpeándolo y acariciándolo alternativamente.

Victoria se resignaba á oír aquella relación repetida mil veces.

Generalmente, cuando la anciana llegaba á contar el fatal desenlace de la historia de su familia, se paraba agobiada y sumida en un lúgubre silencio. En aquella ocasión calló también; pero al cabo de algunos segundos se incorporó sobre el codo é inclinó su arrugado rostro hacia su nuera.

—Victoria—dijo,—ayer fué el día de santa Isabel, y fuí á confesarme. ¿Sabéis lo que pregunté al sacerdote?

Victoria hizo un movimiento triste y negativo.

La anciana repuso con ese acento supremo que se toma para revelar un gran secreto:

—¡Le pregunté si Dios perdonaría á un hijo que arrojara de sí á una madre anciana!

Victoria no comprendía: la abuela prosiguió, inclinándose con interés creciente:

—¡El sacerdote me ha contestado que un hijo semejante sería maldito en este mundo y en el otro! ¿Crees que sea cierto, Victoria?

—Sí, madre mía; lo creo.

La anciana se retiró bruscamente, llevando la

cabeza hasta la opuesta extremidad del lecho: entonces comenzó á pronunciar palabras cuyo sentido sólo ella podía comprender.

—¡Yo también..., yo también—decía—creo que Dios le maldecirá! ¡Y, sin embargo, es forzoso que le vea! Pero ¿no es un crimen, ¡ay de mí!, atraer sobre un hijo la cólera del Cielo? ¡Oh! Mucho tiempo ha que quiero llegar hasta él y hablarle: nadie le conoce más que yo; pasa entre todos los que le han visto cuando niño, y nadie sabe recordar el nombre de su padre. Pero el cambio que los años producen, no puede engañar á los ojos de una madre. ¡Le he reconocido..., le he reconocido al verle! ¡Sé dónde está, sé que es rico y poderoso; y si no he osado pedirle limosna, es porque temo atraer sobre él la maldición de Dios!

No llegaban todas estas palabras á los oídos de Victoria, que se hallaba absorta en su propio ensueño, y que no se esforzaba en comprender. Cuando la anciana hablaba de aquel hijo ingrato, causa de todas sus desgracias, lo hacía en voz muy baja, como temerosa de ser oída; pero hablaba de él mucho tiempo: su alma, demasiado llena, rebosaba involuntariamente su inmenso dolor.

—¡Todos lo ignoran!—continuó.—¡Quiera el Cielo que nadie lo sepa jamás! Posee millones de francos, y se ha hecho noble á fuerza de riquezas. Yo, como madre, como la persona que en este mundo se interesa más por él, he tenido que inquirir de

dónde había venido á su poder tan inmenso tesoro. He preguntado, he trabajado para conseguirlo, aunque en vano durante años enteros; pero he acabado por sorprender al fin su secreto.

La voz de la anciana se hacía más confusa cada vez: si Victoria hubiese procurado entenderla, hubiera sido su trabajo enteramente inútil.

Balbuceó la abuela durante largos instantes, y después pronunció la palabra *crimen*.

Fué como una señal brusca de despertar: se enderezó estremecida, y examinó el rostro de Victoria con una mirada inquieta.

—¿Me habéis oído?—preguntó temblando.—¿He proferido acaso el secreto de que pende su vida?

Victoria creyó que deliraba su madre.

—¿La vida de quién?—contestó.

—¡No me preguntéis!—exclamó la anciana con agitación creciente.—¡No me preguntéis nada sobre el particular, hija mía! ¡Estos pensamientos me hacen morir! ¡Oh! ¡No; no quiero llegar hasta él! Arrostraré la cárcel mil veces antes de pedirle nada, porque le conozco bien: me arrojaría de sí; ¡y el sacerdote me dijo ayer que Dios no perdona á los hijos que rechazan á su madre!

Madama Regnault se tendió medio exánime sobre el lecho, y se cerraron sus cansados ojos. Victoria arregló la almohada bajo su tenebrosa cabeza, y sólo el monótono canto del idiota interrumpió el lúgubre silencio de la pobre morada.

El silencio duró algunos minutos: al cabo de aquel tiempo se abrió bruscamente la mal cerrada puerta, y Juan Regnault penetró en el aposento. Colocó su organillo en un rincón, y fué á ponerse con ligereza cerca de la cama de su abuela.

Un vivo rubor cubría su rostro; sus ojos húmedos brillaban de gozo.

—¡Abuela..., abuela!—exclamó puesto de rodillas al lado de la cabecera.—¡Alegría..., alegríal ¡Dios se ha compadecido de nosotros, y no iréis á la cárcel!

Levantó la anciana sus pesados párpados, mientras que Victoria interrogaba á su hijo dirigiéndole una mirada de sorpresa y aturdimiento.

—¡Tengo dinero!—repuso Juan, á quien la emoción hacía reír y llorar á un mismo tiempo.

—¡Dinero!—repitió Victoria, cuya voz temblorosa expresaba una viva inquietud.

—¡Dinero!—repitió el idiota cesando de cantar.—¡Oh; tengo mucha sed! ¡Muchísima sed!

La abuela permaneció insensible.

Juan Regnault abrió la mano que contenía la dádiva de Gertrudis, é hizo saltar en el aire su bolsillo de seda.

Aumentó ostensiblemente la inquietud de Victoria; pero la anciana no pudo menos de agitarse al sonido del dinero: sus amortiguadas pupilas volvieron á brillar con un poco de vida.

El ojo de Geignolet expresaba un deseo ardien-

te, ávido y codicioso: tendióse á lo largo del banco, y fingió quedarse dormido; pero su cauteloso mirar no se apartó del bolsillo, cuyas mallas permitían ver el precioso metal.

Las dos mujeres permanecían mudas y estupefactas.

—¿Quién os ha dado ese dinero?—preguntó Victoria con severo acento.

—¿Cuánto es?—decía la pobre anciana.

Juan fué á ésta á quien prefirió contestar. Separó las anillas del bolsillo, y vertió en su mano seis monedas de oro.

—¡Oro!—gruñó el idiota.—¡Yo quiero llenar mi botella!

—¡Ciento veinte francos!—murmuró la vieja.—¡Oh; mucho tiempo ha que mis ojos no han visto tan precioso metal!

Victoria puso una mano sobre el brazo de su hijo.

—¡Juan!—le dijo.—En nombre del Cielo, decidme: ¿dónde habéis adquirido ese dinero?

—¿Y cuánto hay por el otro lado?—preguntó la abuela.

Juan inclinó la cabeza; adivinó que la cantidad era insuficiente.

—No hay nada—contestó.—Lo que veis es cuanto poseo.

—¡Para impedir que yo fuera á la cárcel, sería necesario tres veces más dinero!—dijo la abuela volviendo á adquirir su lúgubre inmovilidad.

Victoria no cesaba de mirar á su hijo mayor: sus pálidas facciones expresaban toda la angustia de su maternal solicitud.

¡Se hallaban tan pobres desde hacía tanto tiempo! ¿De dónde había venido aquella riqueza inesperada?

El organillero había salido sin dinero, y durante las pocas horas que duró su ausencia no había tenido tiempo para ganar tanto.

—¡Juan, hijo mío!—repuso la madre,—os ruego que me digáis de dónde procede ese bolsillo!

El joven, entregado completamente á su alegría, no se había cuidado hasta entonces de la inquietud de su madre. La pobre anciana no estaba dominada por iguales sentimientos, porque tenía miedo de la cárcel: la esperanza de escapar de aquella desgracia suprema absorbía todos sus pensamientos desde la llegada de su nieto.

De repente llamaron su atención las palabras de Victoria: los escrúpulos se despertaron enérgicamente en su corazón; avergonzóse de aquel instante de egoísmo, y su mirada se fijó en Juan severa é inquieta como la de su nuera.

Ambas sentían un mismo temor:

Juan bajaba los ojos; sus miradas se clavaban en el pavimento, y un vivísimo encarnado coloreaba su rostro.

Aquellos escrúpulos que tanto le había costado vencer, reaccionaban en el fondo de su conciencia.

El desdichado no se atrevía á contestar.

—¡Habla, Juan!—dijo la abuela con acento de autoridad.

Juan no contestó.

—¡Hijo mío! ¡Desgraciado hijo mío!—murmuró Victoria con voz ahogada.—¡Ésa es la mayor de todas las desventuras!

Juan Regnault se incorporó, ofendido en lo más íntimo ante aquella acusación vagamente formulada; pero en el fondo de su noble corazón conservaba todos los instintos del pudor, y sólo con la frente inclinada y con ruborosa faz pudo pronunciar el nombre de Gertrudis.

El idiota soltó la carcajada.

Victoria respiró.

—¡Y este dinero es suyo, suyo exclusivamente!—continuó Juan Regnault.—Es el fruto de su trabajo, añadido á los regalos de su padre.

No osaba levantar los ojos: parecía un delincuente. Su madre le atrajo hacia sí, le estrechó contra su seno conmovido y le besó con ternura.

—¡Juan, mi pobre Juan—murmuró,—perdóname que haya sospechado de tu honradez!

Juan devolvió las caricias con arrobamiento filial, y se sintió absuelto de lo que consideraba delito.

Entretanto, la anciana había vuelto á sucumbir á su terrible meditación: había sacudido un instante el pensamiento que la dominaba; pero aquel

aterrador pensamiento volvía victorioso á apoderarse de su presa, y no la permitía gozar con la vista de aquel nieto puro y tan injustamente acusado.

Geignolet exprimía todo lo posible con sus gruesos labios la boca de su botella; pero era en vano, porque estaba completamente vacía.

—¡Oro!—gruñó.—¡Parece que hay oro en la casa de Hans Dorn! ¡Iré á buscarlo allí para llenar mi botella!

Victoria había hecho un lugarcito en su sillón para que se sentase Juan; miraba sonriendo á su hijo, y se envanecía al contemplarle tan hermoso y tan bueno: aquella alegría fugitiva comunicaba á su pálida frente un reflejo de fuerza y de juventud.

—¡Oh; cómo nos ama!—pensó la venturosa madre acariciando los rubios cabellos que descendían sobre el cuello de Juan.—¡Qué bueno es! ¡Me avergüenzo de haber dudado de él!

Luego añadió en alta voz:

—¿No es verdad que me perdonas, mi querido Juan? Si te he ofendido, es porque, como estoy tan acostumbrada á sufrir, propendo siempre á creer toda desgracia. Me perdonas; ¿no es verdad?

Juan cubría de besos el rostro de su buena madre.

De repente la sonrisa de Victoria se tornó en expresión melancólica: después dijo en voz baja al oído de su hijo:

—Yo no conozco joven más encantadora, más

dulce, más benéfica que Gertrudis. Te ama; mucho tiempo ha que no lo ignoro..., y hace mucho también que rezo por ella al Señor todas las mañanas y todas las noches. ¡Qué mucho! Ella ha entregado su corazón á mi pobre Juan, á mi hijo, á aquel buen hijo que me impide blasfemar de la Providencia y que me deja entrever una esperanza. ¡Si supieras cuánto la amo también! ¡Si supieras cuánto deseo estrecharla entre mis brazos y poder llamarla mi hijal Este ardiente deseo me hace soñar en ella, y algunas veces os contemplo cerca de mí, estrechados el uno con el otro. ¡Entonces me considero la más feliz de las mujeres!

—¡Oh; cuán buena sois, cuán buena madre!— balbuceó Juan, saboreando deliciosamente cada una de las palabras de aquélla.

Pero la frente de Victoria estaba obscurecida.

—¡Si todos pensasen como yo, mañana serías su esposo!—añadió ahogando un suspiro.—Pero los padres tienen precisión de constituir la fortuna de sus hijos, pues Dios ha querido que éstos sean deudores á aquéllos de la felicidad, y yo nada poseo, mi pobre Juan. ¡Nadal Tu padre murió, y nosotros sólo podemos darte miseria. Si tú fueses independiente, si estuvieras solo... ¡Quién sabel Tienes valor y eres robusto: trabajarías, llegarías á ser rico tal vez, y te casarías pronto con la que amas.

La madre estrechó á su hijo, impulsada por un vértigo de pasión.

—¡Pensemos en tu felicidad, mi querido hijo!— continuó Victoria, sin poder contener las lágrimas por más tiempo.—Nuestra desgracia te abrumba; todo cuanto ganas es para nosotros. ¡Escucha, Juan; escucha, hijo mío! Es necesario que nos separemos; es necesario que te vayas lejos, muy lejos. Cuando ya no estemos cerca de ti para acarrearte desgracias, segura estoy de que te enriquecerás. Y entonces Hans Dorn, que es un hombre recto y excelente, te dará á su hija sin reparo.

Juan procuraba en vano interrumpir á su madre; las palabras de Victoria eran rápidas y llenas de exaltación: tenían la elocuencia que sólo puede comunicar el amor de una madre.

La voz de la anciana fué la que consiguió detener aquel torrente. Habíase vuelto hacia el lado opuesto de su lecho, entregándose toda entera durante esta escena á sus desesperadas reflexiones.

—Hija mía—dijo repentinamente,—prepara mi vestido de los días de fiesta: voy á salir.

Levantóse Victoria inmediatamente, y fué á tomar de un rincón que servía de guardarropa un paquete envuelto en una tela muy usada.

La anciana se sentó en el lecho: parecía haber envejecido diez años desde la víspera.

Victoria sacó del paquete un obscuro vestido de lana, cuya tela, raída por el tiempo, casi había llegado á hacerse transparente, pero que conservaba un aspecto de aseo y de limpieza.

La anciana se dispuso al instante y salió del lecho.

Cuando estuvo vestida se arrodilló, procurando recitar sus cotidianas oraciones; pero su extraviada memoria la hacía equivocarse á cada paso. Entre las palabras de su rezo decía la pobre mujer:

—¡Es preciso que le veal ¡Dios mío, haced que no rechace á su madre!

La pobre vieja salió sin pronunciar palabra. No quiso decir á Victoria adónde se dirigía ataviada con el traje de los días de fiesta.

El idiota la siguió cantando hasta los primeros escalones; después volvió á colocarse junto á la ventana, y alzó un pico de la cortina para fijar sus azorados ojos en las ventanas de Hans Dorn.

—¡Allí sí que hay oro!—refunfuñó.—¡Yo iré á buscarlo!

.....

En el momento en que Gertrudis entraba triunfante y gozosa por haber vencido los escrúpulos de Juan Regnault, oyó la voz de Hans, que la llamaba desde el aposento próximo.

Inmediatamente se dirigió al hornillo, á fin de servir el almuerzo á su padre; pero el hornillo se había apagado durante su ausencia, y la espesa sopa estaba casi fría en el fondo del puchero de barro.

Gertrudis acercó á él los carbones cubiertos con ceniza, y se puso á soplar para calentar la sopa.

La joven oía á su padre, que se paseaba por su

cuarto con rapidez é irregularidad, y que guardaba silencio durante dos ó tres minutos; pero instantáneamente prorrumpía, como si hubiese despertado de un letargo:

—¡Gertrudis! ¡Gertrudis!

La joven soplabá todo lo posible: se veía acosa-da, y hacía una graciosa mueca de mal humor; mas la sonrisa volvía á aparecer en sus labios, porque, á pesar de todo, tenía un corazón demasiado ligero, que se burlaba de su conciencia.

Aquella había sido para ella una excelente mañana. Todavía se imaginaba ver la conmovida sonrisa de Juan Regnault, y le amaba doblemente después del servicio que acababa de prestarle.

El mercader de ropas no obtenía contestación alguna de su preocupada hija, y volvía á emprender su paseo.

Después de algunos instantes de silencio volvió á llamar de nuevo. Gertrudis se apresuraba á soplar la lumbre. El hornillo se encendió por fin, y el puchero, vuelto á colocar sobre él, tornó á adquirir en pocos minutos el calor perdido.

Hans llamaba por tercera vez, cuando Gertrudis, llevando la taza llena entre las manos, abrió la puerta del cuarto.

Esperaba recibir una reprensión, y sus mejillas estaban más sonrosadas que de costumbre.

—¡Buenos días, padre mío!—dijo parándose frente al comerciante de ropas.

Hallábase éste en medio del aposento; sus labios tocaron ligeramente la frente de Gertrudis con aire distraído, y cuando ésta alzó la vista, quedó sorprendida de la mortal palidez que cubría su rostro.

Hans expresaba por lo general en su fisonomía una apariencia alegre y franca. Cuando su hija llegaba todas las mañanas hasta él y le presentaba una mejilla, depositaba en ella un tierno beso, y tomaba con ambas manos la rizada cabeza de la linda joven para mirarla detenidamente y sonreír con todo el orgullo del amor paternal.

Aquel día no había tenido una ligera muestra de este amor que ofrecer á la hermosa, y apenas había rozado su frente con los labios. Sus cejas estaban fruncidas, y sus ojos fijos parecían no ver los objetos.

Gertrudis retrocedió sorprendida é inquieta.

—¿No ha venido nadie?—murmuró Hans con destemplado acento.

—Nadie—contestó ella.

—Te he llamado muchas veces, hija mía.

Gertrudis, apurada para buscar una explicación que calmase la queja de su padre, balbuceaba palabras que carecían de sentido.

Hans añadió, sin hacerle caso:

—¡La hora adelanta, y no viene!

—¿No almorzáis, padre mío?—dijo Gertrudis.

—¡Si tall—repuso el antiguo paje.—Trae el almuerzo.

La obediente niña colocó la taza de sopa alemana sobre la mesa de despacho tras de la cual había recibido el ropavejero la visita de Franz al principio de la precedente noche. Sentóse Hans en el mismo sitio en que le hemos encontrado la víspera ajustando cuentas, y llevó á sus labios la primera cucharada.

Pero fué la única.

La cuchara fué abandonada dentro de la taza llena.



CAPÍTULO III

La espera.

—¿Está ahumado el almuerzo?—dijo Gertrudis á su padre.

La joven pensaba en los contratiempos que había sufrido el puchero de barro, y hacía interiormente un acto de contrición.

Hans sacudió la cabeza; Gertrudis se acercó á la mesa lentamente, y se sentó á su lado.

—¡Querido padre mío!—repuso la joven haciendo al antiguo paje una tímida caricia.—¿Estáis enfadado conmigo?

Gertrudis recibió en pago de esta dulcísima pregunta una muestra de mal humor, pues se encogió de hombros.

—¡Ah, padre mío!—prosiguió Gertrudis, que se atribuía la causa de aquella cólera.—Bien sé que he tardado en venir; pero he llevado el almuerzo á la pobre Noemi, y...

—¿Qué diablos me importa todo eso?—dijo Hans dando una patada en el suelo.

Gertrudis no le había visto nunca tan enfadado.

—¡Padre mío, padre mío!—repuso la joven con los ojos inundados de lágrimas.—¡Yo os ofrezco que no me volverá á suceder!

—¿Qué; qué decías?—preguntó Hans mirándola absorto.

Gertrudis tuvo miedo de aquella mirada.

—¿Estáis enfermo?—preguntó temblando la hermosa.

Hans descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Diablo!—exclamó.—¿No he de poder tener un momento de descanso? ¡Déjame; quiero estar solo!

Obedeció Gertrudis, y se dirigió con tristeza hacia la puerta.

Cuando llegó al umbral, se elevó de nuevo la voz de su padre.

—¡Nadie!—balbuceó.—Tal vez no haya sabido encontrar la casa; tal vez...

Interrumpióse con violencia; su mirada se fijó en el libro registro, abierto por la página en que había sentado la víspera la compra hecha al joven Franz.

Aquél había sido el último contrato del día anterior: las dos ó tres líneas que le mencionaban, eran las postreras del libro.

Los ojos de Hans parecían no poder separarse de aquellos renglones; eran como un objeto que le fascinaba.

Una súbita expresión de dolor más profundo reemplazó á la cólera que se dibujaba poco hacía sobre su rostro.

—¡Son sus despojos!—murmuró con ahogado acento.—¡Pobre joven! ¡Pobre joven!

Enternecióse por grados, y sus ojos llegaron á humedecerse. Repentinamente cerró el libro y lo arrojó lejos de sí.

Entonces sacó del bolsillo un ancho reloj de plata.

—¡Cómo pasa el tiempo!—exclamó.—¡Las nueve y media! ¡Este reloj adelanta; estoy seguro de ello! Gertrudis, ¿qué hora tienes en el reloj de tu cuarto?

La joven fué á consultar la esfera que se hallaba enfrente de la cabecera de su lecho.

—¡Las nueve y media!—contestó.

Hans hizo un gesto de desaliento y apoyó ambos codos sobre la mesa: así permaneció inmóvil por algunos minutos; pero, muy atento al menor ruido, aguzaba el oído cada vez que resonaban en el patio algunas pisadas.

Gertrudis no se atrevía á entrar; mas su mirada, llena de tierna solicitud, vigilaba á su padre á través de la puerta entreabierta.

Al cabo de dos minutos vió ponerse en pie bruscamente al mercader de ropas, según su manía de toda aquella mañana, y volver á emprender su agitado paseo. Ni siquiera reparaba en la joven, cuya ternura no cesaba de espiarle.

Su paseo circular le llevaba periódicamente hacia la puerta. Al dar la primera vuelta, estaban sus facciones contraídas con la mayor violencia; á la segunda, creyó Gertrudis percibir desarrugarse algún tanto su obscurecida frente, y á la tercera, el cambio era visible; había en su aspecto una idea consoladora, que ahuyentaba la sombría angustia de aquel ensueño terrible.

Su frente se despejó, se reanimaron sus ojos, y casi había una sonrisa en sus labios.

— ¡Qué loco soy! — dijo. — Nada malo puede probar esta tardanza. Es verdad que me ha prometido venir; ¡pero cuántas cosas tendrá que hacer antes de visitar á un hombre como yo! ¿Por ventura, ignoro que todo lo puede? ¿Y para qué objeto más grato podría haber reservado su poder?

Gertrudis oía de cuando en cuando algunas palabras: no comprendía ninguna de ellas; pero se sentía satisfecha y tranquila, porque ya no percibía aquella máscara crúel sobre el rostro de su padre.

Hans la echó de ver al fin, y le hizo señal de que se acercase.

— ¿Te acuerdas de él, hija mía? — dijo, como si no hubiera sido menester pronunciar el nombre del personaje que tan completamente dominaba su pensamiento.

— ¿De quién? — preguntó la joven.

— No puedes haberle olvidado — continuó Hans.

—¡Los que llegan á verle una vez, le recuerdan toda la vida! Estuvo aquí hace dos años, y mi corazón se dilató al contemplarle.

Hans se interrumpió, como para dar tiempo á Gertrudis para decir: «¡Ya me acuerdol»; pero la joven nada de aquello recordaba.

—¡Es extraño!—repuso el comerciante de ropas con cierta impaciencia.—¡Es inconcebible cómo olvidan los niños! Pero ¿has visto muchas veces, por ventura, personas con aquel noble y orgulloso talle, aquella frente leal, aquella mirada que ordena, y aquella sonrisa que seduce?

Gertrudis contestó:

—Yo sólo he visto un joven que me ha parecido más hermoso que el resto de los hombres; pero no hace dos años: ayer le vi por primera vez.

La mirada de Hans, que brillaba de entusiasmo, se cubrió con un denso velo bajo los entornados párpados.

—¿Hablas del joven que vino ayer á venderme ropa?—murmuró.

Gertrudis, cuya frente se había sonrosado, hizo una señal afirmativa.

—¡Es verdad!—dijo Hans Dorn con suavísimo acento.—Tienes razón, hija mía. Ése es también un arrogante joven; la hija de Hans debe admirarle, debe amarle...

La mirada de Gertrudis, sencillamente interrogadora, preguntaba el sentido de aquellas palabras;

pero su padre callaba, y parecía haber vuelto á caer en su melancólico ensueño.

Hubo un largo espacio de silencio, durante el cual Gertrudis meditó á sus anchas en aquel extraño precepto que le mandaba amar y admirar á un joven desconocido, á un loquillo que había querido darle un abrazo á pesar suyo, y que había llegado al Temple á vender su ropa como un calavera. Hans volvió á anudar el hilo roto de sus pensamientos.

—Hablo del otro, Gertrudis—dijo con ese tono cariñoso y tierno que suele tomarse para refrescar la memoria de un niño trastornado.—Ya lo sabes—continuó:—el que vino á verme hace dos años, y cuya mano besé como si hubiera sido la mano de un príncipe.

—¡Ah; ya recuerdo!—dijo por último la joven, iluminada por aquella circunstancia.—¿Un hombre envuelto en una gran capa roja?

—Eso es, Gertrudis. ¡Bien decía yo que no podías haberle olvidado! ¡Su mirada penetra hasta el fondo del alma para henchirla de ternura y de respeto!

—¡Su mirada brillaba como un relámpago!—murmuró Gertrudis con estremecimiento.—Me atemorizó con ella...

—¡De todo tenéis miedo las mujeres jóvenes! ¡Sólo es terrible con los malos y con los fuertes! ¿Le miraste bien, Gertrudis?

—Todo lo que me permitió mi temor.

—¿No viste en él algo de extraño y sobrenatural? ¿No percibiste en su expresión una señal inexplicable, que parece indicar un poder superior al de los demás hombres?

—No me acuerdo de eso—repuso la joven.

—¡Los niños nada ven!—murmuró de mal humor el mercader de ropas.—Pero cuando él me mira, conozco que es árbitro de mi conciencia y de mi voluntad, siento que no me pertenezco á mí mismo, que á la menor de sus palabras, arrojaría al viento cuanto poseo, y á su más mínima seña, rompería todos los vínculos que me hacen amar la vida.

Las mejillas de Hans se cubrieron con un subido color de púrpura, hincháronse las venas de su frente; su acento estaba lleno de fuego, y se exaltaba más y más á cada palabra que vertía su boca, como si se hallase dominado por repentina embriaguez.

En lo más impetuoso de su entusiasmo, comenzó á dar horas la péndola del aposento inmediato.

Paróse Hans bruscamente; contó los golpes descargados sobre la campana, que produjeron un agudo y argentino son, y Gertrudis le vió perder el color á cada uno de ellos.

—¡Las diez!—exclamó con voz grave y profundamente conmovida.—¡Quién podrá saber si el uno y el otro pertenecen á este mundo!

Tomó á su hija de la mano y la condujo hasta cerca de su lecho, donde había un crucifijo de ébano.

—¡Ponte aquí de rodillas!—dijo el pobre mercader—¡Reza con todo el fervor de tu alma; reza por todos los que estén en peligro de muerte!

Cada una de las palabras que Hans Dorn había usado en toda aquella mañana, era un inexplicable enigma para su hija. Al escuchar ésta la orden de su padre, sólo pudo colegir que se trataba de un asunto terrible, adivinado apenas, y que la entristeció instantáneamente.

—¿Será el joven de ayer el que se halla en tan inminente riesgo?—preguntó la joven.

—¡El mismo!—contestó Hans Dorn.—¡Él, y otro!

—¡Dios míol—exclamó Gertrudis.—¡Aquél joven tan gozoso, tan alegre; aquel joven que parecía tan preocupado del baile y recordar tan sólo la fiesta de que iba á disfrutar!

—¡Ruega por los dos, hija mía; reza!—interrumpió Hans Dorn.

Gertrudis juntó las manos, y obedeció á su padre con el mayor fervor.

—¡Uno de ellos amaba tanto á tu madre!—repuso Hans, cuya frente estaba húmeda de sudor.—¡Oh; si viviera tu madre, daría toda su sangre por ellos!

Gertrudis continuaba en fervorosa oración.

Hans Dorn no rezaba; carecía de fuerzas para recoger su espíritu con la necesaria unción.

En el momento en que la joven volvía á ponerse en pie haciendo la señal de la cruz, se percibió un rumor de pasos sobre el empedrado del patio.

Aquel ruido no era semejante al que producen los gruesos zapatos del Temple, conducidos por piés demasiado torpes; aquellas pisadas eran secas y ligeras, como las que produce una bota aristocrática.

Hans dió un paso hacia la ventana; pero se paró con la mirada fija y la boca entreabierta.

La misma Gertrudis permanecía con la mano apoyada sobre la cama, en la posición en que había sido sorprendida por aquel rumor. La hermosa no lo comprendía todo; mas lo que sabía bastaba á su buen corazón para compartir con energía las esperanzas y los temores de su padre.

Ensondecieronse los pasos al entrar por el corredor que seguía al patio, y después se los oyó resonar en la madera de los escalones.

Hans tenía la cabeza inclinada hacia adelante y las dos manos sobre el pecho.

—¡Ahí viene!—murmuró.—¡Escucha, escucha! Dieron con desenfado media docena de golpes á la puerta.

Hans Dorn sentía temblar las piernas.

—¡Él no llama de ese modo!—pensó para sí.

En vez de ir á abrir, se dejó caer sobre un sillón.

Redoblaron los golpes.

—¿Queréis que abra, padre mío? — preguntó Gertrudis.

—¡Haz lo que quieras! — contestó Hans Dorn, cuya entorpecida cabeza se apoyó entre las manos.

Gertrudis atravesó lentamente los dos aposentos y descorrió el cerrojo.

Abrióse la puerta de un modo brusco, y un estrepitoso beso resonó en la fresca mejilla de la joven; ésta retrocedió ruborizada y aturdida, y hubiera caído en el suelo, si no la hubiesen sostenido los brazos de Franz.

—¡Padre mío, padre mío! — murmuró. — ¡Venid; venid pronto! ¡Es éll

Pero era demasiado débil su voz, y no fué oída por el mercader.

—¿Cómo os va con el tocador de organillo? — exclamó Franz. — ¡Es un joven dichoso; casi desearía ocupar su puesto! ¡Estáis más bella de día que con luz artificial! ¡Sois muy linda, amiga mía! ¡Qué cabellos tan suaves tenéis; qué hermosos! ¡Y cuánto placer debe de sentir al bésaros ese pica-ruelo del organillo!

Gertrudis se llevó el índice á los labios, y señaló con el otro la puerta abierta del mercader de ropas.

—¡Ya comprendo; está ahí vuestro padre! — dijo en voz baja. — ¿No sabe vuestros amores? ¡Oh;

no tengáis cuidado: soy tan discreto como un ciego-sordo-mudo, y no diré una palabra! Además, percibo en el fondo de vuestros negros ojos que el mismo pudor no podría quejarse de vos. Sois buena y pura, tanto, por lo menos, como hermosa, y yo soy un loco demasiado atrevido, puesto que os obligo á bajar los ojos ruborizada.

El adolescente tomó entre las suyas la bonita mano de Gertrudis, y se la llevó á los labios.

Después continuó con acento dulce y casi serio:

—Puede que no lo creáis; pero os amo casi tanto como si fuerais mi hermana. La amistad me domina tan pronto como el amor. Ayer, mientras vuestro padre estaba á punto de desairarme, percibí vuestros ojos clavados en mí; vuestra mirada era tierna y compasiva. ¡Estoy seguro de que os soy deudor del cambio de mi fortuna! Esta noche he pensado dos ó tres veces en vos, y bien sabe el Cielo que tenía demasiadas cosas que hacer; esta mañana, en fin, cuando me creía á punto de dejar el mundo, vuestro dulce rostro se me apareció, como para despedirse de mí, entre los semblantes que yo amaba.

—¿Conque habéis evitado el peligro que os amenazaba?—preguntó Gertrudis, que había enmudecido hasta entonces, dominada por la sorpresa y la emoción.

El adolescente frunció el ceño, y después soltó una carcajada.

—¡Pardiez!—contestó.—¡Bien puedo tener muchos desafíos semejantes, y vivir más de cien años! ¡Diablol En ese negocio hay de todo: hay bueno y malo en ese maldito asunto. Lo que sé más fijamente respecto á él, es que no entiendo casi nada.

—¡Pero mi padre os espera!—prorrumpió Gertrudis.—¡Oh; si supierais cuán inquieto estaba, y cuánto me ha hecho rezar por voz!

—¿Por mí?—exclamó Franz estupefacto.

Gertrudis le cogió por el brazo, y procuró conducirle al aposento de su padre.

—¡Venid—repuso en voz baja;—hace más de una hora que os espera!

Esta escena había durado un solo minuto, y, sin embargo, el pobre Hans había perdido toda esperanza.

Hallábase postrado en un sillón, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza cogida entre ambas manos. Las palabras pronunciadas en el aposento inmediato llegaban á sus oídos como un murmullo, y sabía demasiado que el hombre á quien esperaba no se detendría en el camino.

En el primer instante no se había atrevido á avanzar hacia la puerta, pues hasta tal punto y con tal violencia había luchado en su corazón el temor y la esperanza. Después de aquel momento, la esperanza y el temor se habían desvanecido á un tiempo.

Cuando el recién llegado se detenía en el apo-

sento de Gertrudis, no podía ser Rodach. Todo lo demás, ¿qué le importaba?

Había vuelto á caer en su agonía, y sólo prestaba atento oído á los rumores de fuera.

Franz se dejó conducir por Gertrudis.

—¡Pardiez!—decía el joven.—¡Vuestro padre es, á no dudarlo, la perla de los hombres! Ayer me ha dado todo lo que le he pedido por mis ropas, y esta mañana me ha salvado con vuestros rezos, ¡que deben de sonar tan deliciosamente en los oídos de Dios!

—¡Venid pronto; venid!—repetía Gertrudis.

Al atravesar el umbral, exclamó conmovida:

—¡Padre mío, aquí está! ¡Es él!

Volvióse Hans lentamente. Cuando percibió la bella y risueña fisonomía de Franz, lanzó un grito y se puso en pie.

Temblaban todos sus miembros; parecía que le era imposible soportar su alegría, demasiado violenta.

—¡Gunther!—prorrumpió.—¡Dios mío, Dios mío, bendito seáis!

Cruzó los brazos sobre el pecho, y alzó los ojos al cielo con apasionado reconocimiento.



CAPÍTULO IV

Historia de una noche.

La gran sensación manifestada por el mercader de ropas no pudo menos de sorprender á Franz: éste, cuyas relaciones con Hans no habían sido otras que las de un vendedor con un comprador, sospechó que había en el asunto alguna equivocación. Verdad es que al paso que vendía su ropa había hablado con Hans Dorn, el cual se tomaba, al parecer, en su historia tan singular interés, que, después de negarse redondamente á la compra de los géneros, había acabado por entregar la suma deseada sin rebajar un céntimo; pero esto no podía considerarse como razón concluyente, á no ser que el buen mercader gustase de oír las historias de sus parroquianos.

En honor de la verdad, no podemos menos de asegurar que el adolescente no se molestó en discurrir demasiado para buscar otra explicación.

Aquella mañana volvía á casa del mercader por una de las causas más sencillas: había vendido la

ropa *in articulo mortis*, como dicen los abogados, y, habiendo transcurrido la hora fatal sin sufrir ninguna conmoción que atentase á su vida, quería recobrar de nuevo sus vestidos.

Si no había hablado palabra acerca de los motivos que le conducían allí, era porque había hallado en su camino la encantadora sonrisa de Gertrudis, por cierto bien capaz de distraerle de su objeto.

Pero tampoco tenía necesidad alguna de explicar las causas de su llegada, puesto que le recibían como á una persona esperada. Gertrudis tenía pintada en el rostro la alegría, y el mercader de ropas parecía dispuesto á perder el juicio á fuerza de contento.

—¡Qué excelente familiar!—se decía Franz.—
¡Cómo se encariñan con sus parroquianos!

Franz no pensó más en el asunto: era demasiado joven y franco para que la desconfianza pudiera entrar en su pecho de buenas á primeras. Le parecían, sin duda, muy exageradas aquellas pruebas de interés; pero, en definitiva, era lo mejor para él, y con sólo estudiarse á sí propio podía explicarse bien tan súbita impresión.

Mil veces había entregado su confianza al primero que se le presentaba, tanto en amistad como en amor; sólo juzgaba á los demás por su propio corazón, y aquel improvisado interés apenas rebasaba para él los límites de la verosimilitud.

Así habían comenzado casi todas sus relaciones; relaciones efímeras, que en su mayor parte no habían dejado en él las huellas de un recuerdo, y que, muertas tan brevemente como habían nacido, sin causa lógica y puramente por casualidad, no habían curado aún su atolondrada franqueza.

En una palabra; no comprendiendo la extensión de las emociones de Hans Dorn, no hacía más que admirarse un poco de su regocijo.

—Caballero—dijo Franz,—si mi visita es lo que os causa tanta alegría, no puedo menos de agradeceróslo con todo mi corazón.

Hans le miraba como fascinado por un encanto, y no hallaba palabras con qué responder. Permanecía de pie, con la espalda vuelta hacia la mesa, y su mirada parecía no poder apartarse del gracioso y atrevido rostro de Franz.

—¡Qué hermoso es!—se decía.—¡Qué noble! ¡Qué estatural! ¡Qué fortaleza! ¡Ni siquiera una herida!—añadió después de haber reconocido su cuerpo con los ojos de pies á cabeza.—¡Oh; qué loco era yo en temer! ¿No me había dicho él, por ventura, que el joven se salvaría?

Franz le tendió la mano sonriendo: al contacto de aquella mano delicada, sintió Hans Dorn un estremecimiento de placer.

—No habría creído jamás—dijo el joven—que hubiera en todo el mundo un hombre que se interesase tanto por mí. Ignoro si obra ó no en mí la

simpatía; pero lo cierto es que me parece que soy vuestro amigo hace quince años. He olvidado vuestro nombre, que no he oído pronunciar en el Temple más que una sola vez; ignoro también el de vuestra hermosa hija, y, sin embargo, haría por ella cuanto puede hacerse por una hermana, y tendría tanta confianza en vos como en mi padre.

Hans estrechaba entre las suyas la mano del adolescente, mientras se agolpaban á sus labios multitud de preguntas.

Franz, que había adelantado un sillón y se había sentado sin ceremonia cerca del antiguo paje, continuó:

—Ayer me habéis preguntado muchas cosas, y os he contestado con franqueza, según acostumbro hacerlo con todo el mundo, porque creo no tener nada que ocultar; pero, reflexionando ahora, me ocurre una idea. Estoy en una posición tan extraña, que se necesitaría poco para que me volviese loco; y como padezco la manía de creer hallar siempre personas que saben más que yo de mi propia historia, acaba de ocurrírseme la idea de que tenéis largas noticias de mí. Si es una locura, decidme francamente que sólo la curiosidad pudo haberos inspirado las preguntas que me habéis hecho ayer.

Hans Dorn vaciló un instante sin responder: durante aquel instante varió casi completamente la

expresión de su rostro. Un observador experto hubiera adivinado fácilmente la clave de aquella transformación súbita. Evidentemente, el mercader de ropas se había dejado ir hasta entonces sin reflexionar hacia la corriente de su profunda alegría; pero después, recobrando su presencia de espíritu, creía percibir un peligro que evitar y un secreto que reservarse.

—No tengo derecho para decir nada—pensó entre sí;—él no me ha manifestado sus proyectos sobre el joven.

Después, en alta voz y tratando de recobrar toda su perdida tranquilidad, exclamó:

—Caballero, yo no había tenido el gusto de veros hasta ayer por la noche; si os he hecho algunas preguntas, fué porque nos obliga la ley á tomar informes de nuestros vendedores, mucho más aún de los que os he exigido, pues he tenido completa confianza en vos.

—Es verdad—dijo Franz;—y os doy las gracias. Ahora bien; tened la bondad de decirme vuestro nombre, pues hace una hora que lo busco en vano en mi memoria.

—Hans Dorn—interrumpió el mercader.

—¡Hans Dorn!—repitió Franz:—¡Es el nombre de un hombre honrado y excelente! Y mi joven protectora, que tenía ayer tan buenos deseos de defender mi causa, ¿cómo se llama?

—Gertrudis—contestó desde lejos la joven, que

había ido á colocarse al extremo de la sala, y que se ocupaba en bordar.

—¡Gertudis!—volvió á decir Franz.—¡Hans y Gertudis! Es preciso que no olvide jamás estos nombres, porque, seguramente, no tengo muchos amigos.

Hizo una seña á la linda bordadora, la cual retrocedió con coquetería, ocultando la cabeza.

Hans miraba á hurtadillas á aquel hermoso joven, y la desechada emoción volvía á aparecer en sus ojos. La conducta de Franz con su hija no despertaba su inquietud de padre: cualquiera hubiese dicho que entre él y el adolescente no podía mediar la desconfianza.

Cuando Franz volvió los ojos hacia él, tomó de nuevo con torpeza su máscara de indiferencia y frialdad; después, como rindiendo una explicación necesaria para calmar en el joven hasta la última sospecha, exclamó:

—Anoche, en vez de darme los informes que os exigía, me contasteis en dos palabras toda vuestra historia, me hablasteis de bailar y de batiros, me dijisteis que aquella noche era la última para vos. Yo gusto de los hombres que se os parecen, M. Franz, y no he podido menos de tomar interés por un pobre joven aislado completamente en este gran París. ¡Si hubierais muerto, habría llorado por vos! No sé lo que me sucede al veros. ¡Sois tan franco y tan sencillol! Cuando habláis, habla vues-

tro corazón; y luego, tenéis un nombre alemán, y yo soy de Alemania. Además..., ya sabéis..., hay semejanzas que llegan á conmover en el fondo del alma recuerdos lejanos y muy caros también. Vuestras facciones han despertado en mi memoria las de un hombre á quien he servido en otro tiempo. Un joven como vos, M. Franz, que sólo tenía el nombre de bautismo, y que, lo mismo que vos, se sonreía á la edad de veinte años ante la idea de morir. He aquí por qué vuestra vista me ha regocijado tanto. Yo no os conozco: nada sé acerca de vuestra persona; pero cuando he tocado vuestra mano, he creído volver á encontrar un amigo, y he dado gracias á Dios.

Franz estrechó conmovido la diestra del antiguo paje.

—Pues bien, Hans, padre mío—dijo con serio acento;—yo también siento hacia vos un afecto irresistible, y si no estuviese enamorado como un loco, me casaría con vuestra hija, porque estoy seguro de que en toda la ciudad no hay un hombre tan honrado como vos. Os juro que volveré á veros á menudo, y que vuestra hija, que desde aquel rincón me considera el hombre más fatuo del mundo, será siempre mi amiga más querida, á quien regalaré, en muestra de alianza eterna, una bonita cruz de oro que poseo. Entretanto, puesto que no he muerto, os traigo el dinero necesario para recobrar mis ropas.

—¿Cómo! ¿No habéis gastado los doscientos cincuenta francos?

—¡Diablol — exclamó el joven escandalizado. — He gastado doble cantidad!

—Pero... — comenzó á decir el mercader.

—¡Oh! — interrumpió el joven. — Si os dijese

todo lo que me ha pasado esta noche, no querriais creerlo, porque se asemeja al sueño de un enfermo. Yo mismo tengo momentos en que me pregunto si he estado despierto.

Sacó del bolsillo la bolsa llena de *soberanos* alemanes, y echó sobre la mesa una veintena de ellos. — ¿Es este oro de buena ley? — dijo.

Tomó Hans uno de los soberanos y lo examinó largamente. Al paso que le daba vueltas, vagaba una sonrisa de inteligencia por sus labios, y sus ojos brillaban bajo los párpados. Evidentemente, no era la moneda de oro el objeto que le preocupaba: su espíritu estaba lejos de allí.

—Este oro es excelente — contestó, — y cada una de estas monedas vale diez florines y trece kreuzers de Austria. ¿Os las habéis encontrado?

—¡Oh, no; pero es mucho mejor! — dijo Franz. — Esta circunstancia es la parte más interesante de mi historia. Figuraos que había colocado el importe de mi ropa en un bolsillo de mi lindo vestido de paje...; porque yo iba anoche distraído de paje — añadió volviéndose hacia Gertudis, que adelantaba su graciosa cabeza y miraba con curio-

sidad el oro amontonado sobre la mesa.—¡Era un lindísimo traje, señorita, que os sentaría maravillosamente! En el otro bolsillo no tenía absolutamente nada. Podría uno decir que los ladrones llevan su osadía y desvergüenza hasta introducirse en los bailes de máscaras, porque una mano diestra y sutil me robó todo el dinero, sin que yo me diera cuenta de ello; pero hasta este punto nada hay que deje de ser muy sencillo y común. Lo singular es que, mientras me despojaban por un lado, me enriquecían por el otro; y bien veis que no he perdido nada en el cambio.

El rostro del mercader no expresó más que una moderada sorpresa; el lindísimo rostro de Gertrudis aparecía, por el contrario, lleno de una expresión sencilla de interés y de curiosidad creciente. Franz continuó:

—¿No es verdad que es una cosa fantástica? ¡Una mano que se introduce exprofeso en vuestro bolsillo para llenarlo de oro!

—No son muy comunes semejantes acaecimientos—dijo Hans con frialdad.

—¡Diablo!—prorrumpió Franz.—¡Son difíciles de conmover los alemanes! ¿No es cosa común, decís? Si fuese cosa común, no bastarían todos los sastres de París para cortar y hacer vestidos de pajes á todos los pilluelos. Pero, en fin, por mucho que aparentéis no sorprenderos, ¿queréis que os cuente toda mi historia de esta noche?

—Tendré en ello un verdadero placer—repuso Hans, que proseguía ocultando su emoción bajo una aparente indiferencia.

Gertrudis alzó disimuladamente su silla, y se deslizo más cerca del historiador para oír mejor.

Franz se recogió un instante para recapitular los acontecimientos de aquella noche, que, á pesar de que llenaban y ocupaban su memoria, se entremezlaban en ella confusos y como cubiertos por una densa niebla. Todo lo que había visto y que no podía comprender deslumbraba en cierto modo su imaginación, ignorando por dónde debería principiar á referirlo.

Por último comprendió la relación, y desde sus primeras palabras quedó inmóvil la aguja de Gertrudis. Contó su entrada en el baile Favart y su encuentro con Julían de Audemer, á quien en otro tiempo había conocido empleado, como él, en la casa del banquero Geldberg, en época en que la familia de Audemer vivía en un estado muy cercano á la pobreza.

Hans no pudo menos de prestar más atención, si era posible, cuando oyó el nombre de Audemer; pero no hizo pregunta alguna.

Franz habló inmediatamente del caballero alemán que le había seguido los pasos durante la primera hora del baile; luego, del cambio que había hecho en su traje, vistiéndose con el brillante de

majo español, que trocó momentos después por el encarnado propio de los armenios.

Aquel hombre que se transformaba á cada instante, poseía tres fisonomías para un solo rostro. Franz le contempló grave y orgulloso bajo el vestido alemán; ligero, risueño y vago con la chaquetilla corta llena de alamares, y apático, indiferente y franco con el traje de armenio.

Y á un mismo tiempo le percibía tan pronto del brazo de la señora de Laurens, cuyo nombre se guardó de pronunciar, como detrás de las colgaduras de una puerta de paso, como entre el inmenso gentío, y como en todas partes, en fin.

Sus animadas frases comunicaban á esta relación singular un color tan extraño, que Gertrudis le escuchaba con la boca abierta, con la mirada fija y conteniendo el aliento. Permanecía suspensa de las menores peripecias de la historia, que constituía para ella una peregrina, misteriosa y arrebatadora novela, cuyo desenlace, retardado sin cesar, enciende por instantes el deseo y la imaginación del lector.

Su alma estaba en sus oídos: percibía todas sus palabras; y cuando Franz suspendía la historia para tomar aliento, también respiraba con fuerza, como si estuviera oprimida por su propia curiosidad.

Quería adivinar. Aquella trinidad fantástica le parecía llena de los más incomprensibles miste-

rios; su imaginación alemana se complacía en escuchar con recogimiento aquellas cosas inexplicables, y las consideraba como los milagros de una leyenda germánica transportados á París, ó como la poesía inconcebible de las baladas, iluminada por los rayos vivísimos de las arañas y candelabros y lanzada triunfante en mitad del brillo de la civilización.

Allí no se veían viejas murallas para ocultar los fantasmás, ni arcos góticos que repitiesen de eco en eco las misteriosas palabras. Faltaban la sombra de los árboles y los pálidos reflejos de la Luna, tan carinosos con las cosas del otro mundo: no había allí ninguno de los forzados accidentales de lo sobrenatural; pero lo sobrenatural, desnudo y atra-vesando con la cabeza erguida por entre los resplandores de una fiesta, era infinitamente más admirable.

Gertrudis se estremecía, sus ojos se dilataban con fuerza, y su conmovido seno agitaba su vestido. Creía ver á aquel hombre extraño multiplicarse ante los ojos de Franz como un genio del mal ó como un ángel del bien. Y cuando el joven tornaba á usar de la palabra, cesaba de pensar la hermosa, y se entregaba toda entera á las emociones que se precipitaban unas tras otras en tan peregrina profusión.

Su silla deslizábase á su pesar sobre el pavimento, aproximándose de una manera insensible, has-

ta hallarse á la mitad de la distancia que la separaba de Franz.

Hans, por el contrario, escuchaba frío y tranquilo: á veces pudiera decirse que comprendía la relación infinitamente mejor que el mismo joven; pero las impresiones resbalaban sobre su rostro con un aire ligero y sutil, y tomaba de grado en grado más inmovilidad é indiferencia.

Franz, picado en lo más íntimo, redoblaba sus esfuerzos para conmover al mercader: los extraños acontecimientos se agolpaban en su boca; y cuanto más avanzaba en su relación, más agitada y diabólica era su apariencia.

Contó su careo con el armenio, que le había creído mujer, y tomó en cuenta la salida del baile con aquellos tres hombres medio ocultos en la sombra, que expiaban su retirada y hablaban de él con entrecortadas frases.

El reloj del café inglés se había parado como por magia, y el coche en que había montado con Julián de Audemer estaba visiblemente embrujado. Cuando con su amigo había bajado de él en los Campos Elíseos para correr hacia la puerta Maillot, aquel mismo coche tan pesado, aquellos caballos tan torpes, marchaban desempedrando las calles.

Al lanzar una mirada por la portezuela, había creído ver el rostro purpurino del armenio.

Pero había sido una ilusión falaz y engañosa,

porque la primera persona á quien había encontrado en el bosque de Bolonia era el mismo hombre misterioso, con su gran capa envuelta alrededor del robusto brazo, y una larga espada en la diestra.

—!Se batía por vos!—interrumpió Hans Dorn sin poder contenerse.

Gertudis juntó ambas manos, y alargó el cuello todo lo posible para oír la contestación de Franz.

Este miró al mercader con cierto aire de desconfianza.

—¿Quién os lo ha dicho?—murmuró frunciendo el ceño.

Hans ajustó lo mejor posible su máscara fría é impasible.

—He creído adivinarlo—contestó.

Disipóse la sospecha de Franz con la misma rapidez con que la había concebido.

—!A fe mía—exclamó,—habéis adivinado la verdad! Estaba allí frente á Verdier. !V bien sabe el Cielo que, á pesar de la lección que me había dado Grisier, se batía mucho mejor de lo que yo hubiera sido capaz! !Vive Dios; qué quites, qué estocadas, qué sangre fría, qué muñeca tan innatural! En el momento en que llegábamos, recibí una ligera herida por culpa mía, pues se escapó de mis labios un grito de sorpresa. Se me figuró que la espada de Verdier era rechazada por su

carne, como si su piel hubiera sido una acerada cota. Saltaron de allí dos ó tres gotas de sangre... nada más. Después subsiguieron rápidos ataques, suertes cuyo nombre ignoro. ¡Oh; él sí que posee el quite en cuarta! Pero no se enardece jamás. Verdier, aquel pobre diablo, se batía como á la casualidad; yo tenía lástima de él. Mas si hubiera querido socorrerle, no hubiera tenido tiempo. Tres segundos después de nuestra llegada, cayó Verdier casi de espaldas con una gran estocada en el pecho.

—¿Y el alemán?—prorrumpió Hans, cuyo entusiasmo no hubiera podido contener entonces ningún esfuerzo humano.

—¡Dios sabe dónde está!—contestó el adolescente. - Bien conoceréis que todo aquello no podía complacerme más que á medias. Yo no soy ya un niño para necesitar de defensor, y aquel hombre, quienquiera que sea, tendrá que darme algún día una satisfacción. En aquel primer momento, conozco que yo estaba como atontado é incapaz de obrar. Lo único que pude notar fué que el alemán enjugó su espada en la hierba, y desapareció entre los árboles.

pecias; y si estaba conmovido, era porque su imaginación se extendía por espacios más vastos aún que todos los poéticos ensueños que aquélla podía producir.

Franz le observaba á hurtadillas, y se vanagloriaba del dichoso resultado que sus esfuerzos habían obtenido.

—Y ese Verdier—pronunció una voz dulce detrás del joven,—¿ha quedado muerto?

Franz se volvió con viveza. Gertrudis, á quien creía á larga distancia, estaba casi á su mismo lado.

—¡Hola, hola!—exclamó sonriendo el adolescente.—¿Conque mi amigita se interesa tanto por Verdier? Ese pobre diablo no estaba muerto; pero sí poco menos. Cuando nos acercamos á él Julián y yo, le hallamos tendido sobre la hierba, sin voz ni movimiento. Sus dos testigos le rasgaban la camisa para restañarle la sangre, y... ¡Pero qué pálida estáis, Gertrudis, y cuánta destreza habéis puesto en práctica para acercaros á nosotros sin ser oída! ¡Vedla vos, padre mío: está ahogada por la emoción, lo mismo que si acabara de ver la representación de quince actos seguidos en el teatro de la Puerta de San Martín! ¡Diablol ¡He conseguido un triunfo inesperado, pero brillante!

La palidez de Gertrudis fué reemplazada por un vivo color de púrpura: el encanto se había roto. Dirigió á Franz una mirada de reproche, é inclinó la cabeza sobre el olvidado lienzo que bordaba.

—V bien, padre mío—dijo Franz al negociante de ropa:—¿nada os ocurre que decir respecto á esto?

—Lo que digo es que os han ocurrido bien varias aventuras, M. Franz—replicó el antiguo paje con cierto acento de buen humor.—Esas cosas sólo acaecen á algún privilegiado y hermoso mancebo como vos. Mas decid: ¿de dónde ha nacido ese duelo entre vuestro adversario y el caballero alemán?

—¡Pardiez—replicó Franz:—es lo que no comprendo bien! Lo cierto es que cuando Julián y yo llegamos al lado de Verdier, estaba el pobre hombre recostado sobre la hierba, sin dar apenas señales de vida. Cuando le hubieron puesto en un coche acompañado de uno de sus testigos, se quedó con nosotros el otro, y nos enteró de que el caballero alemán se les había reunido á treinta pasos de la Puerta Maillot, que Verdier se había estremecido al verle, y que el alemán le había tomado por el brazo, conduciéndole aparte, sin que Verdier pensara en resistirse.

«Los testigos no pudieron oír entonces lo que se dijeron en aquellos primeros momentos; pero percibieron sus acciones. El alemán parecía mandar, Verdier inclinaba los ojos, aunque sus gestos indicaban una negativa tenaz.

«Al cabo de dos ó tres minutos se alzó la voz del alemán hasta alcanzar el diapason de la colera;

los testigos comenzaron á oír palabras de insulto y de desprecio pronunciadas por el alemán.

»—Si no queréis—prorrumpió éste desenvainando su espada y desembozándose completamente,—es conmigo con quien vais á batiros.

»—No quedaremos mal por eso—repuso Verdier, seguro de su destreza.

»Llegaron hasta ellos los testigos y los colocaron á conveniente distancia: el momento en que Julián y yo penetrábamos en la espesura era el en que comenzaban á atacarse.

»El combate duró apenas un minuto, y el pobre Verdier recibió bien pronto la estocada que había pensado darme.

»Yo, permaneciendo preocupado aún con las aventuras nocturnas anteriores y con los calculados obstáculos que habían retardado mi llegada á la cita, no pude menos de decir al testigo:

»—¿Creéis que ese caballero haya tenido motivos personales para batirse con Verdier?

»El interrogado me miró sonriendo.

»—¿Le conocéis?—me preguntó.

»—Esta noche le he visto por primera vez.

»—¿Os ha hablado?

»—Nunca.

»—Pues, entonces, ¿cómo concebís que se haya batido por vos? Yo no sé lo que habéis hecho á Verdier; pero lo cierto es que venía con la firme intención de mataros. Debe de haber en este des-

safío algo más que un vaso de cerveza lanzado al rostro.

«—Por mi parte, nada sé más que eso—exclamé.

«—En ese caso—continuó aquel,—es preciso confesar que es sobrado rencoroso: toda la noche ha estado ejercitándose para asegurar y robustecer la muñeca, y por el camino afirmaba que os plantaría seis pulgadas de hierro bajo la tetilla izquierda.» Tal fue lo único que pude saber—añadió

Franz:—aquel testigo ignoraba todo lo demás, y nos dejó al fin de los Campos Eliseos para marchar en busca de su compañero, que acompañaba a Verdier. Veamos, pues, padre mío; vos que sois hombre de juicio, decid: ¿Creéis que haya podido ser yo la causa de la conducta del alemán?

—¡Estoy seguro!—exclamó Gertrudis con atondramiento.

El mercader de ropas le impuso silencio con un gesto rápido y significativo.

—Yo nada creo absolutamente—contestó aquel.—Según vos decís, el alemán conocía á ese Verdier, que se quedó estupefacto al verle en la Puerta Maillot: es, pues, evidente que no ha trabajado en el desafío sino por su conveniencia.

Franz miró alternativamente á Gertrudis, que tenía inclinados los ojos sobre su labor, y al mercader, cuyo semblante expresaba una penosa confusión.

El joven guardó silencio durante algunos segundos, pareciendo reflexionar.

—¡Pardiez!— exclamó inmediatamente, sacudiendo su rubia cabellera.—Por mucho que me devano los sesos, me pierdo en vagas conjeturas. La mirada de aquel hombre tenía una extraña expresión, y en el baile no podía apartarla de mí: para acecharme de tal modo, era preciso que tuviese alguna razón, y me inclino mucho á creer que conoce los misteriosos obstáculos que se han elevado entre mi persona y la espada de Verdier. ¡Qué diablo! En definitiva, me agrada mucho más estar vivo que difunto; y no veo ninguna razón para enfadarme porque me hayan impedido ser víctima de un bribón. Yo he llegado al campo noblemente: mi conciencia nada me echa en cara; y si ese excelente alemán se ha batido ó no en mi obsequio, le doy las gracias á todo evento.

Franz decía estas palabras con un acento medio alegre, medio resignado: evidentemente, ponía buena cara al mal tiempo. El desenlace del asunto no le llenaba del todo: con la mano se retorció los cabellos, y su sonrisa había desaparecido.

—Además—repuso, contestando á una objeción que le hacía su orgullo,—forzoso es que algún día vuelva yo á ver á ese hombre: entonces le preguntaré qué derecho tiene para protegerme.

Pasó sobre su frente una nube más sombría.

—¡Derechol ¡Quién sabe si le tendrá!—prosi-

guió en voz baja.—¡Creo que hay personas que me conocen, y á quienes no distingo yo! ¡Los que me han lanzado con inhumana crueldad en el mar de la vida, deben de saber, sin duda, dónde estoy, y tal vez tengan remordimientos!

Hans volvió la cabeza para ocultar su creciente confusión y evitar una respuesta.

Los dulces ojos de Gertrudis estaban fijos sobre el interesante rostro del mancebo, y sentía que le quería más, considerándole desgraciado.

La confusión del mercader y el tierno interés de su linda hija escaparon á la comprensión de Franz, cuyas manos se hallaban cruzadas sobre las rodillas, y cuyo pensamiento estaba reconcentrado y reflexivo.

Los jóvenes que no conocen á sus padres poseen ideas originales, que están lejos del alcance de los demás. Cualquiera que sea su naturaleza y su carácter, hay siempre en lo más recóndito de su alma un fondo de melancolía mezclado con una ardorosa esperanza. Franz era de carácter alegre, frívolo, aturdido y ávido por disfrutar todos los placeres; pero en algunas ocasiones le trastornaba aquel ensueño tenaz durante algunos instantes, y se ocupaba en meditaciones serias.

Veía á su madre, y se la representaba muy bella; veía á su padre, y creía percibir un rostro noble y un alma esforzada.

Su corazón, capaz de conmoverse por todo lo

que fuese amor, latía ardiente por aquellos gratos fantasmas.

Después brotaban de sus ojos lágrimas acerbas: entonces se decía:

—¡Han muerto tal vez!

En aquel momento acababa de caer en el amargo ensueño, pero tan amado por él, que le sorprendía todos los días en las horas de soledad. Aquellos acontecimientos de la noche anterior, que en vano procuraba comprender, le habían inspirado vagos temores, y esperanzas más vagas aún. Una voz que no podía sofocar se alzaba de su corazón: aquella voz le hablaba sin cesar de su padre.

¡Pero aquel hombre era muy joven para serlo!

¿Y por qué le había abandonado durante tan largo tiempo para ir en su socorro en la hora suprema del peligro?

Aquel silencio, aquellas misteriosas precauciones, ¿de qué servían?

Después de esta agitación violenta, desmayaba el pobre joven: en todo aquello sólo comprendía las rarezas de una noche de carnaval. Todo lo había hecho la casualidad. Franz volvía á considerarse aislado y solo. Su alegre naturaleza se rebelaba enérgicamente contra la emoción, rechazada cien veces de su ensueño, que tenazmente le asaltaba.

De pronto se incorporó en la silla, y volvió á recobrar decididamente su sonrisa.

—Traedme las ropas, padre mío—exclamó:—no

he venido aquí, seguramente, para contaros tristes historias. ¡Diablo! Yo no he robado, y, con todo, están repletos mis bolsillos. ¿Por qué he de apurarme? ¡Bien necio sería en quebrarme la cabeza por buscar imposibles!

Hans se levantó sin decir palabra, y se dirigió á un obscuro gabinete, donde se hallaban colgadas y cubiertas con un lienzo sus más preciosas mercancías.

Franz quedó sólo con Gertrudis.

Había vuelto la joven á tomar la aguja, y sus dedos seguían los armoniosos contornos del dibujo.

—¿Es para vos ese lindísimo cuello?—preguntó el adolescente, por decir algo.

—¡Oh, no! No soy bastante rica para llevarle.

—¿Pues para quién es, en ese caso?

—Para una señorita que debéis de conocer, puesto que hace poco habéis pronunciado su nombre.

—¿Lo he pronunciado yo?—repuso el mancebo procurando recordar.

—Su nombre precisamente, no; pero sí el de su hermano.

—¿Es para Dionisia?—exclamó Franz con viveza.

Inmediatamente se mordió los labios, como para contener las palabras que acababa de decir, y se puso colorado.

Gertrudis había alzado hasta él sus ojos bellos y expresivos, que parecían interrogarle.

—Es muy linda—murmuró Gertrudis.—¡Oh; y

es tan buena!.. Mucho tiempo ha que mi padre conoce á esa familia: yo voy á visitarla algunas veces, y aun cuando no soy más que una pobre jornalera, habla conmigo lo mismo que si fuese una amiga íntima. ¡Oh; si supierais, M. Franz, qué dulce es y qué corazón tan excelente posee!

Franz se ponía más encendido á cada instante, y los esfuerzos que hacía para ocultar su emoción, sólo conseguían presentarla más clara y manifiesta.

Los ojos de la linda Gertrudis parecieron despertarse, como si un pensamiento súbito hubiera atravesado su espíritu: su sonrisa estaba impregnada de cierta malicia.

—Ella me cuenta sus secretillos—repuso con dulzura:—hemos jugado juntas durante la niñez, y la señorita Dionisia no lo olvida. ¡Oh; aquel á quien ame, será un hombre feliz!

Dejó Franz escapar un profundo suspiro; pero no habló.

Gertrudis fingió volver á ocuparse en su bordado; mas al tiempo que manejaba la aguja con ágil destreza, deslizó una mirada penetrante hacia el joven, que se hallaba de pie en su presencia.

Entonces vió despejarse el rostro de Franz, y brillar sus ojos como si su alma estuviese henchida de felicidad.

En el momento en que Franz se creía un héroe de discreción, la linda Gertrudis soltó una carcajada.

—¡Ahora recuerdo!—dijo ella volviendo hacia aquél sus ojos maliciosos.—Cuando ayer llegasteis aquí, se me figuró que os había visto ya en otra parte. He trabajado mucho para imaginar dónde había sido, y en este momento es cuando llego á conseguirlo. Recuerdo que os he visto bajo las ventanas de la señorita de Audemer...

El joven, atacado tan de improviso, intentó negar.

—¡Oh; no!—prosiguió Gertrudis.—Bien sé yo que no me equivoco. Estabais en la calle, y mirabais hacia las ventanas, M. Franz. Después, cuando subí, encontré á la señorita Dionisia que alzaba una de las cortinillas, y que os miraba también.

—¡Es cierto!—exclamó Franz.

En el momento en que iba Gertrudis á contestar, salió el mercader, llevando los vestidos del adolescente.

La joven volvió á emprender su trabajo, como si hubiera querido reparar el tiempo perdido.

Franz contó la cantidad en que había vendido sus trajes, y los recibió en cambio empaquetados artísticamente.

Tendió la mano á Hans Dorn, que se la estrechó cordialmente, y se despidió.

Al pasar al lado de Gertrudis, se inclinó hasta tocar su oído.

—Si la veis—dijo muy bajo,—decidle que aquel desafío no ha tenido consecuencias funestas para mí.

Gertrudis hizo una breve seña de cabeza, y Franz salió diciendo:

— ¡Volveré!

El mercader abrió la ventana para contemplarle mientras atravesaba el patio; y cuando su talle esbelto y elegante hubo desaparecido entre la sombra del pasadizo, volvió á sentarse, y apoyó reflexivamente la cabeza entre las manos.

Ya no necesitaba comprimirse ni violentarse: sus ojos húmedos expresaban una alegría reconcentrada y profunda.

Gertrudis pensó un momento en el secreto que acababa de sorprender: después volvió á ocupar su pensamiento poco á poco en la misteriosa historia contada por Franz; y como el silencio de su padre la dejaba entregada á sí misma, se borró pronto en su semblante la reciente impresión de alegría. Gertrudis se posesionó de sus infantiles ideas supersticiosas; los evocados espectros se dibujaban ante sus ojos, y su cabeza se inclinó pálida y temblorosa: tenía miedo.

Tenía miedo sobre todo á aquel terrible caballero alemán á quien su imaginación prestaba sobrenatural poder. Ella le veía, como Franz le había descrito, con su elevado talle envuelto en los largos pliegues de una capa, con su ancho sombrero, que obscurecía su rostro, y con el fuego ardiente, sombrío y profundo de su terrible mirada.

Llamaron entonces á la puerta por segunda vez.

Estremecióse Gertrudis: su temor la hizo dudar; pero se puso en pie á una señal de su padre, y se dirigió á abrir. Cuando la puerta giró sobre sus goznes, lanzó un grito de terror y se apoyó temblorosa en la pared. Su pensamiento parecía haber evocado al fantasma: el caballero terrible apareció en el umbral.



CAPÍTULO VI

El cofrecito.

Gertrudis reconoció al instante al misterioso y terrible personaje que representaba tan extraño papel en la relación de Franz, y se quedó inmóvil y como aturdida cerca de la puerta, sin que ni aun procurase disimular su sobresalto.

—¿Vive aquí Hans Dorn, el comerciante de ropas?—preguntó el caballero alemán antes de pasar el umbral.

Al tiempo que profería estas palabras se quitó el sombrero con grave cortesía, y descubrió su altiva frente, donde no quedaba señal de cansancio después de una noche de vigilia.

Era una frente espaciosa y despejada, adornada por las hebras ensortijadas de una hermosa y negra cabellera.

La pobre niña contemplaba en medio de su espanto aquel rostro fiero y noble; pero no se atrevía á responder.

El barón de Rodach avanzó un paso y se introdujo en la casa; entonces dirigió á Gertrudis una mirada tan dulce y cariñosa como la de un padre.

—Hermoda —le dijo, —heme aquí dentro de

vuestra casa sin que me hayáis dado permiso. Vos me habréis olvidado quizás; pero yo no. Os reconozco bien: recuerdo por la vuestra la fisonomía de una madre, á quien, sin duda, imitáis también en la virtud.

Gertrudis le dirigió una mirada tímida. Rodach se sonrió.

Aquella sonrisa era la expresión de una especie de ternura protectora y llena de cariño. Si el temor de Gertrudis hubiera nacido solamente de la timidez y rubor propios de su edad, se hubiera serenado con aquella sonrisa tan franca é impregnada de bondad; pero la cabeza de la joven estaba demasiado ocupada con sus fantásticos terrores.

Bajó de nuevo los párpados. Rodach la contempló durante algunos instantes.

—¡Pobre Gertrudis!—murmuró, pensando, no en aquella niña que estaba junto á él brillante de juventud y de hermosura, sino en otra Gertrudis, en la desgraciada alemana que en otro tiempo había contemplado, joven también y risueña como el amor, pero que ya había muerto.

Esta idea le hizo recordar un suceso lejano; mas no tenía tiempo para entregarse á semejantes devanos, y después de un breve espacio de silencio preguntó:

—¿Donde esta vuestro padre, hija mía?

Gertrudis mostró con el dedo la puerta entreatabierta de la habitación de Hans.

Inclinóse el barón de Rodach, y estampó un beso en la frente de la pobre niña, que se quedó pálida y temblorosa, como si toda su sangre se hubiese reunido en el corazón á impulso del contacto de aquellos labios temidos.

Entró el Barón en el aposento de Hans, y Gertrudis fué á sentarse en un rincón donde permaneció muda y como petrificada.

Hans Dorn se levantó con respeto y solicitud; y mientras el recién llegado ocupó la silla en que poco antes había estado sentado el adolescente, permaneció aquél en pie delante de él.

—Señor--le dijo,--el joven acaba de salir de aquí.

—Bien lo sé—contestó Rodach:—cuando subía á su coche, paraba el mío enfrente de vuestra casa.

—¿Y os ha visto?

—No: he corrido la cortina con precipitación, y antes de bajar le he dejado tiempo sobrado para alejarse.

—Todo me lo ha contado—exclamó el mercader,—y yo he adivinado lo que él no pudo comprender. Vos habéis dicho que le salvaríais, y le habéis salvado. ¡Pero tenéis una herida!

—La espada me tocó un poco—respondió Rodach;—mas todo ha quedado reducido á algunas gotas de sangre. Cerrad la puerta, amigo mío: tenemos que tratar de cosas más serias.

El comerciante de ropas obedeció al instante y corrió el cerrojo.

Volvióse inmediatamente hacia el Barón, que pasaba una mano por entre la capa, como para asegurar un objeto que llevara bajo el brazo.

—Ya podéis hablar sin ningún temor—dijo Hans:—aquí nadie puede veros ni otros.

La última parte de esta aserción era exacta respecto á la puerta de la Rotonda. En efecto; la puerta era demasiado gruesa, y la pobre Gertrudis no se cuidaba de aplicar el oído. El comerciante de ropas se equivocaba en lo demás.

Mientras que este último esperaba inquieto y atormentado por su temor, se había asomado muchas veces á la ventana, para ver la calle obscura que conducía á la plaza de la Rotonda: la ventana había quedado medio abierta, y nadie había reparado en ello, porque la estufa bastaba para conservar templada la sala, á pesar del aire frío que soplabá de la parte de afuera.

Era, no obstante, muy pequeña aquella abertura; pero pasaba el viento por ella, y movía de cuando en cuando la cortina de gruesa tela que debía interceptar las curiosas miradas de la vecindad. Cada vez que el viento soplabá de este modo, dos ojos muy abiertos y fijos penetraban con avidez en la habitación del comerciante de ropas.

Aquellos ojos eran los del mentecato Geignolet, que no había dejado su puesto desde hacía mucho tiempo, mirando cuanto podía, esperando siempre descubrir el sitio donde Hans Dorn guardaba el oro.

Desde que había visto las preciosas monedas en poder de su hermano, se había apoderado esta idea en su cerebro enfermo; todo su pensamiento era aquél, y su pobre espíritu se extraviaba soñando en las gavetas del antiguo paje. Hasta se ponía calenturiento y delirante, porque, aunque vagamente, no ignoraba que aquellas hermosas piezas valían cada una un cúmulo de aquellos *sueños* que amaba con frenesí, porque le servían para obtener aguardiente.

En la tenebrosa confusión de estas viciadas inteligencias se desarrolla alguna vez la facultad de hacer mal con poder increíble. Á falta de raciocinio, tienen estos seres desgraciados el instinto del bruto; instinto agudo, ágil y penetrante, que á veces supera á los cálculos del pensamiento.

Tienen una astucia lenta, que se introduce como una culebra por donde no atravesaría la fuerza: poseen el sentido sutil del salvaje que se arrastra sobre las huellas de su presa. Todo lo que enfrena las pasiones de los demás hombres, no es obstáculo para ellos; nada los distrae del codiciado objeto; carecen de pudor, y poseen la victoriosa paciencia de la astucia.

Sosteníase Geignolet sobre ambas rodillas, inmóvil como un tronco y con los ojos clavados en los vidrios de la ventana.

Con el auxilio de un dedo mojado había hecho un surco entre la densa capa de polvo que los cu-

bria, había levantado la extremidad del viejo y remendado lienzo de la cortina, y acechaba.

Acchaba incessantemente y sin descansar.

Por más que esperase en vano, no se agotaba su paciencia: allí permanecía como un lobo que mide con ojo carnívoro y avizor la distancia que le separa de la presa, sin contar las horas que iban transcurriendo.

Su ronca voz tarareaba de cuando en cuando alguna copia de su extravagante canción, hablando de oro y de aguardiente.

Había visto á Franz sentado al lado del mercader; pero cuando el joven había contado el precio de sus ropas, la cortina, inmóvil entonces, ocultaba completamente el dinero.

Nada había percibido aún de lo que buscaba; pero aguardaba con tenacidad.

Cuando el mercader de ropas volvió á colocarse delante de Rodach, entreabrió éste la capa, y puso sobre la mesa un cofrecito forrado de cuero y tachonado de plata.

El idiota, por primera vez desde que permanecía en su puesto, pudo ver alguna cosa brillante, y sintió enardecerse su mirada; pero en aquel momento cesó de soplar el débil viento que se hacía sentir por intervalos, y la cortina descendió de nuevo á lo largo de los cristales de la ventana de Hans.

Arrojó el insensato un ahogado gemido, giraron

sus ojos entre las cóncavas órbitas, é hizo un movimiento como para arrojarse impetuosamente.

Durante algunos minutos pudo advertir solamente la tela, cuyos inmóviles pliegues interceptaban su mirada.

Entretanto, Rodach había adelantado la diestra sobre el forrado cofrecito.

—El joven es valiente y de intrépido corazón: he presenciado sus hechos, y juraría por mi salvación que no nos hemos engañado. Yo estuve en la sala de armas cuando recibía su lección de esgrima, y al tocar su mano el acero desnudo, he creído ver en sus ojos la súbita viveza que animaba la mirada de mi padre. Carezco de otras pruebas; pero cuando le he visto, le he entregado mi corazón, y ha hervido en mis venas la sangre de los antiguos Condes.

—¡La voz del corazón no miente nunca! —replicó Hans.—Lo que vos habéis sentido, yo lo he experimentado también. Vos tenéis la sangre de los señores, mientras que yo no soy más que un pobre vasallo, y no tengo derecho para decir que amo al joven tanto como vos: sin embargo, si necesitase mi vida, se la entregaría sin vacilar.

Le alargó la mano el Barón: Hans la besó, en vez de estrecharla.

—¡Bien necesita del amor de los servidores de sus padres!—continuó Rodach.—Vuestro afecto será puesto á prueba, querido amigo, porque se

han tendido lazos en torno del joven, y puede caer fácilmente en cualquier asechanza con la ciega confianza de su inexperta edad. ¿Tenéis algunos compañeros con quienes poder contar?

Hans no respondió en el acto; reflexionaba profundamente.

—Tengo algunos camaradas —dijo por último— á quienes confiaría todo lo que he acumulado á fuerza de trabajo, todo lo que destino á la felicidad de mi hija.

—¿Quiénes son?

—Alemanes como yo, y antiguos vasallos y servidores de Bluthaupt. Hermann, que fué halconero del *schloos*, Fritz el correo, Juan...

Detúvose en este punto; después continuó:

—Yo no sé si Juan... Sin duda, le confiaría mi fortuna; pero respecto al joven, ¡es más precioso que el oro!

—¿Y no tenéis más amigos?

Hans pronunció todavía otros cuatro ó cinco nombres, que eran los de los convidados reunidos el día anterior para celebrar el domingo de Carnaval en la taberna de *La Frafra*.

—Esta bien —dijo Rodach:— esos nombres son gratos á mi oído, y debemos alabar al Señor por haber juntado en París, lejos de su patria, tantos valientes alemanes. Habladles separadamente y con prudencia; sondeadlos; sabed á ciencia cierta hasta qué punto son adictos y fieles á los recuer-

dos que van debilitándose de día en día, y apresurados á hacerlo todo, porque, os lo repito, la vida del heredero de Bluthaupt está rodeada de peligros.

Hans, que había recobrado su semblante satisfecho desde la partida de Franz, volvió á aparecer receloso é inquieto.

—Pues qué—exclamó,—¿no se ha terminado el duelo?

—El desventurado que debía batirse con él—respondió el Barón,—estará fuera de combate durante mucho tiempo; pero he sabido cosas posteriores después de nuestra vista, amigo Dorn. Esta noche se ha trabajado mucho, y nuestro trabajo no ha sido inútil. El duelo no era un combate ordinario: era un asesinato premeditado á sangre fría.

—¡Un asesinato!—exclamó el mercader.

—No tengo sobre ello pruebas positivas: he llegado ayer de París, y en una sola noche poco se puede adelantar; pero creo que esta misma mañana mis sospechas llegarán á cambiarse en realidad.

Guardó silencio el Barón. Hans no se atrevía á pedirle aclaraciones; pero su mirada interrogaba mejor que hubieran podido hacerlo sus palabras.

—Mucha razón hay para estar seguro de ello—continuó Rodach, respondiendo á sus propias reflexiones.—Le atacan porque le temen. ¿Y por qué temer al pobre joven obscuro y abandonado, si algún misterioso secreto no le comunicase impor-

tanciar? Esas gentes son ricas y poderosas; él nada tiene, nada puede. ¿Cómo se explica este odio?

Empujó Rodach con el codo el cofrecillo y apoyó la cabeza entre las manos.

—Casi veinte años van transcurridos desde aquel momento,—prosiguió, bajando la voz.—!No me reconocerán! Cuando me vieron, estaban perturbados sus ojos por el terror. ¡Quién sabe! Acaso me equivocaré. Por otra parte, tienen oro; con él encontrarán nuevos brazos prontos a servir a su cobarde perñida. Derribado Verdier, se alzará otro, y otro, y cien. ¡Mi pecho no podrá oponerse siempre a las villanas espadas!

—Señor,—dijo Hans,—ignoro lo que queréis dar á entender.

Rodach le miró como si nada hubiese comprendido; después preguntó:

—Geldberg y Compañía, ¿vivieron siempre en la calle de la Ville de l'Évêquer?

—Siempre—replicó Hans.

Los ojos de Rodach se quedaron fijos, y manifestaban el esfuerzo de su laboriosa meditación.

—Además—prosiguió de repente,—la espada no es más que un medio, y para matar á un hombre hay mil expedientes más seguros. ¡Es necesario trabajar; es necesario comenzar la lucha sin

pérdida de tiempo!

Cogió una de las asas del cofrecillo, y lo atrajo hacia sí con brusco ademán.

Después fijó en Hans Dorn aquella mirada penetrante y grave á un mismo tiempo que despertaba en el fondo del corazón del buen mercader innumerables sentimientos y recuerdos.

—He aquí lo que constituye todas las esperanzas de Bluthaupt—murmuró.

Hans se inclinó involuntariamente. Rodach prosiguió:

—He aquí las únicas armas que poseo para combatir á esos hombres que han usurpado la herencia de los nobles Condes. Ellos son fuertes, y nada los hace retroceder; pero, con el auxilio de este talismán, espero vencerlos.

Hans dilataba los ojos, y miraba el cofrecito como si fuese un objeto divino.

—Confío en vos, amigo Dorn—continuó el barón de Rodach, sin apartar los ojos del semblante de aquél.—Si conociese en el mundo un hombre más fiel y adicto que vos, correría á buscarle para depositar en él mi tesoro.

Hans puso la mano sobre el corazón, y dijo con expresiva gratitud:

—¡Gracias, señor; bien sabéis que soy todo vuestro: el depósito confiado á mí, será conservado mientras me quede un soplo de existencial

—Así lo creo—respondió Rodach,—y bajo vuestra custodia pongo toda la esperanza de Bluthaupt. ¡Sed discreto, Hans Dorn, aun con vuestra propia hijal Yo voy á entablar una lucha cuyos azares es

imposible prever, y ese cofrecito estaría conmigo muy expuesto. Guardadlo; en vuestro poder está tan seguro como en el mío: tiempo llegará en que os lo pida, y entonces el nombre de Bluthaupt estará próximo á reconquistar su antiguo esplendor.

El mercader se inclinó con respeto.

—Yo acepto ese depósito—dijo,—y por la memoria de mi padre me comprometo á entregaroslo cuando me lo ordenéis.

Levantóse Rodach y se embozó, preparándose á marchar.

—Mucho me pesaba esa preciosa alhaja—dijo elevando su noble talle:—ahora tengo una responsabilidad menos, y siento más ligero el corazón. Voy á dejaros; pero no sé qué es lo que aun tenía que deciros...

Pareció querer recordar alguna circunstancia, y de repente exclamó:

—¡Bien sabía que se me olvidaba alguna cosa! Necesito las señas de la habitación de Franz. Hans había abierto la puerta, y se encontraba entonces en el cuarto de Gertudis.

—¡Cuán desgraciado soy!—murmuró.—No he pensado en preguntárselas.

Gertudis continuaba acurrucada, dirigiendo algunas miradas tímidas y desconfiadas por detrás del alemán. Sin embargo, aquella turbación no era tanta que le impidiera observar el embarazo de su

padre, y, acudiendo á su socorro, pronunció en voz muy baja:

—Yo podré saber dónde vive.

—¿Cómo?—preguntó Hans Dorn.

La joven se puso colorada; su aturdimiento creció de punto: para responder, le era indispensable descubrir un secreto contra su voluntad.

El secreto de Franz y de Dionisia.

Porque Gertrudis pensaba en la señorita de Audemer cuando se atrevió á sacar del terrible apuro á su buen padre.

Felizmente, las muchachas, aun cuando sean muy puras y sencillas en grado superlativo, poseen ya un poco del genio de la mujer.

Gertrudis reflexionó durante un segundo, y luego respondió:

—Monsieur Franz nos ha hablado del vizconde Julián de Audemer.

—¡Es cierto!—exclamó el mercader de ropas respirando gozoso. Si queréis aguardar, señor, vamos á tener dentro de un cuarto de hora las noticias que necesitáis.

Rodach echó una ojeada á su reloj.

—No puedo—dijo;—pero volveré.

Saludó á Gertrudis, que le contestó con suma reverencia, y se marchó. La joven, medio repuesta de aquel extraño terror, le siguió con una mirada curiosa hasta perderle de vista.

Hans le acompañó hasta bajar la escalera, y

después volvió precipitadamente para encerrar el tesoro que se le había confiado.

Apresuróse á colocarlo en un armario, cuya llave tenía él exclusivamente; pero en el momento en que iba á dejarlo en el estante más alto se deslizó por la ventana un pálido rayo de Sol, llegando á caer sobre el cofrecito, cuyos clavos brillaron como otros tantos luises de oro.

Esta circunstancia hizo dirigir las miradas del mercader hacia la ventana, y sólo entonces pudo advertir que estaba abierta.

Le pareció que el Universo entero codiciaba el precioso cofre, y no pudo menos de lanzarse hacia la ventana á fin de reparar su imprudencia.

El viento soplaba en aquel instante y agitaba la cortina.

Al tomar las dos hojas de la ventana para juntarlas entre sí y cerrar, alzó la vista casualmente hacia la mísera morada de los Regnault.

En un rincón de la vidriera que tenía enfrente percibió dos ojos grandes que brillaban de una manera extraña.

Fué cosa de un instante. Cuando el mercader se puso la mano sobre los ojos para resguardarse de los rayos del Sol á fin de ver mejor, sólo pudo notar la pardusca tela que servía de cortinaje á sus pobres vecinos.



CAPÍTULO VII

El proyecto de una fiesta.

Era la hora del desayuno en casa de la vizcondesa de Audemer.

El comedor daba á la parte posterior del edificio, y el ruido de los escasos carruajes que pasaban á largos intervalos por las calles de Beaufo-lais y de Bretaña no podía molestar los oídos de los que en él se hallaban.

Reinaba en aquella parte el silencio propio de las pacíficas campiñas; las innumerables voces de la parlanchina ciudad quedaban ahogadas á lo lejos, y se hubiera dicho que se interponían cien leguas entre aquel tranquilo retiro y los bulliciosos bulevares.

La vizcondesa Elena de Audemer se hallaba sentada entre sus dos hijos, Julián y Dionisia.

El semblante de la dama era apacible, y conservaba muchos restos de hermosura; sus blondos cabellos descendían aún en largos rizos hasta tocar sus hombros, y un ojo perspicaz apenas hubiera podido descubrir alguna naciente arruga en su rostro.

En su juventud debió de asemejarse mucho á su

hermana Margarita; no á la desdichada á quien hemos visto moribunda, postrada en el lecho de agonia, sino á aquella Margarita brillante y feliz, sonriente á la alegre esperanza de la belleza de sus años.

Veinte habían transcurrido desde su muerte: los que la habían conocido, hubieran podido encontrar alguna conexión entre las bien conservadas facciones de Elena y el encantador semblante de la desgraciada señora de Bluthaupt.

Pero esta semejanza, algo remota, llegaba á ser evidente cuando, separando los ojos del rostro de la madre, se posaban en el de la hija.

Exceptuando el color de los cabellos, Dionisia era un vivo retrato de su tía; su joven y encantadora figura tenía la misma expresión dulce y amable, la misma gracia y los mismos encantos. Cuando sonreía, aparecía en sus labios la sonrisa de la infortunada Margarita.

Muy pocos habían tenido ocasión de notar esta semejanza. Margarita permaneció durante su vida casi en completa soledad, sin salir nunca de Alemania; y si alguno de aquéllos veía á Dionisia después de haber conocido á la infortunada esposa de Gunther, no se admiraba de esta singular reproducción de fisonomías, porque, conociendo á la familia de Bluthaupt, sabía que esta noble raza formaba, por decirlo así, todos sus hijos con un mismo semblante.

Los antiguos salones del viejo *schloss* estaban llenos de los retratos de los Bluthaupt, y todos ellos se asemejaban desde remotos siglos de un modo extraordinariamente prodigioso: Gunther, Ulrico, Elena y Margarita; con excepción de género y edad, tenían una fisonomía idéntica; y la voz común entre los escasos conocedores de estas casas, era que esta misma particularidad se reproducía en grado más eminente respecto á los tres bastardos del conde Ulrico, los cuales no se ignoraba que expiaban en la cárcel de Francfort el delito que se les achacaba de la muerte de Zachæus Nesmer, célebre patricio alemán.

Madama de Audemer había adornado un poco su persona: conocíase que, no obstante lo poco avanzado de la mañana, había pasado ya algún tiempo delante del espejo. Sus cabellos algo escasos estaban arreglados con esmero, y su traje, rigurosamente ajustado, comprimía, no sin algún trabajo, las muchas carnes de un talle que en otro tiempo debió de haber sido perfecto. Llevaba á manera de alfiler un medallón semejante al que tuvimos ocasión de ver entre las manos de Raimundo de Audemer cuando se hallaba en las oficinas de correos de Francfort y en lo profundo de la Høelle.

Aquel medallón encerraba los primeros cabellos y el retrato de Julián.

El semblante de Elena era el reflejo de su alma: era una excelente señora, caritativa, amable é in-

capaz de ofender; pero débil, de mediana inteligencia y casi de nula voluntad.

En sociedad pasaba por mujer despejada; pero el talento, en el estricto sentido de la palabra, no anda muy conforme con el ingenio de la sociedad.

La vizcondesa Elena de Audemer había sido pobre durante mucho tiempo después del fallecimiento de su esposo: en aquella época todo lo ignoraba respecto á los asuntos de Raimundo, el cual había partido para recoger la herencia de Ulrico.

Una carta de Otto, bastardo de Bluthaupt, le había participado la muerte del Vizconde, sin comunicarle los pormenores y circunstancias de tan triste acaecimiento; y cuando aquél, en unión de sus dos hermanos, fué á París algún tiempo después, guardó silencio sobre este punto, encerrándose en una ambigüedad singular.

Albert y Goetz no añadían una sílaba á los dichos de Otto: la voluntad de éste parecía ser la regla suprema de la conducta de los hermanos.

Ignorando Elena completamente los sucesos que habían precedido á la partida de su marido, y no conociendo siquiera á Santiago Regnault, principal instrumento de su ruina, hizo dar algunos pasos en Alemania para averiguar el estado de sus intereses. Al momento supo que la herencia de su padre había sido robada totalmente, y que los inmensos Estados de Gunther de Bluthaupt, su tío, habían pasado legalmente á manos extrañas.

Nada, pues, tenía que esperar de su familia; la de su esposo le era casi desconocida, y el mismo Raimundo había dicho con frecuencia delante de ella que todos sus parientes eran tan pobres como él.

En semejante estado quedaba abandonada con el niño Julián, que tenía seis años, y con Dionisia, que acababa de nacer.

Bien cruel fué para ella esta época: la desdichada no hubiera podido soportar la pesada carga de su vida si los bastardos no hubieran ido en su auxilio alguna vez.

Otto, Albert y Goetz sólo poseían sus capas coloradas hechas jirones, y comían pan negro en las granjas de Alemania; pero sabían hallar siempre algunos ducados cuando se trataba de una buena obra.

Elena educó á sus hijos lo mejor posible; siendo una madre excelente, encontró en su amor materno los recursos de que carecía: Julián y Dionisia recibieron, pues, una regular educación. Cuando Julián acababa de cumplir diez y ocho años, un amigo de la familia de Audemer propuso á Elena colocarle en una de las primeras casas de comercio de París: cierto es que era de moderna planta; pero también era cierto que no tenía rival en reputación, siendo europeo su crédito.

Consintió Elena con gusto, y Julián entró de dependiente en casa de Geldberg, Reinhold y C.^a

Con semejante motivo entabló relaciones con la

Vizcondesa el caballero Reinhold. Era aquélla muy hermosa todavía, y las visitas del banquero, más frecuentes cada vez, no tenían, sin duda, un objeto enteramente desinteresado. Pero Elena, que pensaba en el porvenir de su hijo, daba sin reparo libre entrada á aquel caballero. Por otra parte, es probable que la osadía de este último no pasase de cierto límite, porque la Vizcondesa, que era una mujer delicada, no encontró inconveniente algunos años después en prometerle á su hija por esposa.

Llegó, con efecto, un día en que M. de Reinhold pidió formalmente la mano de la bella Dionisia; pero entonces había cambiado la suerte de la familia. Julián no era dependiente de una casa de comercio, sino que montaba un buque del Estado en calidad de guardia marina de primera clase, y Dionisia, brillante de hermosura y de juventud, acababa de salir de uno de los primeros colegios de París.

Dionisia no era ya tan sólo una encantadora niña, sino una rica heredera. La señora de Audemer había tenido una pingüe herencia por fallecimiento de cierto lejano pariente de su esposo á quien no había visto ni conocido durante su vida.

La casa de Audemer había sido, pues, reedificada, por decirlo así. En cuanto á la Vizcondesa, recordando su pasada indigencia, conservaba un profundo respeto hacia la riqueza. Reinhold era poderoso, y cualquiera que fuese la opinión per-

sonal que de él hubiera formado la señora de Audemer, le aceptó por yerno con el mayor gusto.

Avanzó más todavía; provocó algunas conferencias respecto al matrimonio de su hijo con la condesa Ester.

Cierto es que entre los jóvenes amantes había una notable diferencia en el origen y en la religión; pero Ester era viuda de un par de Francia, y madama Elena de Audemer no había poseído jamás el caballeresco corazón de los Bluthaupt.

Su indigencia había influido en sus ideas: durante quince años de su vida hubiera dado sin vacilar el blasón de sus padres, con los títulos de su esposo, por mil quinientos francos de renta.

Además, Julián amaba á la condesa Ester.

Ambos proyectos de enlace marchaban, pues, viento en popa: sólo Dionisia, que aún no había sido consultada *oficialmente*, parecía no tener gran impaciencia por unir su suerte con la de M. de Reinhold.

Su repugnancia hacia el rico banquero era terminante: ella le privaba de frecuentar la casa de Geldberg, donde tenía una amiga. Lía y ella se conocían hacía un año; pero se amaban, y era indispensable que la repulsión de Dionisia fuera muy poderosa para abandonar á la pobre Lía en su soledad.

Bien conocía los proyectos de su madre; y cuando ésta le hablaba algo de matrimonio, se entristecía sin poderlo remediar.

Todas las jóvenes hacen otro tanto: cuando llegan á ser mujeres cercanas á los cuarenta, no recuerdan ya lo que han hecho en sus primeros albores.

El semblante de Dionisia estaba aquella mañana más melancólico que de ordinario, y más débil y delicado que nunca; su esbelto talle parecía encorvado; sus grandes y hermosos ojos tenían una languidez que aumentaba el azulado círculo que coloreaba sus párpados; su pálida frente se inclinaba bajo el peso de un misterioso pesar.

Alguna vez solía sentarse Dionisia para desayunarse con aquel aire de fatiga y sufrimiento. Madama de Audemer creía que su hija estaba enferma, y la hacía tomar algunas medicinas; y con efecto, al día siguiente se presentaba risueña, fresca y más hermosa que nunca: la juventud y la belleza resucitaban en ella, y madama de Audemer creía haberla curado con sus medicamentos.

Después de algún tiempo había cambiado tanto la pobre niña, que las acostumbradas bebidas no debían hacerle ningún efecto. No comía, y no hablaba apenas; la vuelta de su hermano sólo le había arrancado una forzada sonrisa. Sin embargo, hacía más de un año que Julián estaba ausente; ¡y bien sabe el Cielo cuántas veces los deseos de la hermosa habían apresurado su regreso!

De cuando en cuando parecía volver en sí misma y hacer esfuerzos por presentarse alegre; pero

su propósito era vano. Había en ella un pensamiento molesto que no podía sacudir.

Las madres expertas deben sondear el recóndito secreto del corazón de sus hijos: muchas hay que podrían llamarse hechiceras, pues no parece sino que poseen el espejo mágico en que llegan á reflejarse los pensamientos de aquéllos; pero hay otras muchas que condensan gustosas la venda que cubre sus ojos, y se quedan completamente ciegas. La vizcondesa de Audemer era una de las últimas; se hubiera irritado hasta lo sumo contra cualquiera que le hubiese dicho: «vuestra hija está enamorada».

Hacía una hora que había llegado Julián: éste no era un observador de primer orden, y, sin embargo, había adivinado ya lo que su madre no quería ver.

Julián estaba también fatigado, distraído y casi impaciente. La fiesta de la noche no le había dejado otra impresión que la que causa el cansancio, agravado por una doble dosis de despecho. Después de haberse disipado los vapores de champagne, pensaba con una especie de terror en aquella mujer desconocida del baile Favart. Después de una cena abundante, la intriga amorosa se había urdido con precipitación bajo la doble influencia del baile y de la embriaguez; y durante aquella noche de locura, Julián, devorado por una verdadera fiebre, había amado á la ventura y deseado con arrebató y con delirio.

Calmada la calentura, había despertado su razón: echó una mirada hacia atrás, y cruzó por su mente una duda terrible, un pensamiento que no había tenido en el baile ni durante la cena; un pensamiento que le asaltaba de improviso.

Era como una intuición retardada por capricho. Mientras aquella mujer permaneció cerca de él, habían hablado únicamente sus sentidos; entonces parecía que sus recuerdos eran más precisos que la misma realidad: veía desde lejos lo que no había percibido de cerca, y creía conocer á aquella máscara del domingo.

Agrupábanse las circunstancias, se reunían, se arremolinaban é interrogaban su memoria; después recordaba ciertas palabras de Franz, que le había dicho, por casualidad tal vez: «¿Qué hariais si reconocieseis disfrazada aquí á la mujer á quien amáis?»

Luego se indignaba contra sí mismo, acusándose se de insensato; pero muy pronto, bajo la máscara de su bella conquista de la noche anterior, entreveía un semblante conocido, y un funebre crepón cubría los dulces sueños que habían hechizado sus largas horas de ausencia.

Como quiera que sea, no podía considerarse en mucho la medida del triste enfado ó de la negra desesperación del Alferez; porque ¿quién es el que después de una noche de vigilia deja de tener tristísimos y desesperados pensamientos? Cuando

nos pesa la cabeza, cuando están irritados nuestros ojos, y nos duelen de cansancio gran parte de nuestros miembros, lo vemos todo bajo colores sombríos, y el mal humor extiende en torno nuestro la fantástica niebla que nos enerva y desalienta.

Julián tenía *esplín*.

No comía más que su hermana, y su mano, introducida en un bolsillo de la casaca, atormentaba en su fondo un pedazo de papel, cuya lectura le había hecho palidecer en el gabinete gastronómico del café inglés.

Era cuestión más seria que la tardía sospecha que le asaltaba respecto á la máscara del dominó azul. Julián había aprendido de memoria las palabras mal escritas en el pedacito de papel, y veía en ellas una especie de amenaza que vibraba incessantemente en sus oídos.

Era muy desgraciado. Su tristeza subía de punto en el desayuno. Madama de Audemer tenía el semblante sereno; estaba alegre viendo á su hijo con el brillante uniforme de alférez, que constituye el orgullo de las madres y la gloria de los jóvenes adelantados en Trigonometría; miraba lo porvenir bellamente matizado con hermosos colores de boda, y creía oír á lo lejos el eco de las contradanzas en los brillantes festejos matrimoniales.

—Dispensa á tu hermana, querido Julián—dijo la Vizcondesa apurando su taza de té:—induda-

bliamente, esta mas alegre que de ordinario, á pesar de que creo que padece.

—Bien seguro estoy de que Dionisia ha tenido en verme un extraordinario placer—replicó el Aférez un poco distraído.

La niña le alargó la mano, procurando sonreír.

—Conozco esas indisposiciones—continuó madama de Audemer:—todas se calman con un poco de

tisana. Pero has llegado muy á propósito, Julian:

si se hubiera retardado tu licencia solamente un

mes, no podrías asistir á la brillante fiesta que los

Geldbergs van á dar en su castillo de Alemania.

—¿Qué fiesta?—preguntó el Aférez.

—¿No te lo escribí?—dijo con viveza madama de

Audemmer.—Es una fiesta que costará sumas incal-

culables. Los que á ella no concurrán, pueden con-

siderarse desgraciados. Tu hermana será una de

las que asistan; ¿no es verdad, Dionisia?

—Sí, madre mía—dijo la niña, sin saber lo que

le habian preguntado.

—Llevará diez trajes de baile—prosiguió la Viz-

condesa con entusiasmo creciente;—cuatro trajes

del mas suntuoso lujo, y lo demás, en proporción.

Todo se lo regalo yo; porque me preocupo de ella

mas que de mí misma. ¡Ah; si hubieras faltado tú,

Julian, hubiera sido muy desgraciada! ¿Qué fiesta!

!En diez años no se hablará de otra cosa!

—¿Y esta Dionisia muy contenta por asistir á

ella?—preguntó Julian.

—Sí; está contenta—exclamó la Vizcondesa.—
¿Cómo no ha de estarlo?

Interrumpióse para mirar á su hija, que guardaba silencio.

—Hija mía—le dijo con cierto viso de enfado,—
Julián te pregunta si irás con gusto al castillo de
Geldberg.

Dionisia salió un instante de su melancolía.

—Con mucho placer—murmuró.

Julián no pudo menos de advertir cuán diametralmente opuestos á sus palabras eran el tono y las palabras de su hermana; pero madama de Audemer no le dejó tiempo para detenerse en este pensamiento.

—Todavía no se ha convidado á nadie—continuó, dándose importancia;—pero la cosa se ha traslucido inmediatamente, y no habrá billetes para todos. Conozco personas que pagarían cincuenta luises por ser convidadas. La reunión será rigurosamente escogida: no habrá en ella más que títulos y gentes millonarias.

—Yo no sé dónde está situado el castillo de Geldberg—objetó el joven Vizconde;—pero me parece que ha de hallarse un poco lejos para dar tan extraordinaria fiesta.

—¡Oh!—exclamó madama de Audemer.—El convite será bello, excéntrico, espléndido, y aun regio. La casa de Geldberg se encarga de transportar á todos sus convidados hasta los últimos confi-

nes de Alemania; tendrá caballos y carruajes apostados. Vefour (1) estará encargado de preparar las viandas en el camino, y, en vez de comidas de posadas, se comerá como en el Palais-Royal.

—A fe mía—dijo el Alferez,—eso merece la pena de verse.

—¡Oh; ya lo creí!—replicó vivamente madama de Audemer.—Sin embargo, nada hay todavía oficialmente acordado: nosotros tenemos las primeras noticias. Lo que te digo lo sabemos por M. de Reinhold, que viene á vernos casi todos los días. ¿No es cierto, Dionisia?

La niña inclinó la cabeza en señal de afirmación; pero, por más que se esforzó, no pudo mostrar una ligera sonrisa en sus pálidos y contrahidos labios. Su sufrimiento parecía aumentar por grados; en su demudado semblante había un marcado aspecto de amargura, y podía adivinarse cuánto trabajaba su voluntad para contener las lágrimas. Meditaba mientras su madre hablaba, y una idea terrible desgarraba su corazón. No era posible equivocarse: su aflicción creciente, por largo tiempo comprimida, se manifestaba sin rebozo.

Pero la vizcondesa Elena de Audemer no se alarmaba por tan terribles apariencias: era apasionada de la casa (Jeldberg, que gastaba millones de francos por dar una función, y durante las dos ó tres semanas que estaba en el secreto de aquella

(1) Célèbre fondista parisienne.

proyectada magnificencia sólo había pensado en su viaje, en sus adornos, en los de su hija, y en la gloriosa ventura que debía unirlos por medio de vínculos matrimoniales con la familia de Geldberg, tan rica y poderosa.

Por otra parte, si las cosas se miran bien, es una imprudencia ocuparse mucho en las incomodidades insignificantes que las jóvenes suelen padecer: el cuidado que se pone en ellas no hace más que agravar su mal, y lo mejor de todo es cerrar los ojos á sus nerviosos caprichos, ó á otros afanes que se calman brevemente cuando no se los irrita.

A lo menos, tal era la opinión de la Vizcondesa, que, indudablemente, era una buena madre, y que de todo corazón se hubiera sacrificado por la felicidad de sus hijos.

Y, en suma, ¿qué es lo que podía tener Dionisia? El médico respondía de su salud; poseía todos los vestidos que apetecía, todos los sombreros, todas las flores y todos los adornos: nada le rehusaban. La llevaban al baile, á los teatros, á todas partes: la obligaban á divertirse, en una palabra.

La palidez que en ella se descubría, era la muestra del vano padecer de las jóvenes; semejante tristeza debía de tener su término común.

Y, sin embargo, la Vizcondesa había tenido diez y ocho años, y la angustia del amor había hecho palidecer en otro tiempo sus frescos colores de virgen, y había llorado sin poder conciliar el sue-

no en el blando lecho del soberbio palacio de Rothe.

Pero, ¡ay!, estas cosas se olvidan fácilmente. Nuestros hombres graves de veinticinco años miran con profundo desprecio á los mozalbetes que bailan la polka; los desprendidos se hacen usuarios, y los calvos suelen preguntarse por qué razón el romanticismo ha de extenderse hasta al modo de llevar los cabellos. •

La vizcondesa de Aüdemer se ocupaba enteramente en la descripción de aquellas maravillas anunciadas. Julian, indiferente en un principio, comenzaba á escuchar con interés: era joven, y le hablaban de placeres. Además, todo cuanto le decían se refería indirectamente á la condesa Ester, su bella prometida.

Animábase por grados, y su atención, solícitadamente por otro objeto, se desviaba insensiblemente de su hermana.

—¿Y sabéis cual es el día señalado? — preguntó, llenando su vaso por primera vez.

La Vizcondesa respondió:

— Si estuviera señalado el día, ya lo sabría, indudablemente. M. de Reinhold nos lo dice todo. Pero M. Abel de Geldberg, que se ocupaba en disponer las cosas, no ha determinado la época. Será preciso, no obstante, que te preveagas de lo necesario: dos ó tres disfraces cuando menos, por-
que habrá deliciosos bailes; algunos trajes sencillos

y de buen gusto para paseo, tu uniforme para los actos más solemnes...

— Me parece que sí — replicó el Alférez sonriendo.

— Piénsalo bien — repuso con gravedad madama de Audemer. — Nada hay más ridículo que estar desprovisto de trajes, mi querido hijo. No te fíes de los sastres de Alemania: los de París, aun cuando casi todos tengan nombres germánicos, están muy lejos de ser alemanes. Piénsalo bien, Julián. Es preciso que brilles en medio de esa gran reunión: tu matrimonio depende del efecto que causes en Geldberg.

— ¡Mi matrimonio! — repitió el Alférez frunciendo las cejas.

La Vizcondesa le miró con aire de sorpresa, y casi de enfado.

— ¿Será posible que hayas cambiado de parecer? — preguntó.

Julián tardó en responder; la Vizcondesa prosiguió con volubilidad.

— ¡Oh! Tu unión con Ester es sumamente ventajosa. Reflexiona. Para dar semejantes fiestas, es necesario poseer muchísimos millones.

Julián guardaba silencio. Madama de Audemer añadió con acento enfático y penetrante:

— He hecho un cálculo: rebajando infinitamente las cosas, esa fiesta no puede costarle menos de cuatrocientos mil francos.

Julián permaneció pensativo.

—!Todos dicen que Ester está mas hermosa cada dia!—murmuró.

La Vizcondesa no pudo menos de sonreirse. En aquel momento se escapaban dos gruesas lágrimas de los ojos de la pobre Dionisia, y caían lentamente por sus pálidas mejillas.

Algunos minutos después la enamorada niña se encontraba sola consigo misma; asaltábanla muy lastimosas ideas, y su corazón estaba destrozado por un pensamiento tenaz. Debilitada completamente, sin fuerzas para combatir su martirio, cesaba de oponerse á sus embates y se deshacía en lágrimas.

De pronto se abrió la puerta del salón, y una sirviente penetró en él.

—La bordadora Gertrudis deseaba hablar á la senorita.

Levantóse Dionisia precipitadamente, y salió, procurando ahogar sus lágrimas.

La Vizcondesa y su hijo quedaron solos.



CAPÍTULO VIII

Las dos jóvenes.

Madama de Audemer siguió á Dionisia con una mirada satisfecha, hasta que desapareció completamente.

—Ya lo ves—dijo á Julián:—parece que se estaba muriendo; pero tan pronto como le hablé de fiestas y de trajes, se puso completamente buena.

—Me parece, sin embargo, muy cambiada— exclamó Julián.

—Un buen matrimonio será para ella excelente remedio.

—Creo que la he visto llorar—añadió el Alférez.

—¡Jesús!—prorrumpió Elena.—Eso no me admiraría, ni debe admirarte á ti, hijo mío. ¡Las niñas son tan caprichosas!

Lanzó un prolongado suspiro, y repitió alzando al cielo los ojos:

—¡Oh! ¡Las niñas! ¡Las niñas!

La Vizcondesa se separó de la mesa, y fué á sentarse en un confidente.

—Ven, Julián—continuó la dama:—puesto que estamos solos, hablemos algo de interés.

Sentóse también el Alférez en el confidente.

La Vizcondesa puso sus blancas y tersas manos sobre los hombros de su hijo, le contempló en silencio durante algunos segundos, y se sonrió como una madre que ama y es feliz.

—¡Qué buen mozo eres, Julián mío!—dijo por fin con voz dulce y llena de ternura.—Pero habíamos de la melancolía de tu hermana. Tú me pareceres triste también, Julián. ¿Será posible que no conserves tu alegre sonrisa, y que vuelvas a los brazos de tu madre con un pesar que no quieras confiarle?

Tomó con ambas manos la cabeza del Alferez, y le dio un beso en la frente.

—¿Sabes que estoy muy ufana con tu conducta?—prosiguió.—El verano último ha salido tu nombre en los periódicos repetidas veces. Todos me hablaban de ti. «Eso es lo que se llama saber llevar un título, decían: ha habido un barón de Audemer que ascendió a jefe de escuadra bajo el reinado de Luis XV; pero Julián llegará a ser almirante.» ¡Calcula, hijo mío, si me infundirían orgullo estas palabras! ¡Oh; gracias, gracias por esa felicidad que me causas!

La tierna madre besaba a su hijo, que le correspondía sonriendo a sus sonrisas; pero que, no obstante, continuaba poseído de los pensamientos que le habían atormentado durante el almuerzo.

—¡Dios mío!—exclamó madama de Audemer, percibiendo aquella preocupación.—¿Qué tienes,

Julián mío? ¡Oh; dímelo! ¡No me ocultes tu penal
¿Estás descontento del servicio? ¿Algún jefe injusto,
ó muy severo?...

—¡Oh, no! Estoy á bordo muy contento—inter-
rumpió el Alférez:—mis jefes son mis íntimos
amigos.

—Es que no tienes necesidad alguna de ellos ni
de nadie, hijo mío—replicó la Vizcondesa.—Di-
cen que los jóvenes que poseen, como tú, un noble
corazón, suelen ser desgraciados en los buques de
la marina Real. ¡Yo no quiero que sea desgracia-
do mi Julián! Al primer disgusto que te den, pre-
sentaremos tu dimisión y volverás á París. Ya has
hecho dos campañas, y eso es muy satisfactorio
para un noble que no necesita para nada su ca-
rreira; ¿no es verdad, Julián?

—Madre mía, me gusta mucho la marina, y... si
no me casase con Ester...

—¡Cómo! ¿Y por qué? Tú la amas, y creo que
no la disgustas. Posees una buena fortuna: Ester
es poderosamente rica; tú eres noble, y esta cir-
cunstancia vale muchísimo para ella, cuyo gusto
es eminentemente distinguido: eres buen mozo; y
ella tan linda... ¿Por qué, pues, no has de casarte
con Ester?

Julián meneó la cabeza lentamente.

—Todo es cierto, madre mía—murmuró;—
pero...

—¿Qué pero?—repitió la Vizcondesa impaciente.

Bajo el Alferez los ojos, y guardó silencio. Pensaba en el baile Favart, y sus dudas se re- producian con mas viveza en aquel momento; mas no se atrevia á hablar de ellas á su madre: no se había ocupado en participarle la alegre aventura en que tenían origen. Quería lamentarse, aunque no estuviera seguro de sus sospechas.

Dudaba madama de Audemer, é impaciente y casi colérica, le asediaba con sus preguntas. —Madre—exclamó por último el Alferez,—voy á decirlo: estoy triste, y mi tristeza nace preci- samente de Ester.

—¿Y por qué?

—No sé. La amo todavía, la amo como nunca; pero ignoro si me conviene casarme con ella.

—¿Tienes algún motivo que te retraiga?—dijo la Vizcondesa, decidida á no abandonar la batalla. Julian no supo qué responder. Avergonzabase de sus sospechas, que á su pesar le martirizaban, tomando sobre él mas imperio á medida que re- flexionaba mas; deseaba sufrir en silencio, y temía sacar á plaza la duda que le hacia tan desgarrado. Realmente, aquella sospecha tenía un aspecto extravagante. ¡Estaba tan bien sentada la reputa- ción de las damas de Geldberg! Su honestidad era tan austeral! Su vida estaba totalmente fuera de la maledicencia del vulgo: esos mil rumores que hie- ren de ordinario la reputación de las mujeres á la

moda, no se percibían en torno suyo, porque nadie podía murmurar.

En su confusión, Julián se agitaba en el confidente, y su mano atormentaba sin descanso las vueltas de su uniforme.

Redoblábanse las preguntas de la Vizcondesa, y los dedos de Julián, contraídos y dirigidos al acaso bajo la fuerza de una impaciencia profunda, llegaron á tocar el papelito que había hallado en la faltriquera al desayunarse en el café Inglés.

Había olvidado enteramente aquel papel; pero al sentirlo bajo la mano se desvaneció como por encanto su turbación, quedando al mismo tiempo más triste la expresión de su semblante.

El retazo de papel era á la vez una respuesta á las embarazosas preguntas de la Vizcondesa, y un obstáculo más entre él y la hija de Moisés Geld.

Volvió á mirar á su madre, y sacó el papel del bolsillo.

—Señora—dijo con voz lenta y grave,—he tardado en responderos, porque tengo que revelaros una cosa extraña. Mejor que yo podréis apreciar esta acusación dirigida contra la casa de Geldberg.

—¡Una acusación!—murmuró madama de Audemer.—¡Una acusación...., y contra la casa de Geldberg! ¡Puedo afirmarte desde ahora que es una infame calumnia!

Julián alargó á su madre el papel sin contestar. El papel estaba sumamente arrugado, y roto por

el medio, de modo que se hallaba truncada una de sus frases; los caracteres estaban casi ilegibles.

Madama de Audemer tardó más de un minuto en descifrarle.

—*Tu hermana va á desposarse con el asesino de tu padre*—leyó por último en alta voz, —*y tú, con la hija de...*

El papel estaba roto después de esta palabra.

Julián creyó que su madre se encogería de hombros con desprecio y que no haría el menor caso de tan extravagante y atrevida acusación; pero acaeció todo lo contrario: la Vizcondesa volvió á leer por dos ó tres veces el contenido del anónimo, y luego volvió á entregarlo á su hijo.

Cruzó las manos sobre las rodillas, y se inclinó contra el respaldo del confidente, cayendo en un profundo abatimiento.

Su mirada era tristísima; sus cejas se fruncieron, á la vez que entornaba los parpados: parecía sufrir.

Hacia veinte años que había muerto su esposo. Elena, cuyo espíritu y corazón podían engañarse con frecuencia, era buena por naturaleza. Cada vez que el recuerdo de Raimundo llegaba á su imaginación, renacía todo su antiguo dolor, que vivía sin cesar en el fondo de su alma.

Julián la miraba; pero guardaba silencio.

—¡No es la vez primera que oigo hablar de eso! —murmuró por último haciendo un esfuerzo.— Pero es un error... ó una calumnia. Tu infeliz padre

murió, Julián mío, como tantos otros han perecido antes que él, en ese precipicio horroroso que llaman infierno de Bluthaupt, situado en el país donde moraba tu tío Gunther. Yo afirmaré delante de Dios que M. de Reinhold es un hombre honrado. Muchas veces le he preguntado, empleando toda mi destreza en sondearle sobre el particular, y estoy convencida de que no conoció á mi pobre Raimundo. En todo eso no existe más que una casualidad dolorosa y una semejanza de nombre. En efecto; tu padre estaba ligado hacia la época de su muerte con un hombre de costumbres disolutas, llamado M. Regnault, apellido que en nuestra lengua alemana equivale, como tú sabes, á Reinhold.

—Pero ese Regnault...—interrumpió Julián con un gesto amenazador.

Reprimióle la Vizcondesa con dulzura.

—Déjame hablar, hijo mío: ese Regnault podía ser quizás un hombre sin honor; pero un asesino... ¡jamás! Yo sé muy poco respecto á esta desgraciada historia, y poco puedo decirte. Tu padre había conocido casualmente á ese Regnault, y creo que su intimidad le avergonzaba hasta cierto punto, porque me la ocultó siempre. En nuestra antigua casa habitaba un cuarto separado del mío, y en él recibía las visitas de M. Regnault. Muchas veces he oído hablar de éste en la sociedad: en ella pasaba por un pródigo y por un loco; pero no recuerdo haberle visto nunca. Raimundo murió en

el infierno de Bluthaupt: tus tres tíos, Otto, Albert y Goetz vinieron á París, y acusaron vagamente á M. Regnault; pero la historia que me contaron se parecía á una novela. Los informes que hice tomar en Alemania me dieron á conocer que aquel hombre, cuya reputación era excelente, había marchado de Francfort, yendo á morir tal vez á alguna ciudad de Austria.

Elena no dijo más; la madre y el hijo permanecieron en silencio algunos instantes bajo la impresión de aquellos penosos recuerdos.

—Madre mía—dijo después el Alférez,—vos habéis hecho cuanto habéis podido: erais mujer, y quedabais sola y pobre con dos niños. No os culpo por no haberme dicho estas cosas más pronto, porque era muy joven cuando marché de guardia marina; pero ahora soy un hombre, y veo en esto un deber que cumplir. Es preciso que yo vaya á Alemania, madre mía; es preciso también que sepa si efectivamente ha muerto M. Regnault.

La Vizcondesa alargó la mano á su hijo, mientras surcaba una lágrima sus mejillas.

—Irás á Alemania, hijo mío—exclamó.—El Cielo es testigo de que amo á tu padre tanto como cuando vivía feliz en mi compañía. Irás; yo te acompañaré, y aprovecharemos nuestra permanencia en el palacio de Geldberg para hacer todas las investigaciones posibles.

El pensamiento de la fiesta, que venía á mez-

clarse á tan dolorosos recuerdos, hirió vivamente el corazón del joven.

Su madre no lo advirtió: hemos dicho que su alma era demasiado cándida, aunque no carecía de sensibilidad.

—¿Te acuerdas de tus tres tíos, Julián?—prosiguió después de un nuevo silencio.

—Apenas me acuerdo—replicó el Alférez.—Vivía aún mi padre, y un día entraron en su habitación tres jóvenes con capas de color escarlata, á los cuales abrazó cariñosamente.

—¡Tienes razón!—murmuró madama de Aude-mer con una sonrisa impregnada de amargura.—Siempre fueron apasionados de lo extravagante, y nunca hacían nada como los demás.

—Yo creo que en otro tiempo los amabais mucho—dijo Julián.

—¡Oh; y todavía los quiero! Son mis hermanos, y sin los auxilios que ellos me han prestado, no hubiera podido atravesar los años de desgracias que acompañaron vuestra infancia. Pero no puedo remediarlo, hijo mío; acaso será efecto de las sugerencias del espíritu maligno y del trastorno de mi cabeza. Lo cierto es que no puedo olvidar que ese desdichado viaje á Alemania que ocasionó la muerte de vuestro padre, fué emprendido después de tomar su consejo. Desde entonces he vuelto á verlos tres ó cuatro veces, y no puedo menos de confesar que su presencia, aun cuando es-

tuviesen pobres ó perseguidos, me ha traído siempre un consuelo ó un socorro. Tienen excelente corazón, hijo mío; y, sin embargo, yo los acogía con frialdad. ¡Oh; si ellos no hubiesen llegado á infundir descabelladas ideas en el espíritu de vuestro padre, no se hubiera realizado aquel malhadado viaje, y Raimundo se hallaría quizás ahora entre nosotros! Ignoro si mi frialdad ha llegado á afectarlos; pero hace mucho tiempo que no han venido.

Las palabras de madama de Audemer producían en Julián un efecto que no podía esperar. El retrato que hacía de los tres bastardos, con tintas á propósito para provocar su tibieza, inspiraba en el joven una simpatía mayor. Había oído hablar muchas veces de aquellos desconocidos y desgraciados parientes que sufrían el doble martirio de un nacimiento bastardo y de la proscripción de su padre; pero nunca había escuchado su historia con tanto interés como en aquel momento.

—¿Y cómo no he vuelto á verlos desde la muerte de mi padre?—preguntó.

—Estabas en el colegio—respondió la Vizcondesa;—y si he de confiarte la verdad, procuraba yo componer las cosas para que no te hallasen en casa: temía la influencia que podían ejercer en tu corazón. Son incapaces de hacer daño, hijo mío; pero se arrojan desesperadamente á todas las empresas temerarias: parece que los atrae el peligro,

y tienen las mismas creencias políticas que perdieron al malhadado conde Ulrico, tu abuelo. Pobres y desvalidos como estaban, ignorando con frecuencia dónde irían á reclinar su cabeza, no se cuidaban de sí mismos, ni pensaban en ocuparse en un trabajo lucrativo. Mezclábanse en las luchas intestinas que agitan á Alemania, y combatían como verdaderos caballeros andantes contra los supuestos enemigos de nuestra familia, contra los fantasmas...

—¿Y qué hacen ahora?—preguntó Julián.

—¡Ah! Lo ignoras porque has estado en el mar. Su extravagante conducta ha producido sus frutos, y tiemblo al pensar que si te hubiese entregado en otro tiempo á su dirección, hubieras seguido acaso sus desventuradas huellas.

—Pero ¿qué ha sido de ellos?

—Están en la cárcel, Julián; en la cárcel por una acusación de muerte.

—¿En Viena?

—No; en Francfort.

—¿Y Francfort está lejos del palacio de Geldberg?

—Creo que dista algunas leguas solamente. ¿Por qué me haces esas preguntas?

—Porque pienso, madre mía, ir á visitar en su prisión á mis tres tíos Otto, Albert y Goetz.

La Vizcondesa le miró atónita.

—Harás lo que gustes, Julián—le dijo:—estás en

la edad de meditar sus consejos. Sin embargo, yo que los amo, y con toda mi voluntad según debo; descubrí de ellos. Pero, volviendo al asunto que nos ocupaba, repito que considero como una indigna fábula esa acusación dirigida contra la honradez, honor y probidad de M. de Reinhold. Además, tu que le conoces como yo, dime tu parecer. —Mi parecer es el vuestro, señora—respondió Julian, que se había quedado pensativo.

—Pero ¿quién te ha entregado ese pedazo de papel?

—No lo sé.

—¿Donde lo has recibido?

Julian vaciló durante un segundo; luego contestó: —En el baile de máscaras de la Ópera Cómica.

—¿Esta noche?

La Vizcondesa le miró frente á frente, y se echó á reír dando una gran carcajada.

—¡Vaya!—exclamó.—¡V me causaba compasión, y me inquietaba su fatigado semblante! Ya comprendo de donde te viene esa palidez, señor vizcondel! A fe mía, has empleado bien las primeras horas de tu licencia!

Después abrazó á su hijo, y le besó con alegría. —¡Hola, hola!—prosiguió.—¿Vienes ahora á entretenerme con locuras de bailes de máscaras? No conoces que se han burlado de ti, y que ese billete ha salido de la mano de algún envidioso de tu dichar? ¡Pobre Julian, que poco comprendes el

mundol Ester es bella, es rica y amada: ¿qué mucho que tengas rivales? ¿Cómo no has adivinado el motivo de esa anónima calumnia?

Madama de Audemer hablaba con calor; defendía una causa medio ganada ya en el corazón del Vizconde por el recuerdo de Ester.

—Pero no se trata de mí tan sólo—replicó éste:—se habla principalmente de mi hermana y de M. de Reinhold.

Madama de Audemer mostró compadecerse del joven, y se encogió de hombros.

—¡Ya se conoce que vienes de los antípodas, mi pobre Julián!—replicó.—Si te he hablado de los celos de los jóvenes, ¡cuánto pudiera decirte respecto á los de las muchachas! Resuelve por ti mismo. ¿Piensas que todas esas jóvenes hijas de títulos pueden ver sin envidia que se case tu hermana con uno de los principales señores de la casa más poderosa del arrabal Saint Honoré? Se consumen de despecho. ¡Pobrecitas! ¡Oh; si las mujeres se batiesen, Dionisia hubiera tenido ya media docena de dueños!

—Pues ¿sabéis que ella no tiene cara de apreciar muy vivamente ese bienestar que se le prepara?—prorrumpió Julián.

—¡No te fíes de apariencias, hijo mío! Créeme. Es necesario ser mujer, y mujer casi vieja, para adivinar todo lo que pasa en el corazón de las jóvenes. Pronto volverás á ver á Dionisia alegre, y

sumamente alegre: luego te abrazará, te estrechará, y te abrumará á fuerza de caricias. ¡Oh; no la reconocerás! Esas melancolias son ficticias é imaginarias: vienen y se van sin saber cómo. Dicen que los nervios lo hacen todo. Lo cierto es que esas enfermedades se curan con un rigodón, con un paseo por el bosque, con salir un poco á tomar el sol, y hasta con un vestido nuevo algunas veces.

—Según eso, ¿mi hermana es ahora más niña que antiguamente?—preguntó el Alferez con acento de incredulidad.

—¡Las niñas!—murmuró Elena de Audemer.—¡Oh hijo mío; las niñas! Si supieras lo que son! Pero nuestra conversacion se extravía demasiado de su centro, y yo no te abandono así como quiera en el asunto de la pobre Ester. Veamos, Julián; contesta: ¿la amas todavia?

—¡Quién sabe si ella me habrá olvidado!—respondió el Alferez.

—¡Olvidarte, Julián!—exclamó Elena.—¡Dios mío! ¡Cuan injustos son los hombres! ¡Olvidarte! Siempre que me encuentra me pregunta por tí; siempre: ¿lo oyes? ¡Pero me pregunta de una manera! Créeme, hijo mío: te ama la condesa Ester. Lo que temo es que tú no la ames cual merece.

—De veras?—murmuró el Alferez con una sonri- aisa de felicidad.

—¿Te engañaría yo, hijo mío? No he observado los mil rodeos que usa para hablarme de tí? Las

mujeres que aman son muy diestras; pero las madres son muy perspicaces. ¡Oh; si nos vieras juntas! ¡Cuántas veces he desbaratado sus ardides haciéndola aguardar largo tiempo la respuesta que esperaba su corazón! Yo estaba tan impaciente como ella, pues nunca hablo bastante de mi querido hijo; pero quería ver hasta qué grado llegaba su cariño, y, te lo aseguro, Ester te ama casi tanto como yo.

Julián tomó suavemente entre las suyas la mano de su madre.

—¡Oh; gracias, gracias!—murmuró.—¡Me hacéis feliz! ¡Yo también la amo!

—¡Julián mío!—exclamó madama de Audemer estrechando las mejillas de su hijo en un transporte de alegría.—¡Si supieras el gozo que me causas! Amo á Ester como si también fuera mi hija: este casamiento ha constituido siempre en mi corazón el ensueño más grato.

Dilatábase por grados el corazón de Julián; su mirada, llena de emociones, se fijó en la bondadosa de su madre con inefable cariño. En aquel momento ya no sufría dudas: las que habían atormentado su espíritu, le parecían vergonzosas miserias.

¡Ester le amaba! ¿Y qué testimonio podía presentársele más auténtico que el testimonio de su madre? Una vez adquirida la prueba de aquel amor, ¿qué le faltaba para ser el más dichoso de los hombres?

Mientras se recogía en sí mismo saboreando aquella restablecida quietud, y admirándose de haber dudado, se abrió precipitadamente la puerta de la estancia. Dionisia, que había salido con las lágrimas en los ojos, volvía con la sonrisa en los labios.

Parecía que la casualidad había tomado por su cuenta realizar la predicción de madama de Aude-mer.

Las bellas facciones de Dionisia estaban impregnadas de contento. Julián, que recordaba su fisonomía cuando era feliz, no la había visto nunca tan alegre ni tan bella.

Él y su madre cambiaron una mirada: la del Vizconde era de sorpresa; la de Elena, de triunfo.

—¿No decía yo?—dijo á media voz.

Dionisia atravesó la estancia saltando con la mayor ligereza, y fué á colocarse delante de su madre; después se arrojó al cuello de Julián, y le abrazó con ternura.

—¡Hermano mío!—exclamó. —¡Querido hermano! ¡Oh; qué contenta estoy al volver á verte!

—¿No decía yo?—repitió la Vizcondesa.

Efectivamente; ni la misma madama Lenormand en persona hubiera vaticinado con más exactitud.

—¿Qué tenías esta mañana, querida mía?—preguntó Julián devolviendo á su hermana una caricia.

—¡Sufría!—replicó Dionisia.—¡Sufría tanto, que no sentía nada!

—¿Sin duda, te habrá traído Gertrudis el soberano remedio?—añadió la Vizcondesa con benévolo acento.

Estas palabras, pronunciadas á la ventura, expresaban tan completa verdad, que Dionisia se puso enteramente colorada. No sabía qué decir: Gertrudis, en efecto, le había llevado un remedio eficaz.

Le había hablado de Franz, que se había salvado.

Dionisia balbuceó palabras ininteligibles: creía que sabían su secreto.

La Vizcondesa prosiguió:

—¿Y podría saberse, hija mía, qué milagroso bálsamo ha calmado tan pronto tu sufrimiento?

El rubor de la señorita de Audemer aumentaba cada vez más.

—Ignoro lo que queréis decir, madre mía—replicó en voz baja.—Gertrudis me ha traído el bordado que le había encargado para las fiestas del palacio Geldberg.

La Vizcondesa se echó á reir.

—¿No decía yo?—exclamó por tercera vez.— ¡Los bordados..., los encajes! ¡Ah...; las niñas..., las niñas!...

.....

El barón de Rodach dijo al lacayo al tiempo de subir al coche, saliendo de la habitación de Hans Dorn.

—¡Calle de la Ville l'Évêque, casa de Geldberg!



CAPÍTULO IX

La antecámara.

No era aun mediodía cuando los soberbios es-
critorios de la casa Geldberg, Reinhold y Compa-
ña se hallaban ocupados ya por su ejército de de-
pendientes, que trabajaban, á pesar de ser aquel
dia casi considerado como de fiesta: las plumas de
acero rechinaban sobre el papel rayado, y el di-
nero, contado con estrépito, enviaba hasta la calle
su música estridente.

Los que pasaban dirigían sus envidiosas mira-
das hacia las ventanas del piso bajo, y algún des-
dichado, detenido delante de las barras de hierro
que resguardaban aquéllas, suspendía su camino,
enajenado por el sonido de los escudos de cinco
francos, como los célebres auvernianos se trator-
naron con los apetitosos vapores de las subterra-
neas cocinas del Palais-Royal.

Los transeuntes decían: «Esta es la gran casa
de Geldberg; el palacio del Judio. ¡Sus arcas con-
tienen oro suficiente para comprar á Paris y á
Francia entera!»

Y hacían la cuenta de los capitales que maneja-
ba aquella potencia comercial, y confesaban mu-

chos que si la suerte les concediese la elección, preferirían á ser hijos del Rey, heredar al viejo M. Geldberg.

Delante de la gran puerta se veían estacionados cinco ó seis carruajes brillantes, con sus escudos y blasones: los mozos de librea de todos los Bancos de París pululaban sin descanso; pero entre todos ellos se hacían notar los de la casa Geldberg por su traje de buen gusto y por su aire aristocrático.

Cada mozo que salía llevaba á la espalda un saco lleno de dinero.

Las arcas de Geldberg eran como las fuentes públicas, donde cada cual va á llenar su cántaro, sin que lleguen á agotarse nunca.

Un coche simón que iba de la parte de los bulevares, llegó al trote desigual de sus flacos caballos y detuvo su caja de abeto empañada y grisienta detrás de otra del mayor lujo; su ruido se sentía desde una legua en el arrabal de San Germán.

El lacayo descendió de su asiento y abrió la portezuela; el barón de Rodach salió del simón y saltó sobre la acera.

Para llegar á la puerta de la casa el Barón se vió precisado á abrirse paso por entre los grupos de los lacayos, los cuales se ocupaban en hablar de sus negocios particulares ó de la política palpitante mientras aguardaban á sus amos. Bajo aquellos carriques de color de cuero, y bajo aquellos redingotes blancos con grandes botones dorados,

había rostros muy extravagantes, dignos de lucir en ciertos salones y entre la opulencia de la Bolsa.

El Barón, á quien habían visto salir de tan ruin carruaje, atravesó, como va dicho, por entre toda aquella lacayeria, que, teniendo sus humos de artista romántico, miraba con el mas soberano desprecio á la modesta clase que forma la mediana de la sociedad. Se coló como pudo desordenando lo posible á aquellos señores, y llegó á la puerta de las oficinas, donde le aguardaba un nuevo observatorio. Había allí un flujo y reflujo de entrantes y salientes, y no se podía penetrar sin esperar turno.

El Barón se aprovechó, por último, de un breve paso que abrió un hombre que llevaba á cuestas dos alforjas, y pasó sin llamar la atención de nadie. En la antecámara estaba el hombre complaciente que suele economizar los comerciantes más modestos escribiendo en sus mamparas: «Sírvasse usted cerrar». Aquél no hacía otra cosa.

Era menester pasar á otra segunda pieza para encontrar á quien dirigir la palabra. Era una habitación perfectamente cuadrada, sin mas adornos que los bancos puestos á lo largo de las paredes, forrados de cordobán verde. Nosotros llamaremos á esta segunda pieza la antecámara real y positiva, no siendo la otra, evidentemente, mas que super-
numeraria.

Sobre las banquetas se percibían sentados y es-
perando diez ó doce personajes, y á lo largo de la

habitación se paseaba un caballero vestido de negro, cuya presencia era digna y arrogante.

En realidad, no era más que un criado; pero, de seguro, le hubierais tomado por escribano.

—¿Monsieur de Geldberg?—preguntó el Barón al entrar.

El dependiente, constituido en jefe, le saludó con la mayor finura.

—¿Preguntáis por M. de Geldberg, ó por M. de Abel de Geldberg?—dijo con voz de tenor, embelecida por notable acento alemán.

—Por M. de Geldberg, padre.

—En este momento no es posible que le veáis, caballero.

—¿Queréis decirme á qué hora?

—No tiene hora fija.

—¿Qué debo hacer, pues, para verle?

—No se le ve nunca.

Miró Rodach á aquel personaje con cierta impaciencia, y no estaba lejos de creer que se burlaba de él; pero tan pronto como hubo observado su semblante, se calmó repentinamente su cólera, reprimió un movimiento de sorpresa, y volvió la cabeza como si hubiese querido ocultar sus facciones á una persona conocida.

Semejante precaución era bien inútil, puesto que el criado, vestido como un presidente y en el pleno y satisfactorio ejercicio de sus funciones, no se dignaba mirarle.

—En escaso--dijo Rodach afectando un tono de indiferencia,—quisiera ver á M. de Geldberg, hijo. —Eso es diferente, caballero—replicó el criado.—M. Abel de Geldberg está ocupado.

—¿Para mucho tiempo?

—Tal vez.

—¿Y M. de Reinhold?

Esta ocupado también.

—¿Y D. José María?

—También está ocupado.

Rodach reflexionó un instante; después se dirigió á la banqueta que rodeaba la antecámara.

—Esperaré—murmuró.

—Caballero—le dijo cortésmente el criado,—sentaos, si gustáis.

Rodach se había anticipado á esta invitación.

Los que como él esperaban, estaban colocados lo más cerca posible de la puerta de las oficinas. Rodach no siguió su ejemplo, y se sentó en un

rincón lejano.

Cada vez que el criado llegaba á poner su rostro, por efecto de las vueltas de su paseo, enfrente de la luz, era examinado atentamente por el Barón, y éste creía reconocerle más y más; pero cuando le hubo mirado á su sabor, no le quedó otro recurso para entretener el tiempo que emplear sus ojos en la pieza en que estaba y en las figuras de sus compañeros de espera, los cuales no mostraron cosa notable que picara su interés.

La estancia, como hemos dicho, era un gran cuadro perfecto, donde no había muebles, como sucede en toda antecámara: su pavimento era de mármol; la estufa, colocada en el centro, neutralizaba la crudeza atmosférica.

En la parte exterior de la entrada había tres puertas, además de la de las oficinas; sobre la primera, en una plancha de cobre barnizado, campeaba esta inscripción:

LA CERES.—BANCO GENERAL DE LABRADORES

Sobre la segunda se leía en grandes letras negras:

PRÉSTAMO EN DINERO

Sobre la tercera estaban ocupados varios operarios en colocar una plancha dorada, donde se leía en caracteres de adorno:

CAMINO DE HIERRO DE PARÍS Á***,

COMPAÑÍA DE GRANDES PROPIETARIOS

Era una empresa enteramente nueva, que apenas se había *lanzado* al público.

El barón de Rodach miraba aquello atentamente, y á medida que observaba, parecía profundizar más en sus reflexiones.

No se aburría de esperar: las horas pasaban para él sin ocasionarle impaciencia.

Sólo una cosa distraía su pensamiento: la puerta de las oficinas, que solía abrirse de cuando en

cuando. Entonces clavaba los ojos en la dilatada galería dividida en casillas formadas por elegantes verjas de madera: parecía que contaba el número de dependientes, y que admiraba el perfecto orden que reinaba en todo.

Una expresión de contento aparecía en su semblante: hubiérase dicho que era un acreedor que iba á examinar la casa de su deudor, y que la hallaba más rica de lo que podía prometerse.

La puerta del inmenso escritorio volvía á cerrarse por medio de un silencioso resorte, y Rodach proseguía en sus meditaciones.

Habían sido despachados ya durante su permanencia muchos de sus compañeros de antesala, cuyos negocios pendían exclusivamente de los empleados; pero otros los reemplazaban en sus puestos, y, con corta diferencia, el mismo número de pretendientes estaba sentado siempre en las banquetas de la antecámara.

Entre los que habían llegado recientemente se hallaba una mujer anciana, vestida de negro, cuyo traje indicaba las dilatadas luchas de una fortaleza animosa contra la obstinada miseria.

Estaba tan triste aquella mujer, que su solo aspecto partía el corazón: su semblante, pálido y consumido, expresaba el esfuerzo de la resignación que aun probaba combatir; pero la resignación es muy débil bajo el doble peso de la vejez y del dolor. La pobre mujer parecía encorvada de tanta pena; sus

ojos encarnados ardían en su rostro helado y macilento, y acusaban la amargura de las lágrimas.

Tenía una profunda vergüenza de su indigencia; no osaba levantar los encendidos párpados, y algunas veces enjugaba disimuladamente las ruborosas mejillas.

La desdichada había entreabierto con temor la puerta de la antecámara, y no se decidió á entrar hasta que la invitó á ello el grave alemán desde su asiento, que había tomado al fin cerca del calor de la estufa.

Preguntó la infeliz en voz baja y trémula:

—¿Puede verse al caballero M. Reinhold?

El austero alemán le dió la misma respuesta que al barón de Rodach, y la pobre anciana fué á sentarse al extremo de las banquetas, en el ángulo más retirado de la antecámara.

Media hora había permanecido allí: durante este tiempo estuvo inmóvil y con la cabeza baja. Alguna vez, cuando el sonido del dinero hería sus oídos, levantaba un poco la frente, y abría sus apagados ojos para echar una mirada hacia el punto en que aquél se contaba.

Esta involuntaria pantomima era como una especie de queja lastimera: era la mirada del hambriento que devora á través de los cristales del escaparate de una pastelería. Se adivinaba que para calmar su desesperado dolor, bastaba un poco de aquel oro que á manos llenas se conmovía cerca de su persona.

A medida que pasaba el tiempo, se pintaba en su semblante una inquietud creciente.

—Señor—dijo aprovechando el momento en que el criado de la antecámara se le aproximaba paseando, —¿tardaré mucho en ver al caballero M. de Reinhold?

—Aguarde usted—respondió impasible el alemán.
—Es que no puedo perder mucho tiempo—murmuró la anciana con timidez.

—Pues, en ese caso, no aguarde usted.
El criado volvió la espalda y se dirigió hacia el extremo opuesto de la antecámara.

La buena mujer se revistió de toda su paciencia; y cuando el criado tornó a pasar cerca de ella, se levantó y se le aproximó.

—Vengo a traer dinero—dijo con resolución.
—En escaso—replicó el alemán, —no tenía necesidad alguna de esperar: dignaos pasar a la caja.
—No es más que una cuentecita...

—¡Diablo!—prorrumpió el sirviente, cuyo acento germánico se acentuó notablemente.—Geldberg y Compañía no reciben jamás esas cuentas.

—Por eso quisiera ver en persona á ese caballero.
—En este momento, es imposible.
La anciana continuó medio vacilante:

—Nos hemos conocido en otro tiempo, y creo que se acordará de mí. Si fueseis á decirle que de-
sea hablarle madama Regnault...

No acabó el pensamiento, porque percibió la mirada del criado de la antecámara, natural y burlesca á la vez.

Conforme á una costumbre común, propia de casi todos los que ven diariamente un centenar de figuras nuevas, no miraba á nadie el buen alemán; pero no pudo menos de sorprenderle el nombre de la dama, creyéndole ultra-plebeyo, é iba á franquear la puerta de la pieza en que se hallaba el caballero Reinhold, sin que le fuera posible abstenerse de volver hacia ella los ojos.

Aquella mirada le retrajo de su propósito.

—Buena señora—replicó,—lo que decís no me parece absolutamente imposible; pero tengo mi consigna, como veis, y carezco de permiso para incomodar á los señores.

La buena mujer lanzó un sordo gemido, y volvió á sentarse en la banqueta.

No se escapó esta escena al Barón de Rodach; pero no le fué posible comprender el nombre pronunciado por la anciana: tan sólo había despertado un vago recuerdo en su imaginación aquel aspecto original de esqueleto, pareciéndole que no era la primera vez que le tenía enfrente de los ojos.

Pero esta circunstancia valía por sí misma demasiado poco, y la naturaleza de los motivos que le habían conducido á la casa de Geldberg era demasiado grave para que gastase el tiempo en recordar cosas de tan insignificante valor.

De repente se abrió con estrépito la puerta sobre la cual acababan de fijar el cartelón del camino de hierro, y dió paso á tres ó cuatro caballeros condecorados que discutían en alta voz, los cuales atravesaron la antecámara sin quitarse el sombrero, ni más ni menos que si pasasen por medio de la calle. — Puede hacerse un buen negocio—decía uno. — El título de la empresa me gusta mucho—replicó otro;— y después, la casa de Geldberg tiene, gracias á Dios, sobrados fondos. — Basta su crédito para hacerla marchar viento en popal—añadió el tercero.

Volvióse el cuarto, y tocó con la punta del bastón el nuevo cartel. — He aquí el principio de la ejecución—exclamó:—lo más difícil está hecho ya.

Todos se echaron á reír, y marcharon á tomar sus coches, que los esperaban en la calle. Fran, sin duda, grandes capitalistas.

— ¿Ha llegado mi turno?—preguntó Rodach. El criado, que había saludado con respetuoso rendimiento á los cuatro caballeros que acababan de salir, respondió solamente:

— Todavía no.

Esperó el Barón otros diez minutos, durante los cuales la puerta del rótulo del camino de hierro se abrió dos veces más para dar paso á otras figuras venerables que llevaban la palabra *accionista* escrita con letras gordas sobre la frente.



CAPÍTULO X

La caja de cuatro llaves.

Sonó entonces una campanilla, y el criado de la antecámara aceleró el paso para acudir al llamamiento.

Volvió inmediatamente, y dijo en tono solemne:
—Los señores no recibirán hoy.

Juntó la anciana las manos, y permaneció en su rincón como herida por un rayo.

Algunas personas que esperaban todavía se alejaron murmurando.

El criado de la antecámara se acercó á la puerta, por si volvían á llamarle de las oficinas.

—¡Klaus!—dijo entonces el Barón en voz baja.

Paróse el criado, teniendo el picaporte en la mano á medio levantar; permanecía inmóvil, y aplicaba el oído, aunque sin volver la cabeza: creía que había oído mal.

—¡Klaus!—repitió M. de Rodach.

El portero se volvió con la mayor presteza. Un salto le bastó para encontrarse en medio de la antecámara.

No había mirado hasta entonces á M. Rodach sino con la misma indiferencia que le habían ins-

pirado todos los demás; pero al observar su per-
sona, lanzó un grito de sorpresa.

Rodach le hizo una señal de silencio.

Klaus se contuvo instantáneamente, y sus fac-
ciones fueron las únicas intérpretes de la violenta
admiración que le dominaba.

—¡Aproxímaos!—dijo el Barón.

Klaus obedeció.

—¡No me han engañado—prosiguió Rodach—

cuando me han asegurado que os encontraría en la
casa del judío! Pero, de todos modos, no habría
llegado a persuadirme de que fueseis capaz de ol-

vidar la fisonomía de vuestros antiguos amos.

La pálida y grave figura del caballero alemán
se coloreó de un encendido encarnado: temblaban
sus párpados, y sus ojos expresaban una emoción
profunda.

—¡Señor!...—balbuceó el criado.

—¡Silencio!—dijo Rodach.—No me pertenece

ningún título en este sitio: los títulos no pueden
acarrearne más que peligros. Yo me llamo el ba-
rón de Rodach, y vos no me conocéis.

—¡No conoceros yo!—exclamó el antiguo caza-

dor de Bluthaupt.

—Os repito que soy el barón de Rodach, y es
necesario que vuestros nuevos señores no sospe-

chen mi verdadero nombre. Poseéis este secreto,
que es muy caro. ¿Seréis capaz de guardarlo?

Klaus se puso la mano sobre el corazón.

—Soy capaz de hacer cuanto me ordenéis, señor—respondió.—¡Yo no he olvidado, os lo juro, ni á vos ni á vuestro noble padre! Soy un desdichado, y me veo obligado á prestar mi trabajo á los que quieren pagármelo; pero mi corazón pertenece exclusiva y enteramente á mis antiguos amos. Si necesitáis de mí, mandadme, y obedeceré.

—¡Bien! ¡Bien!—exclamó Rodach.—Vuestro corazón es noble; os reconozco por uno de nuestros antiguos servidores. ¡Tocad esa mano!

Klaus tomó la mano del Barón con el ademán de un vasallo que rinde homenaje á su señor. No era ya el hombre tieso y estirado que hemos visto poco ha: aquél era su disfraz oficial; su ropaje negro, y el carácter grave conque se revestía, le daban el talante de todo un hombre de pro.

A la sazón su aspecto era ingenuo: toda la sinceridad del afecto más profundo se veía pintado en él.

—Mandadme—repitió;—yo obedeceré.

—Necesito ser introducido en el acto cerca de los jefes de la casa Goldberg—respondió M. Rodach!

—¡Voy á ser echado de aquí como un perro!—pensó el antiguo cazador.

Sin embargo, no vaciló un instante siquiera, y se dirigió á la puerta de las oficinas, suplicando á Rodach que tuviera á bien seguirle. Levantóse el Barón, y ambos salieron de la antecámara.

Madama Regnault los vió entrar en las oficinas con semblante triste y envidioso.

—¡Y yo!—dijo.—¡Yo no entraré jamás!

Volvió á cerrarse la puerta, y quedó sola la anciana. Entonces levantó al cielo sus humedecidos ojos, é inclinó de nuevo la cabeza.

Allí, en un rincón, encorvada é inmóvil, permaneció en silencio, cruzando las manos sobre sus

tremulas rodillas.

El barón de Rodach y Klaus, su introductor, atravesaron sin decir palabra las oficinas de Geldberg.

Marchaba primero el antiguo cazador de Bluthaupt con su magnífico traje negro y su aire grave y digno. A no considerar más que el vestido,

no parecería M. de Rodach la persona de más consideración comparándole con el antiguo vasallo de Gunther, y hubiera podido admirarse el respeto tributado por un hombre tan bien puesto de

caballero alemán hacia el que marchaba vestido aún con su capa de viaje, y llevando sobre las botas el polvo que había caído en ellas durante el día anterior.

En efecto; el barón de Rodach se presentaba con desembarazo, sin cuidarse del aseo de la ropa, que no había tenido tiempo de cambiar por otra. Había pasado en pie toda la noche; y así como le hemos visto bajar del carruaje en medio de la multitud, así volvemos á encontrarle en las suntuosas oficinas de Geldberg, Reinold y Compañía.

Los dependientes le arrojaban al pasar la mirada ceñuda propia de las aves enjauladas; y él les correspondía, por el contrario, con marcado afecto, examinando, con evidente satisfacción todo cuanto aparecía delante de sus ojos. Admiraba aquel orden perfecto, aquella activa regularidad, aquellas evoluciones silenciosas propias del trabajo; y todo le lisonjeaba, porque reflejaba todo un no sé qué de grandeza y opulencia.

Si los empleados hubieran observado bien su aspecto, discurrirían, sin duda, que aquel personaje de traza exótica era un nuevo socio que llegaba á la casa de Geldberg.

Cierto es que sus vestidos no daban una idea elevada de sus fondos; pero no es el hábito el que hace al monje, y los filósofos y los hombres que poseen más desprecian generalmente los exteriores adornos.

Atravesaron una serie de piezas. En la última, donde se hallaba un respetable caballero encargado de la correspondencia con sus elegantes oficiales, había una escalera tortuosa que conducía á otra estancia superior.

Klaus y el Barón tomaron aquella vía.

La escalera desembocaba en una piececita que servía de antecámara: allí vigilaba un criado en un todo semejante á Klaus.

Su consigna era, probablemente, la de franquear el paso; pero se puso delante de la puerta.

—¿No sabéis que los señores no reciben?—dijo de mal humor.

—Yo sé lo que sé—replicó el alemán con el tono arrogante propio de las personas encargadas de alguna misión particular de confianza.—Retiraos, M. Durand: os aguardan arriba nuestros compañeros.

Monsieur Durand resistió cuanto le fué posible, pareciéndole extraño y poco atento que otro supiera lo que ignoraba él.

Klaus atravesó la antecámara reprimiendo el rumor de sus pasos sobre la alfombra: afectaba cierto aire de seguridad y confianza; pero, en realidad, el pobre criado era un gallina con su aire de conquistador y su soberbio traje negro.

Llamó por tres veces á una puerta sobre la cual se cruzaban dos bonitas cortinas.

—¡No contestan!—murmuró.—Si no se tratase de vos, amo y señor...

—¿Están en esa pieza?—interrumpió Rodach.

Klaus, pálido y tembloroso, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

Rodach le separó, y tomó el picaporte con la mano derecha.

—Tranquilizaos—dijo antes de entrar:—aseguro que no os despedirán; pero si os echan, os tomaré á mi servicio.

La grave figura del antiguo cazador de Bluthaupt apareció bañada de un rayo de alegría: celebró

aquella promesa con todo su corazón, y tuvo que echar mano de toda su dignidad para no comenzar á saltar sobre la alfombra.

Rodach entró, y cerró la puerta.

Entonces se halló en una pieza de gran extensión, amueblada con el lujo más severo, y en cuyo extremo se veía un inmenso escritorio de ébano, con sus soberbios pies esculpidos. Alrededor de la chimenea de mármol negro, adornada con columnas inclinadas é incrustadas con figuras de medio relieve, había esparcidos cinco ó seis sillones, cuyo desorden parecía indicar la permanencia en aquel sitio de gentes que hacía poco salieron de la estancia.

Rodach conjeturó que los asientos desordenados podían haber servido á aquellos caballeros que minutos antes atravesaron la antecámara riendo y hablando familiarmente.

Pero lo cierto era que nadie había quedado en la pieza, y que el escritorio, enteramente cubierto de papeles revueltos, estaba abandonado á merced del primero que llegase.

La mirada de Rodach fué á parar desde luego hacia aquel lado; pero apenas tuvo tiempo de leer en varios impresos arrojados y mezclados allí en desorden el famoso encabezamiento «*Caminos de hierro de París á ***. Compañía de grandes propietarios*», porque en aquel mismo instante oyó hablar en la pieza inmediata, cuya puerta estaba entreabierta.

Volvióse Rodach con ligereza; pero no pudo percibir ninguna persona: la puerta sólo presentaba una abertura bastante estrecha, y los que hablaban estaban fuera de la dirección en que podía penetrar la vista.

Le quedaba el recurso de escuchar, y escuchó.

Los que hablaban parecían ascender, según las voces, al número de cuatro: entre estos cuatro acentos había uno joven y pausado, que parecía sacar las palabras de la garganta con un ligero acento alemán; después se percibía una voz típicamente francesa, otra grave y pedantesca, con su énfasis meridional, que podía pertenecer muy bien á un tenor portugués, y, en fin, otra voz de anciano, lastimera, atenta y consternada.

La última era la que hablaba á la sazón.

—Señores—decía,—se me parte el corazón al ver decaer de día en día tan opulenta casa. ¡Dios mío; cuando recuerdo los brillantes negocios que hacíamos en tiempo del anciano M. de Geldberg, no puedo menos de sentir la pena más profunda! ¡Oh; el anciano, el hombre excelente, franco y leal bajo cuya dirección marchaba el inmenso comercio de esta casa, se quedaría aterrado si llegara á percibir el terrible cambio acaecido desde el momento aciago en que le plugo retirarse de los negocios! En su tiempo todo eran beneficios, sin que hubiese jamás una sola pérdida, y al fin del año llegá-

bamos á tener un balance que se podía presentar con orgullo á amigos y enemigos.

—¡Negocios mezquinos, M. Moreau!—interrumpió la voz francesa.

—¡Sistema del siglo pasado!—añadió el acento alemán.

El Barón prestaba atento oído á la menor de estas palabras: su semblante expresaba la inquietud que había asaltado de repente su corazón.

—¿Será la casa menos fuerte que en otro tiempo?—pensó.

—¡Sistema del siglo pasado!—interrumpió la voz del que llamaban M. Moreau.—¡Era el sistema por excelencia! En aquel tiempo, gracias á él, estaban siempre llenas nuestras arcas; ¡y bien sabe Dios que ahora están perfectamente vacías!

Tosió el tenor portugués, y la voz francesa y el acento alemán murmuraron entre dientes palabras que no pudo oír el Barón.

—¿Y cómo no han de estar vacías?—prosiguió M. Moreau, animándose por grados y hablando más alto cada vez.—Yo no soy cajero más que en el nombre. Lo que pongo bajo de llave la víspera, desaparece al día siguiente.

Las tres voces corearon una protesta confusa.

Á cada una de ellas daba Rodach un nombre en su imaginación: el tenor portugués era el doctor José Mira, la voz francesa pertenecía al caballero

M. de Reinhold, y el acento alemán, al joven M. Abel de Geldberg.

—Caro Moreau—dijo este último,—estos señores y yo estábamos tratando de un asunto formal. ¿Habéis subido expresamente para darnos una zurra, como si fuésemos colegiales escapados de la clase?

El cajero replicó con gravedad:

—He venido á deciros que el sábado por la tarde dejé en caja veintidós mil francos, y que esta mañana he tenido que hacer dinero de nuestros valores de empréstito hasta la suma de cuarenta y cinco mil, pues había que realizar hoy en pagos de letras vencidas cerca de sesenta mil.

Calló el cajero, y nadie replicó. Rodach pudo advertir cierto movimiento entre los tres socios, pareciéndole que se balanceaba algún objeto al extremo de la pieza en que se hallaba.

Su mirada, que se dirigió instintivamente hacia aquel lado, se encontró con un espejo, donde había cuatro figuras agrupadas. La primera presentaba una frente calva y benigna, que reconoció fácilmente por la del cajero; la segunda, un semblante frío, adornado con una barba admirablemente peinada; la tercera, un rostro macilento y severo, que hubiera hecho un brillante papel de asesino de melodrama, y la cuarta, en fin, un aspecto reluciente, semejante al de una coqueta que abusase de los afeites.

Rodach no había visto nunca al hijo de M. de Geldberg: en cuanto al doctor portugués y á M. de Reinhold, los había divisado una sola vez en una de aquellas circunstancias que graban las facciones en nuestra memoria con indelebles contornos; pero hacía ya largo tiempo. Sin embargo, ya porque tuviera una memoria excelente ó porque se echase á adivinar, lo cierto es que no se engañó al juzgar á cada uno de los asociados, á quienes había clasificado ya por el sonido de la voz.

Estaban todos de pie, lo mismo que el cajero, el cual tenía en la mano un libro registro: los tres presentaban cierto aire de incomodidad, y un deseo ardiente de que se ahogase la cuestión.

Pero no había concluído.

—Por consiguiente—dijo el cajero, prosiguiendo el razonamiento comenzado,—la caja podía contener siete mil francos sobrantes para los cambios del día, si al llegar esta mañana no la hubiese encontrado absolutamente vacía.

Rodach observó á los tres socios mirarse mutuamente en silencio.

—Pues yo no he sido—murmuró M. de Geldberg.

—Ni yo—dijo M. de Reinhold.

—Ni yo—añadió el portugués.

Los miró el cajero con aquel respeto comercial que permite entrada á la cólera.

—¡Seré yo!—prorrumpió arrojando con violen-

cia su registro sobre una mesa.--Mi caja es como un tonel de cuatro agujeros: vos tenéis una llave, doctor; vos, otra, M. Abel; vos, M. Reinhold, tenéis otra, y yo guardo la restante. ¡Ignoro, á fe mía, si tenéis la esperanza de hacerme creer que soy yo quien se ha apoderado de los veintidós mil francos.

Rodach escuchaba, y fruncía las cejas.

—¡Veintidós mil francos!—pensó.—¡Y yo que creía que aquí sólo se hablaba y contaba por millones!

Como si la casualidad se hubiera encargado de robustecer su pensamiento, sus ojos, que se dirigieron hacia la abandonada mesa de despacho, notaron los prospectos enteramente nuevos y flamantes de la Compañía de los grandes propietarios para el camino de hierro de París á ***, y leyó: CAPITAL SOCIAL, CIENTO NOVENTA MILLONES DE FRANCOS.

—¡Vamos, M. Moreaul— dijo entonces Reinhold. —¿Creéis que es justo meter tanto ruido por semejante bagatela? Tomad diez mil escudos al descuento, y no hablemos más.

—Es que vuestros valores vencen á largos plazos—respondió el cajero,—y vuestro crédito, por grande que fuese en otro tiempo, no bastaría á garantizar empréstitos de tanta monta.

—Eso es cosa nuestra—replicó Abel encogiéndose de hombros.

—Eso me interesa á mí también, M. de Geldberg—prosiguió el cajero con voz grave, al paso que su cabeza calva se inclinaba bajo el peso de un

pensamiento que le dominaba.—Yo he tenido confianza en el crédito de la casa; bien lo sabéis. Tengo aceptados sobre la plaza de París más de trescientos mil francos, cuyas letras no tienen siquiera vuestro endoso: ¡tan ciegamente había yo creído en vos! Carezco de fortuna, señores: mi patrimonio es la honradez, y tengo una familia numerosa.

—¡Cómo! No sé por qué os afligís de ese modo— interrumpió M. de Reinhold.

—Bien sé—contestó el cajero— que la casa posee aún muy poderosos recursos: yo nada temería si pudiera ver sin obstáculo en la contabilidad general; pero tenéis libros por separado, en las oficinas ignoramos dónde se halla la cuenta de la casa Yanos Georgy, de Londres...

—La tengo yo —dijo Reinhold.

—La cuenta de la casa Van Praet, de Amsterdam...—continuó Moreau.

—La tengo yo—respondió el joven M. de Geldberg.

—Y la cuenta de León de Laurens, de París —añadió el cajero.

—No os inquietéis por ella—dijo á su turno el doctor José Mira.

—Además —prosiguió aún el cajero,—suponiendo que estén abiertas esas cuentas particulares (lo cual deseo ardientemente), nos quedan todavía las cargas corrientes de la casa, que habéis hecho so-
bradamente pesadas.

Detúvose el viejo empleado, y Rodach, que seguía esta escena con interés creciente, creyó ver moverse los ojos de Moreau, é inclinarse como si su emoción llegara hasta el extremo de hacerle derramar lágrimas.

—Reponeos, mi excelente amigo—dijo M. de Reinhold en tono de alta protección:—ninguno de nosotros duda que sois un digno fiel servidor.

—¡Lo soy: oh; lo soy!—prosiguió el cajero, cuya voz se hizo más resuelta.—Por eso debo hablaros sin rodeos. La casa marcha á su ruina, y yo no quiero asistir á ella. Si no os conviene entregarme en este mismo instante vuestras cuentas particulares y las llaves de la caja, que habéis guardado desde la retirada del anciano M. de Geldberg, os suplico que busquéis otro cajero.

Monsieur Moreau volvió á tomar el libro bajo el brazo, saludó respetuosamente, y se marchó.

Los tres socios permanecieron solos, corridos y desconcertados.

Durante algunos minutos guardaron tenaz silencio.

—Necesitamos á ese hombre—prorrumpió al fin M. de Reinhold:—será preciso calmarle haciéndole alguna concesión.

—Lo que urge más—dijo Abel—es darle esos veinte mil francos que necesita; pero yo declaro que no tengo dinero disponible.

—Ni yo.

—Ni yo—dijeron los otros dos socios.

—Señores—prosiguió M. de Reinhold,—lo que acaba de decir el buen Moreau es la pura verdad. Por mi parte, confieso haber tomado de la caja seis mil francos en la tarde del sábado.

—Y yo, quinientos luises el domingo, por la mañana—añadió M. Abel.

—Y yo—dijo entre dientes el Doctor—he tomado anoche lo restante.

Echóse á reir M. de Reinhold.

—Con semejante sistema—repuso,—el estado de la caja será siempre terrible. Mas reflexionemos—prosiguió con más seriedad:—es preciso no jugar con el crédito. Si Moreau sale de nuestra casa, van á descubrirse muchas cosas de bulto.

—Yo creo—dijo el Doctor con tono magistral—que no se puede impedir á los jefes de una casa que tomen lo que quieran de su propia caja.

—Eso es cuestionable—replicó Reinhold:—yo pudiera alegar en pro y en contra muy convincentes razones. Pero ahora se trata de reponer los veinte mil francos que faltan en la caja, y que pueden venir á reclamar de un momento á otro. ¡Vamos; acudid todos á vuestra imaginación, caros amigos! ¿Tenéis algún medio para proporcionaros en el acto esa suma?

Abel y el Doctor reflexionaban profundamente.

—Conozco á Moreau—dijo el jöven M. de Geldberg después de algunos momentos:—apostaríá á

que tiene esa suma en su gaveta. Lo hace todo por asustarnos.

—¿Y si lo dice con formalidad?

—En ese caso... ¡qué diablo!..., tomemos prestado.

—¿De quién?

—¿Nos faltan amigos, por ventura?

—No, ciertamente; pero en estas circunstancias era necesario tenerlos en el bolsillo.

En el momento en que el doctor José Mira abría la boca para hablar, se oyó un ligero ruido hacia la puerta. Los tres socios se volvieron á la vez en aquella dirección, y quedaron estupefactos á la vista de un personaje que estaba en pie sobre el umbral.

El desconocido los saludó con gravedad.

—Señores—dijo,—la casualidad os sirve á medida de vuestro deseo. ¿Tenéis necesidad de un amigo? ¡Aquí me tenéis!



CAPÍTULO XI

Los tres socios.

El barón de Rodach pronunció estas palabras con tono grave, bajo el cual, sin embargo, revelaba á su pesar cierta especie de altanero escarnio.

Los tres socios quedaron mudos de sorpresa con la imprevista aparición. Si había una regla observada rigurosamente en la casa de Geldberg, era la inviolabilidad del despacho privado: nadie entraba sin consentimiento formal de sus dueños en aquella pieza franqueada por Klaus al barón de Rodach. Era como un santuario cuidadosamente reservado, en que los amos de la casa podían decirlo y hacerlo todo sin temer las miradas curiosas. El mismo cajero, á quien su cargo daba ciertos privilegios, no penetraba sin previa autorización hasta aquel alto puesto, adornado con arreglo al pomposo título de *cámara del Consejo*.

La cámara del Consejo no se abría sino á las gentes de fuera, á los corredores escogidos que dirigían por cuenta de los tres socios los asuntos de la casa, á los capitalistas y á nobles y distinguidos personajes que deseaban asociarse á sus operaciones.

Á la hora de recibir nadie penetraba allí sin ha-

ber sido anunciado de antemano; y cuando se habían acabado estas visitas, se hacía la puerta tan infranqueable como la de una fortaleza.

Los tres socios debían creerse, pues, á cubierto de toda sorpresa; la llegada de un extranjero en aquel momento era para ellos un verdadero golpe de teatro.

Una casa como la de Geldberg, por terrible que sea la enfermedad que la destruya, puede permanecer en pie mucho tiempo, afirmada sobre las bases de su antiguo crédito, y agonizar durante años enteros presentando todas las señales exteriores de la opulencia.

Lo que puede hacerle sufrir un golpe, es una leve señal de apuro traslucida fuera de su recinto; pero en otro caso vive, marcha y parece á todos llena de vigor, mientras no se despierta la duda, mientras su enfermedad no la obliga á lanzar una queja ó un suspiro. Sostenida por multitud de hombres confiados, y por los odios y envidias que atestiguan su fuerza coligándose en la obscuridad para arruinarla, se incorpora, y presenta erguida la frente, que ningún poder hace inclinar. La víspera de una quiebra puede recibir millones de francos todavía: casos hay en que, por más débil que sea su posición, se la cree poseedora de una caja más repleta y atestada de millones que durante su pasada grandeza; se la ensalza y se la proclama indestructible en la misma hora en que se desmorona, bam-

boleándose el edificio sobre sus deleznales y degradados cimientos.

Al día siguiente sabe el mundo que el rayo cayó sobre ella; en torno de la catástrofe aparecen las ruinas, y de aquel pasado esplendor sólo queda un hombre que huye á uña de caballo dentro de una silla de posta.

En circunstancias dadas, la casa más sólida y vigorosamente construída decae repentinamente, ó la veis sucumbir poco á poco bajo el peso de una especie de maldición: los parroquianos se alejan de ella, ni más ni menos que si estuviera la peste en sus desiertos escritorios. ¿Sabéis por qué? Un rumor ha corrido por ciertos círculos, un tímido rumor, arrastrándose como la calumnia de Beaumarchais; un rumor..., menos aún: un murmullo sordo é insignificante. No se necesita más para dar al traste con la antigua fortaleza. Los poetas comparan la reputación de las vírgenes á la corola blanca de una flor de lis, que se marchita al menor contacto; la comparan á ese polvo brillante y fugitivo que se posa sobre las alas de las mariposas, y que desvanece un soplo sin mucho esfuerzo, y buscan, en fin, símiles en otras cosas tan perecederas como la belleza de la mariposa y la pureza de la flor. Pero si un poeta, por una de esas casualidades sin ejemplo, imaginase hablar del comercio en el lenguaje sublime del genio, ¿adónde iría á buscar exactas comparaciones?

La casa de Geldberg permanecía firme todavía, y sus recursos no estaban agotados ni con mucho; pero hacía largo tiempo que caminaba de crisis en crisis. La conducta de sus jefes, cada uno de los cuales se aplicaba al pillaje y al saqueo organizado, la precipitaba hacia una catástrofe más ó menos lejana, y para salvarla era preciso uno de esos milagros industriales que tantas veces ejecuta la Bolsa de nuestros días.

Positivamente, los tres socios contaban con un milagro semejante.

La casa, en medio de los apuros que la abrumbaban, gastaba un tren colosal é insoportable, que sólo podía existir robustecido por su incomparable crédito.

Lo que hemos dicho acerca de la reputación comercial, se efectuaba en la casa Geldberg y Compañía en grado más eminente que en ninguna otra: la menor señal de debilidad podía perderla; estaba á merced de una palabra.

Aquella palabra acababa de ser pronunciada por los mismos socios, y oídos extraños habían llegado á percibirla. Júzguese ahora si el barón de Rodach, apareciendo de repente en lo más secreto de su conversación confidencial, debería ó no causar un efecto supremo.

Toda aquella mañana habían trabajado los socios como desesperados: las bases de una empresa gigantesca habían sido establecidas. El crédito y

la empresa *marchaban* viento en popa, porque la Compañía de grandes propietarios era ya más que una mera palabra: iba á hablarse de ella en la Bolsa, y sus acciones debían ser solicitadas á muy subido valor.

Esto era infalible: la casa de Geldberg tenía buenas relaciones, y proporcionaba esperanzas legítimas en la adjudicación de sus créditos.

Ciertos rumores hábilmente esparcidos respecto á aquella fiesta babilónica prometida á la gente adinerada de París en un viejo castillo de Alemania, llegaban á tiempo para hacer hablar de la enorme fortuna de Geldberg.

El crédito vale mucho; pero una casa de la cual puede decirse: «posee un dominio que formaba en otro tiempo todo un principado», tiene en la plaza una inmensa acogida.

Nadie estaba obligado á saber hasta qué punto aquellos Estados se hallaban gravados con hipotecas y pensiones.

Repetimos que marchaba todo viento en popa: lejos de desmoronarse el edificio bajo el peso de las malversaciones de los jefes, la casa de Geldberg iba á recibir un nuevo impulso, y á tomar un puesto definitivo á la cabeza de los mostradores más importantes de Europa. ¡Y justamente en aquella hora favorable era cuando la traición ó la casualidad lanzaba una terrible amenaza al rostro de los tres socios!

No se habían conmovido al oír las quejas de su

cajero; habían tratado como en chanza de los miserables apuros en que se hallaba su situación financiera, porque los ojos de su inteligencia estaban fijos sobre el brillante porvenir. Pero de repente un denso velo había cubierto aquel porvenir: el secreto, que para ellos era la fortuna, no les pertenecía exclusivamente.

Durante un prolongado minuto permanecieron consternados y pálidos de cólera.

La mirada del barón de Rodach caía á plomo sobre ellos, fría y tranquila.

Observaba con curiosidad la fisonomía de los socios, procurando juzgarlos en aquel primer momento de confusión.

El doctor José Mira fué el primero que se serenó; pero no juzgó conveniente tomar la palabra.

Reinhold hacía esfuerzos por recobrar la sangre fría, y buscaba palabras para aplanar de golpe al intruso; pero el caballero Reinhold tenía dentro de sí mismo un enemigo encarnizado. Era tan cobarde como en el tiempo en que se llamaba Santiago Regnault; y si era osado algunas veces, cerraba los ojos, y engañaba á su propia debilidad.

No era de esos hombres á quienes educa la prosperidad: veinte años de opulencia no habían bastado para mejorarle. Continuaba siendo el espíritu frío y astuto, pero estrecho y frívolo, del aventurero que hemos visto en el *schools* de Bluthaupt. Nada había perdido ni ganado; ni siquiera prudencia. Era aquel

ser incompleto á quien su mismo atolondramiento hacía parecer más peligroso, y enmascarar más y más; ser nulo para el bien, que maquinaba infamias innecesarias, y que mostraba para las cosas perversas una aptitud que no puede llamarse talento.

Por el contrario, el doctor José Mira hubiera sido tal vez susceptible de enmienda en su conducta, si no en sus principios. En otro tiempo había soñado en una vida honrada en lo exterior, después de los beneficios que le proporcionase el crimen, y se habría arreglado un porvenir tranquilo, lleno de descanso y de dulces goces, como en premio de los trabajos que había sufrido hasta consumir el doble homicidio de los señores de Bluthaupt. Sabiendo de antemano que no le molestarían los recuerdos, porque su conciencia carecía de voz desde los días de la niñez, feliz á su modo y colocado en la altura que más había deseado, el doctor José Mira hubiera podido ser inofensivo, si no virtuoso. No pensaba en hacer mal sino por su interés; y esto era una ventaja que llevaba al caballero Reinhold, cuya vocación se decidía siempre por perjudicar.

Tal era, poco más ó menos, la diferencia que había entre los dos caracteres; pero, en definitiva, tan malo era el uno como el otro.

Porque el portugués José Mira no había logrado su objeto, y carecía de la tranquilidad que había deseado tanto.

Era rico, y aun cuando no ejercitara su profe-

sión de médico, su reputación de sabio era casi gloriosa; su posición como socio de la casa Geldberg le daba una influencia considerable: en una palabra, estaban á su alcance todos los goces de la ambición.

Por otra parte, un velo impenetrable cubría el origen de su fortuna; hallábase á cubierto de toda sospecha, y aun también del remordimiento, ese castigo supremo de los culpables, más terrible que los golpes de la justicia humana.

Sin embargo, un delito pesaba sobre su vida entera y maceraba su corazón; delito tal vez el más venial de todos á los ojos del mundo.

Aquel asesino frío, duro, impasible, que había seguido con ojo avizor la agonía de sus víctimas, la tranquilidad de cuyas noches ningún sueño sangriento venía á turbar, una sola vez había dado rienda suelta á sus pasiones comprimidas con tesón: había deshonrado á una joven, casi una niña; y aquella joven, aquella niña, hecha mujer, constituía para él el instrumento de la vengadora cólera de Dios.

Amaba: bajo su helado aspecto había un fuego ardiente, inextinguible. Una perenne tiranía le hacía encorvarse como un esclavo; no sentía goces ni penas que no pendiesen de aquel amor. Desde hacía largos años se aniquilaba en una lucha amarga y terrible. Sentíase aborrecido; pero marchaba en pos de los insultos: le ordenaban cosas insensatas; pero obedecía.

Su tirano no le daba tregua ni descanso. Aquella fortuna que había adquirido por medio del crimen, no era suya; y aun cuando su vida fuera semejante á la de un anacoreta, saqueaba la caja común con más ahinco que el mismo Abel de Geldberg, joven pródigo y fastuoso. Sus manos no eran más que un canal: el oro arrebatado corría entre sus dedos á torrentes; y en premio de tantos sacrificios, escuchaba una palabra amarga, recibía una burlona sonrisa.

Era un premio justo: la mujer que le castigaba así, era tal vez más perversa que él todavía; pero obrando de tal modo, no hacía más que vengarse.

Dicen que hay dos clases de serpientes venenosas: las unas se lanzan sobre cualquiera presa; las otras guardan su mordedura para el momento de la cólera. Regnault pertenecía á la primera especie, y José Mira, á la segunda.

Regnault mordía atolondradamente; hacía el daño con prodigalidad. Mira se hubiera hecho inofensivo por falta de motivo para hacer daño; pero detrás de él se hallaba aquella mujer, cuya tiranía le excitaba, y el veneno tornaba á bañar sus dientes. Una vez puesto en el caso de hacer mal, marchaba más lejos que Santiago Regnault, porque sabía pensar y callar.

Él era la verdadera cabeza de la asociación. Reinhold, imprudente y osado cuando no se tra-

taba de arrostrar un peligro evidente, servía de brazo al Doctor.

Entonces, como en otro tiempo, M. de Reinhold se ponía al frente, trabajaba con intrepidez, y cuando no bastaba la intriga, emprendía por su propia cuenta empresas comerciales, y ejercitaba todos los recursos de su espíritu mezquino para combinar percances y resultados extraordinarios. Pero estas rapiñas semi-legales sólo podían interesarle á medias, y su osada naturaleza, colocada al frente de algunos peligros, necesitaba un campo más vasto para ejercitarse en incalculadas luchas.

La máscara del Doctor no era, ni con mucho, tan favorable como la de su consocio; su lúgubre fisonomía rechazaba al primer aspecto. Aun cuando poseyese los hábitos de los hombres de mundo, y aun cuando la gravedad llevada hasta el exceso sienta bien á hombres de cierta posición, su aspecto inspiraba tan sólo desconfianza. Poseía un semblante glacial; sus palabras eran enfáticas y penosas á un mismo tiempo; la mentira se ocultaba continuamente detrás de su gesto falso y bajo cada una de sus embozadas frases.

Por lo que toca al joven M. de Geldberg, puede decirse que no poseía una gota de sangre acibarada en su corazón. Ignoraba el crimen que había enriquecido á su familia, y nada sabía de lo pasado: era un comerciante avezado á las estratagemas corrientes, con ayuda de las cuales se destrozan

entre sí los que viven del tráfico. Educado por la usura, ignoraba que existiese otra virtud que la ganancia, y toda su moral estribaba en la Aritmética. Tenía vacíos la cabeza y el corazón; poseía una excelente forma de letra para los registros, y dominaba la ciencia de las cuatro reglas, perfeccionada por la costumbre.

No suelen ser fatuos todos los elegantes; pero cuando llegan á serlo, forman en su género una verdadera maravilla: Abel era elegante, y era fatuo.

Se volvía loco por las bailarinas, adoraba los caballos, apostaba británicamente, y él mismo hacía con lápiz los patrones de sus chalecos.

Las personas de su clase se vuelven algo en ciertas ocasiones, á despecho del axioma: *Nada puede hacerse de la nada.*

Abel de Geldberg fué el primero que rompió el silencio. Mientras José Mira callaba prudentemente y M de Reinhold buscaba lo que debía decir, colocó gallardamente el lente sobre su ojo necio, y miró al intruso con mal gesto.

—¿Qué significa esto?—dijo con el más desdeñoso acento que pudo encontrar.—¿Qué es lo que ese hombre podrá querer de nosotros?

—Este hombre quiere de vos lo que gustéis, M. Abel de Geldberg—contestó el Barón haciendo un segundo saludo, tan grave y cortés como el primero. Hace mucho tiempo que este hombre

conoce vuestra casa, y que desea entrar con ella en relaciones mercantiles.

Abel midió al Barón de pies á cabeza, y no percibió en él más que un mocetón vestido con un traje lleno de polvo y calzado con botas sin lustrar.

Encogióse de hombros, y se volvió hacia sus consocios. El Doctor miraba oblicuamente al extranjero con la mayor atención; el rostro de M. de Reinhold traducía una sorpresa que parecía no tener relación con la extrañeza que había causado la brusca aparición del inesperado huésped, y estaba medio impregnado de cierta clase de duda vagamente despertada.

Hubiérase dicho que recorría con rapidez el fondo de su memoria, y que hacía esfuerzos para aclarar recuerdos muy oscuros.

—¡Debe de ser un local—dijo M. Abel dirigiéndose á los consocios.

—Evidentemente murmuró Reinhold, medio distraído.

—Lo más sencillo es llamar para hacerle poner en la calle.

—Sin duda—volvió á decir aquel.

Entonces se acercó con un movimiento rápido al doctor Mira, que se hallaba dos pasos detrás.

—Creo haber visto ese rostro en alguna parte—murmuró.

—No ese rostro precisamente—contestó el por-

tugués, cuyos ojos estaban entornados,—sino otro que, en efecto, se le parecía mucho.

—Debe de hacer bastante tiempo...

—¡Oh; mucho!

—Iluminad mis recuerdos, doctor: eso es importante para saber qué género de acogida debemos dispensarle; porque si no, haremos aquí bien ridículo papel.

—¡Veinte años!—balbuceó muy bajo el Doctor.

—¡El Diablo que se acuerde!

—¡El viejo Gunther de Bluthaupt!

Monsieur Reinhold se golpeó las manos involuntariamente, y sus facciones se serenaron de pronto.

—¡Es verdad!—exclamó.—Á fe mía que había temido alguna otra cosa peor; porque es bien seguro que el viejo Conde no ha podido resucitar y rejuvenecer. ¡Estas malditas casualidades le hacen á uno volverse loco!

Después, volviéndose hacia el joven socio Geldberg, añadió:

—Habéis hablado de tocar la campanilla, y no creo que haya inconveniente en hacerlo.

Durante los dos ó tres segundos que había durado el rápido diálogo del Doctor y de M. Reinhold permaneció Rodach en el umbral, inmóvil y con los brazos cruzados.

—Vengo de muy lejos—dijo en aquel instante,—y vengo exprofeso para veros. Os advierto que si me hacéis echar de aquí antes de haberme oído,

os arrepentiréis durante el resto de vuestra vida. Soltó Abel la carcajada, y se dirigió á tomar el magnífico tirador de la campanilla. M. de Reinhold quiso reir también; pero de mala gana: José Mira conservó la seriedad.

En el momento en que el joven ponía la mano en el llamador, se entreabrió la boca del Doctor, y dejó escapar dos ó tres palabras como á pesar suyo. —No os apresuréis—dijo;—lo más prudente es saber...

—¿Saber qué?—exclamó el joven agitando la campanilla, cuyo redoblado son se oyó lejos de la estancia.

—Saber, á lo menos, el nombre del que preten-
deís echar, M. de Geldberg — contestó el barón de Rodach alzando ligeramente la voz;—saber si ese hombre es un loco como decís, un sabio, como puede ser muy bien, un mendigo, según su experiencia, ó un millonario tal vez.

—¿Qué nos importa todo eso?—interrumpió Abel. Reinhold y Mira se consultaron con una mirada. —Saber también—repuso Rodach—si ese hombre que aparece en medio de vosotros tiene derecho á entrar en vuestro Consejo á pesar vuestro; saber, en fin, si trae ó no en una mano armas con que perder vuestra casa, aun cuando se hallase en el colmo de la prosperidad, y en la otra, su salvación, por más que se encontrase en la más peligrosa pendiente de la ruina.

La puerta por la cual había salido el cajero Moreau, se abrió de par en par al tiempo de acabar estas palabras: un criado apareció en el umbral.

El joven M. de Geldberg tendió su índice hacia Rodach, á fin de designarle al criado y ordenar su expulsión.

Pero en el instante en que abría la boca, le interrumpió el Doctor diciendo en tono resuelto:

—Que se prohiba severamente la entrada hasta aquí, y que se impida subir á los empleados de la casa.

El criado desapareció.

José Mira dió un paso hacia el extranjero, y le dijo: —Seamos breves. ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—¡Pardiez, doctor! —exclamó Abel volviendo la espalda con despecho. —Creo que mi determinación era lo más breve y terminante que podría hacerse en este caso: si me hubieseis dejado obrar, este caballero estaría ya al fin de la escalera. Rodach se encargó de responder al necio impertinente.

—Os doy un cuarto de hora —dijo— para confesáros imprudente y dar gracias á D. José Mira por las palabras que acaba de pronunciar. Volvíose después al Doctor, y continuó:

—En cuanto á ser breve, caballero, lo más que puedo prometeros es economizar el tiempo y las palabras cuanto sea posible: tenemos más de una madeja que desenredar. Empero, antes de comen-

zar, os suplico que me dispenséis si me tomo la libertad de sentarme.

En el pequeño aposento en que se hallaban, no había una silla siquiera. Rodach entró en la pieza principal, y se dirigió hacia la chimenea, rodeada de excelentes sillones.

Los socios permanecieron solos durante un segundo, y el Barón pudo oírles cuchichear vivamente. Cuando aquellos llegaron á su turno, M. de Reinhold había adquirido una sonrisa completa-mente atable; Abel de Geldberg no tenía ya sino á medias su aire impertinente, y sólo el doctor don José Mira había cambiado de fisonomía.

Desde un principio había comprendido toda la peligrosa imprudencia de su joven socio. Aquel desconocido que llegaba de improviso, le inspiraba muy graves inquietudes, que acababa de compartir con sus compañeros. La reserva y la prudencia es-taban ya á la orden del día.

Como hemos dicho, Rodach se había dejado caer en un sillón cerca del fuego.

—Os pido mil perdones si obro sin vuestro permiso con esta franqueza—dijo á los tres socios;—pero estoy muy cansado: después de haber hecho ayer una larga caminata, no he cerrado los ojos en toda la noche. Dignaos tomar asiento y escuchadme: creo que pronto seremos buenos amigos. Arreglase con mayor comodidad en el sillón, y acercó al fuego sus gruesas botas de viaje.

Los tres socios tomaron asiento: traslucíase vagamente que aquel extranjero, tan mal acogido al pronto, iba ganando preponderancia á pasos agigantados. Los tres socios estaban en su casa; y antes que hubiese hablado, aquel advenedizo se apoderaba de la presidencia, por decirlo así, dejándoles un papel secundario.

Rodach estaba á su gusto: la confusión era para los otros. No habían pasado dos minutos desde que se había agitado la cuestión de si se le echaría ó no, y ya parecía el amo.

—Estaba aquí cuando hablabais con vuestro cajero—continuó el Barón.

—¿Y os habéis atrevido á escuchar?—interrumpió el joven, como cediendo al último arranque de su altivez.

—No puedo decir que no—repuso el Barón.— Poco más ó menos, he oído todo cuanto habéis dicho á vuestro cajero, y todo cuanto os habéis dicho mutuamente después de haber marchado aquel hombre honrado y excelente. Pero no os inquietéis por eso, queridos amigos: en todo habéis usado una discreción admirable; y si yo no supiera infinitamente más que esa pequeñez, bien sabe el Cielo que no habría razón alguna para que me temieseis.

—¿Conque tenemos por qué temeros?—dijo M. de Reinhold sin perder su sonrisa.

—Sí, ciertamente. M. Moreau, vuestro cajero, aun cuando me parece un excelente sujeto y un

digno servidor, creo que es demasiado exigente. Sin embargo, entre las cuentas que os ha pedido, ha olvidado una muy esencial.

—No comprendo—dijo Reinhold.

—Creo que os ha pedido—continuó Rodach—la cuenta de Van Praet, de Amsterdam, la de Yanos Georgy, de Londres, y la de Laurens, de Paris.

Pero no ha hablado de la de Zachæus Nesmer, de Francofort...

Obscurecióse más y más el rostro de José Mira; el joven de Geldberg prestó atención con seriedad. Reinhold, á quien costaba mucha pena conservar su sonrisa, contestó:

—Advertid que nuestro amigo y corresponsal el patricio Nesmer ha muerto ya...

—Cierto es.

—Y que no ha dejado sucesor.

—En eso os equivocáis: tiene un sobrino, hijo de su hermana, niño todavía, pero á quien las leyes han provisto de tutor. Mas, volviendo á vuestro cajero, mi llegada os pone completamente lejos de todo apuro. Si queréis echarle, yo me ofrezco á reemplazarle: si tenéis empeño en conservarle, puedo proveeros en este mismo momento de los veinte mil francos que necesita.

—Pero, caballero—murmuró Reinhold,—sabed que la casa de Geldberg...

—¡Hablemos sin rodeos!—interrumpió el Barón cambiando de tono repentinamente.—Yo sé tanto

como vos mismo respecto á la casa de Geldberg. La casa de Geldberg puede tenerme, á su elección, ó como su mejor amigo, ó como su enemigo más encarnizado.

Reinhold y Mira le dirigieron una mirada de visible temor. Abel de Geldberg no comprendía una palabra.

Rodach sacó del bolsillo una cartera, y tomó de ella veinte billetes de Banco, que puso sobre la chimenea.

—Monsieur de Geldberg—dijo,—tened la bondad de llamar, y enviad á la caja ese dinero.

Abel obedeció maquinalmente.

Entró un criado, y se llevó los billetes.

Abrió el Barón otro secreto de su cartera, y escogió cuatro ó cinco fajas de papel considerablemente ajadas; después continuó:

—Confieso que al llegar aquí no esperaba hallar la casa en estado tan deplorable: yo había venido para cobrar en la caja de Geldberg doscientos treinta mil francos, cuyas letras de cambio son las que veis.

—¡Doscientos treinta mil francos!—repitieron á coro los tres socios.

—Los pagarés han vencido en Marzo último—continuó el barón de Rodach;—se han presentado, pero no satisfecho. Además, poseo varias letras de cambio, importantes en junto doble cantidad, que vencerán en 1.º de Marzo próximo.

—Todo eso está bien—exclamó Reinhold agitado;—pero nosotros teníamos cuenta abierta con

Zachæus Nesmer, nuestro excelente amigo, y esos pagarés no representan una deuda efectiva.

—Si se protestan las letras—repuso firmemente el Barón,—si se llega, en fin, á entablar un juicio ante los tribunales de Comercio, podré usar los medios que me quedan; pero por el momento no hay necesidad alguna de que os preocupe semejante circunstancia: el heredero de Zachæus Nesmer puede esperar, y su interés, lo mismo que el mío, es sostener á la casa de Geldberg.

—¿El vuestro?—murmuró el Doctor.

—El mío—repuso Rodach cerrando la cartera.—Sin duda, recordareis que hace un año recibisteis una carta, poco más ó menos, seis semanas después de la muerte del patricio Zachæus Nesmer. Aquella carta os anunciaba la venta del barón de Rodach, que había obtenido su confianza, y quedaba á su fallecimiento encargado de los intereses de su sucesión.

—Yo he recibido esa carta—respondió Abel de Geldberg:—no conocía á ese caballero, y los hechos en que estaba fundada su epístola me parecían dignos de respuesta. Yo me había reservado á acogerle á su llegada como corresponde á un hombre de su clase; pero como no ha venido...

—Tenéis razón—contestó el extranjero.—Se ha hecho esperar bastante: los viajes le han privado del placer de veros. Ha recorrido Italia y Suiza; pero al fin, helo aquí: yo soy el barón de Rodach.



CAPÍTULO XII

Las tres llaves.

Al oír el nombre de Rodach, los tres socios saludaron al extranjero con el mayor rendimiento.

—Si el señor Barón hubiera tenido la bondad de decirnos su nombre desde luego...—balbuceó Abel.

—No os toméis la molestia de excusaros, caballero—respondió Rodach:—he tratado con muchos comerciantes, y no suelo formalizarme más que en la calle ó en algún salón. Pero volvamos á nuestros asuntos. En la carta que os he escrito, de la cual veo que conserváis vagos recuerdos, os decía que durante un año había hecho todos los negocios de Zachæus Nesmer, honrado patricio que no tuvo para mí ningún secreto. Yo conozco su vida entera, y, por íntimas que hayan sido, no ignoro el género y las circunstancias de las relaciones que le ligaban con D. José Mira, con el caballero M. de Reinhold y con Moisés de Geldberg.

El barón de Rodach subrayó bien sus últimas palabras.

Cambióse en un gesto la sonrisa de Reinhold: el mismo Doctor no pudo evitar un ligero fruncimiento de cejas.

—Todo lo sé—repuso Rodach;—absolutamente todo: desde la muerte del conde Ulrico hasta la del mismo Nesmer.

La voz de Rodach vibró con un temblor imperceptible al pronunciar el nombre de Ulrico de Bluthaupt; pero su fisonomía permaneció firme y tranquila.

—Lo que me faltaba—prosiguió—era conocer lo que ha pasado este último año, y he venido para informarme de ello. La casualidad me ha servido de mucho: he averiguado lo que tal vez hubieseis querido ocultarme; los serios peligros que amenazan á la casa de Geldberg.

—Señor barón—repuso Reinhold,—esos peligros son menos positivos que aparentes: en último resultado, la casa tiene esperanzas magníficas; esperanzas que casi es imposible que lleguen á frustrarse.

—Perfectamente—dijo Rodach;—veamos ahora en qué se fundan esas esperanzas. Pero nada de reticencias; nada de embrollos: decid de una vez la verdad. Sois los deudores más considerables de Zachæus Nesmer, y claro está el interés que tenemos en sosteneros; por tanto, acostumbraos á mirarme desde luego como á uno de vuestros socios, y habladme como á hombre cuya influencia y cuya bolsa van á perteneceros.

Levantóse Reinhold, dominado por un súbito acceso de gratitud, y tendió la mano al Barón, que la tomó sin vacilar. El asesino de Audemer sintió

aquella mano fría; mas no puso en ello atención.

Abel y Mira creyeron percibir un velo de palidez extendido sobre el rostro de Rodach.

—Señores—exclamó Reinhold volviéndose hacia sus consocios, —pienso que entre nosotros no habrá más que un solo pensamiento. La oferta que el señor Barón nos hace con tanta franqueza, debe ser aceptada desde luego.

—Me parece perfectamente—contestó el doctor Mira.

Había en aquella conversación muchas cosas que el joven Abel no podía comprender; pero se creyó en el deber de fingir que nada ignoraba, y repitió inclinándose:

—También es ésa mi opinión; acepto con agradecimiento los obsequios de M. de Rodach.

Reinhold, que se hallaba en el apogeo de su elocuencia, prosiguió:

—Con la ayuda inesperada que el Cielo nos envía, saldremos de una situación difícil, y conseguiremos satisfacer la deuda del heredero de nuestro corresponsal y amigo el patricio Zachœus Nesmer. Y puesto que estos caballeros me dan carta blanca, voy á manifestar con franqueza las ventajas con que cuenta la casa. Fuera de ella, mi posición personal está llena de halagüeñas esperanzas: he fundado en pequeño algunas empresas, cuyos resultados salen á medida de mis deseos. La centralización de los alquileres del Temple, sobre todo, obra

filantrópica y comercial á un mismo tiempo, produce notables ganancias, de las cuales estoy pronto á hacer partícipe á la Sociedad, previa una indemnización equitativa. Además, estoy previniéndome para contraer pronto un ventajosísimo enlace. Ya veis, pues, señor barón, que no os las habéis con mendigos, y que los adelantos que podéis hacernos no corren riesgo algo.

Rodach hizo con la mano un gesto que quería decir: «¡Adelantel!»

—Por lo que respecta á la casa—continuó M. de Reinhold,—tiene el *empréstito argentino*, que le asegura enormes ingresos para un tiempo poco lejano; tiene *La Ceres*, Banco general cuyas acciones están en alza, según podéis ver en la Bolsa: en fin, ha establecido el gran negocio de los negocios; el gran negocio que deberá cambiar en oro todo nuestro cobre: el *Railway* (I) de París á***

—¿Está organizada esa empresa?—preguntó Rodach.

—Todavía no—contestó Reinhold.—¿Creéis que esas cosas se arreglan tan pronto, señor barón? ¡Oh; se presentan siempre dificultades y obstáculos! Los caminos de hierro están en baja, y es forzoso decir que la falta de fondos nos detiene en su realización, como en todas nuestras empresas. Puesto que hablamos aquí con el corazón, no puedo menos de confesar que si no se hubiese retira-

(1) Camino de hierro.

do de los negocios nuestro respetable amigo Moisés de Geldberg, hoy contaría la casa con centenares de millones. Nada exagero, señor barón: en prueba de ello, no hay más que ver que la opinión general nos supone todavía una inmensa fortuna.

—Es verdad—exclamó Rodach;—yo mismo...

—Señor barón—interrumpió Reinhold,—mucho nos alegraríamos de que fueran exactos los cálculos del público; pero, desgraciadamente, estamos bastante decaídos. Doctor, no me hagáis señas: comprended que sólo una absoluta franqueza puede hacernos merecer la confianza de M. de Rodach.

Abel hizo un gesto de asentimiento.

Reinhold continuó:

—La Compañía de grandes propietarios está asentada sobre excelentes bases, y de seguro nos conducirá hasta elevarnos al punto de que ha partido nuestra decadencia; ¡decadencia que nosotros mismos hemos causado, señor barón!—añadió Reinhold dando un profundo suspiro.—Pero como la empresa salga bien (lo cual es más que probable), nuestra importancia llegará á ser europea, y quedarán expiados todos nuestros pecados. Para ello tenemos bien tomadas las medidas; nada hemos perdonado: ni gastos ni medios. Gran parte de nuestro capital ha sido disipado á fin de dar pruebas de opulencia, que valen casi tanto como la opulencia misma á los ojos de la mayor parte de los hombres. ¡Jamás se ha presentado la casa

Geldberg tan suntuosa, tan pródiga, tan regial. Sus empleados gastan igual ostentación que si fueran hijos de la casa; se habla en los diarios de nuestras fiestas y saraos, y nuestros salones no reconocen rivales en París.

—Lo cierto es—dijo el joven Abel de Geldberg retorciendo su bigote;—lo cierto es que este año somos los *leones* en jefe.

El Doctor no tomaba parte alguna en la conversación, y parecía abismado en sus reflexiones; sus ojos, cuyo fulgor parecía apagarse en las profundas cavidades de sus órbitas, estaban fijos en el semblante de Rodach.

—Pero eso no basta ya—repuso M. de Reinhold:—por más que uno arroje el dinero por la ventana, un baile no puede ser más que un baile.

—Efectivamente—dijo el Barón;—no alcanzo la relación que puedan tener vuestros bailes con...

—¿Con la Compañía de los grandes propietarios?—interrumpió Reinhold soltando la carcajada.

—¡Bien se conoce que no es de París el señor Barón!—dijo Abel con ese tono orgulloso propio de un hombre que cree dirigir un excelente epigrama.

—¡Oh!—repuso Reinhold.—¡París no es vuestra virtuosa y sencilla Alemania! Nuestros bailes son las garantías de la opulencia y del poder; y aunque, según todos dicen, trascienden á a ñejo, están y estarán en moda por los siglos de los siglos.

Pero, sea como quiera, nosotros tratamos de perfeccionar é innovar esa senda brillante, aunque trillada en demasía; dar un golpe, en fin, que pueda realmente sorprender y deslumbrar. Al efecto, tenemos resuelto convidar á las personas más distinguidas de París para una fiesta monstruo en nuestro palacio de Alemania.

—¿El castillo de Bluthaupt?—preguntó Rodach con voz sorda.

—Ahora es el palacio de Geldberg—interrumpió Abel.

Reinhold prosiguió:

—Será un medio de utilizar ese inmueble, que casi no nos produce nada, pues nos tienen muy mala voluntad los antiguos vasallos de Gunther. Á pesar de eso, representa un enorme capital. Desgraciadamente, nuestro anciano Moisés de Geldberg ha contribuído mucho á la decadencia de la casa, porque se empeñó contra todo buen sentido en conservar ese dominio de Bluthaupt, origen de los créditos de que sois portador, así como de nuestras deudas en favor de Yanos Georgy y mein-herr-Van Praet. Pero, en fin, ahora se presenta la ocasión de que sirva de algo, y daremos en él una fiesta que durará quince días.

—Para eso tendréis necesidad de una suma enorme—dijo Rodach.

—¡Enorme, enormísima, señor barón!—contestó Reinold.—Pero la fiesta será sorprendente.

—¡Jamás se habrá visto cosa semejante!—prorrumpió Abel frotándose las manos.—¡Bailes en el parque!

—¡Pescas durante la noche, como en Escocia!

—¡Cazas con hachas de viento, como las del superintendente Fouquet!

—¡Torneos más brillantes que el de lord Eglington!

—¡Paseos extraordinarios; carreras de caballos!

—Y yo—interrumpió Reinhold con entusiasmo—aseguro que á la vuelta estarán tomadas todas las acciones del camino de hierro, y suscritas por nombres altamente ilustres.

Monsieur de Rodach reflexionó algunos instantes.

—Apruebo esa idea—dijo por fin,—y os prometo mi ayuda.

—¡Oh!—exclamó Reinhold.—¡Sois nuestro genio tutelar!

—Os ayudaré con gusto—repitió el Barón;—pero es necesario que consideréis que las palabras de vuestro cajero no inspiran una confianza notable: y si vaciáis la caja á medida que yo la llene...

—Nos comprometeremos formalmente á no tocarla—dijo Reinhold.

—Eso no me basta—repuso Rodach:—necesito otras garantías.

—¿Cuáles son?—preguntó aquél.

—Es preciso que me entreguéis las llaves de la caja.

Los tres socios prorrumpieron á un mismo tiempo en un grito de desaprobación.

—Señores—repuso Rodach con tono frío y cortesano,—acabáis de hablarme, según creo, sin usar rodeos. Con lo que me habéis dicho y lo que sé de antemano, os conozco tan perfectamente como si hubiéramos vivido juntos desde hace veinte años. Deseo unirme á vosotros, y sosteneros con todas mis fuerzas: creedme, pues, y no os neguéis á mi exigencia.

Monsieur de Reinhold, aparentando modales diplomáticos, principió:

—Seguramente, señor barón...

—Es cosa de tomar ó dejar mi apoyo — concluyó Rodach.—En definitiva, si yo quisiese emplear medios de rigor contra la Sociedad y reclamar por medio de las vías legales el pago de mis créditos, podría apostarse á que la casa de Geldberg quebraría por tan insignificante niñería.

—¡Claro está!—murmuró Abel.—Pero...

—¡Permitidme! — interrumpió Rodach.— Pero, como llevo dicho, mi ánimo no es poner obstáculos ni trabas á su prosperidad, ni aumentar sus apuros en lo más mínino: lejos de eso, os ofrezco mi bolsillo y todo cuanto yo pueda valer. Esto, señores, debe proporcionarme ciertos derechos. ¿Es extraño, pues, que los pretenda?

Sacó el reloj de la faltriquera, y añadió, después de haber lanzado una mirada rápida á su esfera:

—Se va haciendo tarde, y tengo aún varias cosas que anunciaros. Dignaos decidiros; os lo suplico.

Consultáronse los tres socios con una ojeada.

Contra toda probabilidad, fué José Mira el primero que interrumpió el silencio.

—Si uno lo examina bien—dijo pesando las palabras, según su costumbre, y conservando bajos los ojos,—me parece muy justa la exigencia de M. Rodach.

Abel y Reinhold se miraron con sorpresa.

El Doctor se puso en pie y entregó su llave al Barón, inclinándose profundamente delante de él.

Después de un instante de silencio, dijo Abel:

—Puesto que M. Rodach alimenta nuestra caja, puede muy bien guardar las llaves.

—Tenéis razón—añadió Reinhold:—por mi parte, siento una entera confianza en la lealtad de este caballero, nuestro ángel tutelar.

Inclinóse hacia Rodach, y al paso que le presentaba su llave, añadió en voz baja:

—Desearía tener algunos momentos de audiencia particular con el señor Barón; y si no abusara de su bondad, le suplicaría que entrase en mi habitación antes de salir de esta casa.

Rodach hizo una muestra de asentimiento, y tendió la mano hacia la de Abel, que se inclinaba delante de él por el otro lado.

—Si os fuera posible, caballero—murmuró el

joven con viveza,—os suplicaría que me concedie-
seis una corta entrevista: tendría una verdadera
satisfacción en recibirlos en mi cuarto.

Rodach aceptó con una segunda señal.

En aquel instante llamaron suavemente á la
puerta, y entró el camarada de Klaus llevando dos
cartas en la mano.

Mientras Abel y Reinhold se volvían hacia el
criado, sintió Rodach el leve tacto de un dedo
sobre su espalda: la voz de José Mira deslizó al
mismo tiempo estas palabras en su oído:

—¿Me permitiréis el honor de hablaros sin tes-
tigos?

Reinhold tomó las dos cartas de mano del cria-
do. Una de ellas era de París. Rodach reconoció
de lejos con cierta inquietud en el sobre de la otra
el sello de correos de Francfort.

Lejos de alimentar hostiles pensamientos contra el intruso recién venido, Abel trataba de utilizarle por su propia cuenta y apoyarse en él cuanto le fuera posible.

Lejos de alimentar hostiles pensamientos contra el intruso recién venido, Abel trataba de utilizarle por su propia cuenta y apoyarse en él cuanto le fuera posible.

Esto no obstante, no pensaba rebelarse contra el dominio del Barón: las letras de cambio encerradas en la cartera de aquel, eran por sí solas un arma suficiente para vencerle. El joven Geldberg, por otra parte, no podía menos de imaginar que entre su casa y M. Rodach había un secreto de doble valor que el de las letras de cambio: aquel caballero, en fin, podía presentarse como un formidable acreedor. Bien veía el joven en él un socio nuevo, que podría disminuir para lo porvenir una parte de beneficios; pero por el momento era nuestro considerarle como el enviado de la Providencia divina.

La primera carta.

CAPÍTULO XIII



Poco más ó menos, tales eran las ideas de Reinhold y del doctor Mira: su conciencia los sujetaba por medio del temor, y comprendían la impotencia de sus fuerzas para combatir con ventaja.

Por otra parte, creían que el Barón tenían absolutamente los mismos intereses que ellos, y casi le consideraban como su única esperanza.

Monsieur de Rodach se presentaba en el lugar del patricio Zachæus Nesmer, cuyas simpatías eran tan estrechas con la casa Geldberg y Compañía: las dos fortunas partían de un mismo manantial, y la misma posición del Barón le hacía responsable en cierto modo de aquel pasado común.

Restaba saber hasta qué punto representaba la sucesión y herencia de Nesmer. De aquel hecho no había presentado otras pruebas que su dicho y los créditos que estaban en su cartera. Los socios no habían oído hablar nunca de aquel sobrino de Zachæus, de quien Rodach afirmaba ser tutor; pero es necesario convenir en que un momento semejante sería poco á propósito para exigir rigurosamente explicaciones que no se les ofrecían.

El Barón tenía en su favor muchas ventajas: además, brindaba la paz, y sería provocar la guerra hablar una palabra sobre aquel punto. Mientras sólo se tratase de recibir su dinero y de usar de su influencia, bien podían cerrarse los ojos algún tanto, con la reserva de volver á abrirlos más tarde en tiempo oportuno.

Monsieur de Rodach, en fin, llevaba consigo un temor, y proporcionaba también muy halagüeñas esperanzas; su conducta anunciaba un espíritu pródigo y confiado, y cada uno de los socios estaba resuelto á sondearle á solas, confiando en hacer servir la casualidad de su llegada á su particular interés.

Todas estas razones cambiaron aquella entrevista, cuyo principio había anunciado una tormenta, en una especie de concordato y armonía provocada brevemente; muy extraña, considerando los resultados, pero sumamente verosímil si se toman en cuenta las causas.

En el corto espacio que había durado, anduvieron los tres socios un enorme camino: hubiera sido imposible encontrar en su rostro la huella de aquel desprecio hostil con que habían acogido la entrada de Rodach, ni muestra alguna de la furibunda explosión que había seguido á la primera sorpresa.

Las cosas estaban arregladas: todo marchaba perfectamente.

El semblante del Barón aparecía inmóvil y sereno.

Entonces que, por decirlo así, tenía ganada la batalla, no parecía estar más á gusto que al principio: su actitud era digna y tranquila como antes; su mirada expresaba un vigor noble y una franqueza inmutable.

Bastó un segundo para hacer desaparecer el ligero trastorno que le había causado la vista de la carta que llevaba el sello de la casa de correos de Franc-

fort, y ninguno había tenido tiempo para notar la nube que acababa de pasar por sus facciones.

—¿Es de Bodin?—dijo el joven de Geldberg.

—Creo que sí—repuso Reinhold examinando el sobre:—si el señor Barón lo permite, vamos á asegurarnos de ello al instante.

—Por mi parte, desde luego—contestó Rodach.

Rasgó Reinhold el sobre con cierta precipitación, y leyó en voz baja.

Al mismo tiempo se fruncieron sus cejas, y sus hombros se encogieron algunas veces con despecho.

—En efecto; es de Bodin—dijo por último.—¡El pobre mozo es tan necio como en otro tiempo! La bondad que nos manifiesta el señor Barón, le da el derecho de conocer todos nuestros asuntos, cualquiera que sea su consideración. Bodin--añadió volviéndose á Rodach y desplegando su peculiar sonrisa—es uno de nuestros dependientes, que hemos enviado al castillo de Geldberg para activar los preparativos de nuestra suntuosa fiesta. Debiendo pasar por Francfort, le encargamos que se informase é inquiriera todo lo posible acerca de los tres bastardos de Bluthaupt en la prisión de aquella ciudad.

—¡Ya!—dijo Rodach, exagerando su aire de indiferencia.

—Bien sabéis—repuso Reinhold—que esos tres aventureros son los más encarnizados enemigos de la casa de Geldberg.

—En efecto—repuso Rodach;—hace mucho tiempo que he oído hablar de eso. ¿Y qué os dice vuestro dependiente?

—¡Casi nada!—exclamó Reinhold encogiéndose de hombros.—Se ha presentado en la cárcel de Francfort, y no le han permitido entrar.

—¿Á eso está reducida toda la carta?

—Casi no dice otra cosa: únicamente añade que ha tomado informes en la ciudad, donde la opinión pública está conforme en que los bastardos no podrán escapar esta vez. Porque ya sabréis que se han evadido de casi todas las cárceles de Alemania.

—¡Eso será cuento!

—¡Oh, no; es un hecho certísimo!

El joven Abel añadió:

—Parece que esos mozos son tres hombres resueltos, que no reconocen obstáculos ni barreras.

—Eso se dice—contestó Rodach;—pero ¿qué más escribe vuestro dependiente?

—Que el alcaide de Francfort es hombre entendido y tenaz observador del cumplimiento de su deber, hasta el punto de velar sobre los presos día y noche.

—Maese Blasius bien merece ese elogio. ¿Y qué más?

—Bodin no nos dice una palabra más.

Recostóse Rodach en el amplio respaldo de su poltrona.

—Tenéis razón: todo eso no merece la pena

—murmuró.—Si os agradara saber más noticias sobre el asunto, estoy pronto á dáros las en este mismo instante.

El doctor José Mira, que había vuelto á colocarse en su sitio, y que, según costumbre, permanecía en la actitud silenciosa de una grave meditación, levantó repentinamente los ojos y pareció escuchar atentamente.

—¿Conocéis á esos hombres?—preguntaron á la vez Reinhold y Abel.

—Los conozco—contestó Rodach:—además, yo vengo directamente de Francfort.

—¿Y los habéis visto desde que están en la cárcel?

—Sí; los he visto. Los conozco desde hace mucho tiempo. Creo que no ignoraréis que uno de esos mozos, el llamado Otto, ha estado en la intimidad más estrecha con el patricio Zachœus Nesmer bajo el nombre de Urbano Klob.

—En efecto, hemos oído hablar de eso después de la muerte de Zachœus; pero apenas hemos podido dar crédito á semejante noticia.

—Nada es más cierto, sin embargo. El supuesto Urbano Klob ha estado en tan íntimas relaciones con nuestro buen Zachœus Nesmer, que sabía más que él mismo de sus negocios. Yo necesitaba ciertos informes y noticias, y, por consecuencia, he tenido ocasión de departir algunas veces con él, y de conocer también á sus hermanos.

Notábanse emociones diversas en el semblante

de los tres socios: Abel estaba pálido y expresaba una especie de terror; Reinhold y José Mira examinaban á Rodach con ávida curiosidad.

—¿Es verdad que se parecen muchísimo?—preguntó Reinhold.

—Hay algo de eso—repuso el Barón;—pero siempre se exagera mucho en esas cosas.

—¿Y se asemejan al conde Ulrico?—preguntó el Doctor, cuya mirada era de fuego en aquel instante.

—No—contestó Rodach sin titubear.

—¿Y qué es lo que dicen?

—En primer lugar, que son los matadores del patricio Zachœus Nesmer, uno de los asesinos de su padre.

Reinhold y Mira bajaron los ojos á un mismo tiempo.

—¡Cómo!—prorrumpió Abel:—¿Confiesan?...

—Ante los tribunales, no; pero sí delante de mí. Más diré: se vanaglorian de ello.

—¡Son unos criminales!—murmuró el joven.

—Son hombres resueltos—repuso el Barón, fijando su mirada glacial sobre los otros dos socios;—son hombres que no cuentan con más apoyo que su conciencia y su brazo.

—¿Acaso sois su amigo?—balbuceó Reinhold.

Frunció el ceño Rodach; en su fría mirada brilló un relámpago de altivez.

—Yo soy el barón de Rodach—repuso alzando

la cabeza:—su padre me negó en otro tiempo la mano de su hija Margarita, que me amaba, y detesto todo cuanto de lejos ó de cerca pueda tener algún contacto con la sangre de Bluthaupt.

Estas palabras, pronunciadas con una súbita energía, volvieron la sonrisa á los labios de Reinhold, y serenaron algún tanto el lúgubre rostro del Doctor Mira.

—¡Nos habláis de cosas tan lejanas!—dijo Reinhold.—Pero, ahora que recuerdo: creo haber oído, en efecto, contar una historia semejante. Me parece que os negaron la mano de la joven condesa para dársela al viejo brujo Gunther.

Rodach tomó ese aire de grave melancolía que inspiran siempre los recuerdos dolorosos evocados de pronto.

—¡Yo era casi un niño cuando la vi partir!—murmuró.—Creí que el porvenir había muerto para mí, y se heló mi sangre en las venas. ¡Sufrí cruelmente! Aquella primera desgracia ha pesado sobre toda mi vida. Salí de Alemania, porque la vista del castillo de Rothe desgarraba mi corazón, y hace veinte años que no he dormido una vez siquiera bajo el techo paternal.

Había un profundo acento de verdad en aquellas palabras, pronunciadas con lentitud y tristeza. Mira lanzó un suspiro, como si su corazón se hubiera descargado de un peso enorme; su frente se desarrugó; casi desplegaron sus labios una sonrisa.

Reinhold volvió á tender la mano á Rodach en una explosión de contento, diciéndole:

—¿Sabéis, señor barón, que esa circunstancia nos une con tanta intimidad como si nos hubiéramos conocido hace diez años? Nosotros detestamos también todo lo que tiene relación con Bluthaupt; y para ello tenemos nuestras razones, que sólo podéis conocer en parte. Pero volviendo á esos malditos bastardos, apostaría á que hasta en su prisión se ocupan en forjar proyectos sanguinarios.

—Es verdad—contestó Rodach.

—¿Y en qué piensan?

—Lo primero, en evadirse.

—Es una idea que les ocurre á todos los presos—dijo Abel, que volvió á tomar su aire de fatua suficiencia.—Pero ya hace cerca de un año que están encerrados; lo cual prueba que son excelentes las murallas de la cárcel de Francfort.

—Supongamos que lleguen á evadirse—repuso Reinhold:--¿qué es lo que para entonces proyectan?

—No hacen misterio alguno de sus intenciones—contestó Rodach.—Dicen con franqueza que su obra ha comenzado, y que tienen la firme é indestructible voluntad de acabarla. Meinherr Fabricius Van Praet será la segunda víctima de su venganza.

Abel dilató los ojos extraordinariamente; los demás socios dejaron escapar una ahogada exclamación.

—Después tocará el turno al magiar Yanos

Georgy, y habrán llegado justamente á la mitad de su obra.

Monsieur de Reinhold hacía crueles y desesperados esfuerzos por conservar su sonrisa. Mira estaba inmóvil y helado como una estatua de piedra.

—El resto se ejecutará, indudablemente, á no ser que la muerte se interponga en el camino de los bastardos; y, procediendo por orden de edad, comenzarán por Moisés de Geldberg.

—¡Mi padre!— exclamó Abel estupefacto.

—Si vos no conocéis la historia de vuestra familia, M. Abel —dijo Rodach,—no seré yo quien se encargue de contárosla; pero no ignoraréis que vuestro castillo de Geldberg se llamaba de Bluthaupt en otro tiempo.

—¡Sí; pero lo hemos comprado!—añadió el joven con viveza.—Mi padre lo ha pagado en monedas corrientes.

—Como yo no soy quien piensa en matar á vuestro padre—repuso Rodach con tranquila sonrisa,—es inútil que defendáis vuestra causa en mi presencia. Estamos hablando de los tres bastardos, nuestros enemigos comunes: yo no hago más que satisfacer á la pregunta del caballero Reinhold, manifestando lo que, según me dijeron, piensan hacer.

Abel volvió á sentarse y se pasó por la frente la mano derecha, diciendo:

—Había olvidado que entre los asesinos y mi po-

bre anciano padre existen murallas á toda prueba.

Rodach continuó, saludando cortésmente al portugués:

—Después llegará el turno á don José Mira.

El rostro del Doctor tomó reflejos lívidos y se contrajo rápidamente.

Monsieur Reinhold perdía el aliento; sus ojos, fijos en Rodach, revelaban un pavor indecible.

—Después de don José Mira—prosiguió el inexorable Rodach,—no tendrán que escoger.

—¡Basta, caballero; basta!—balbuceó Reinhold con voz desmayada.

El Barón calló inmediatamente.

Sucedió un prolongado silencio. Cada uno de los tres socios procuraba combatir á su modo su terrible confusión: pesaba sobre ellos una montaña inmensa.

La lúgubre fisonomía de Mira ocultaba bastante bien la terrible agitación de su espíritu; pero la que sentía Reinhold era clara y evidente.

Callaban los tres, y parecían evitar sus mutuas miradas.

Frente á aquella confusión, excitada con inocencia ó de intento, permanecía M. de Rodach frío como un pedazo de mármol; sus ojos vagaban indistintamente del uno al otro rostro de los socios; sus impasibles facciones no denotaban pena ni placer.

Al cabo de algunos minutos, Reinhold, por un

terrible y desesperado esfuerzo, pudo sacudir el visible temor que le dominaba. Aquel anunciado peligro no podía, en realidad, considerarse tan próximo, y Reinhold, en cuya firme naturaleza entraba una fuerte dosis de atolondramiento, sabía ser osado ante los amagos de un peligro lejano.

Tratábase de su muerte; pero ¿cuándo podría realizarse? Y suponiendo que pudiera algún día llevarse á cabo semejante amenaza, ¿no le quedaban sobradas coyunturas para evadirla?

Alzó la cabeza bruscamente, y se esforzó por reír á carcajadas.

—¡Pardiez, señor barón— exclamó;— vuestras noticias son de una especie bien fúnebre por cierto!

—Me habéis preguntado, M. de Reinhold, y me he creído en el deber de contestar.

—¡Mil gracias, caballero! ¡Antes de interrogaros otra vez, me miraré dos veces en ello! ¡Cáspita! ¿En esas lindas cosas pasan las horas de ocio los señores bastardos entre las paredes de su prisión? ¡Oh! ¡Si la casualidad los ayuda, juro que los esperaremos en guardia!

—Por eso os he prevenido—dijo Rodach.

—¡Gracias mil, mi querido barón! Pero yo os aseguro que los señores bastardos hallarán harto difícil la ejecución de su obra. Meinherr-Van Praet sabe dónde le aprieta el zapato; el magiar Yanos tuvo un tiempo en que le hubiera sido fácil hacer de ellos seis mitades de hombres con su excelente

sable: ahora es un juicioso y respetable comerciante; pero debe de tener su vieja hoja arrimada á algún rincón de su despacho. Por lo que respecta á nosotros, indudablemente nos defenderemos como mejor podamos; ¿no es verdad doctor?

— Sí— contestó Mira secamente.

—Y por de pronto— continuó Reinhold,—nos aprovecharemos de nuestro próximo viaje á Alemania para recomendar á esos caballeros á la autoridad militar de Francfort.

—¡Excelente ideal! —dijo Abel.

Monsieur de Reinhold había recobrado toda su peculiar alegría.

—Mis ideas no pueden ser malas, amigo mío—repuso riendo:—en prueba de ello, he aquí otra tan buena cuando menos.

—Oigámosla.

—La de pedir el apoyo de M. Rodach en caso de que se rompan las hostilidades, haciendo con él contra los bastardos una verdadera liga ofensiva y defensiva.

—¡Bravo! — exclamó Geldberg.

—Señor barón—repuso Reinhold, poniendo en práctica su propósito, —supuesto que tenéis ciertas relaciones con esos caballeros, podríamos de antemano estar al corriente de todos sus proyectos, y frustrar sus estratagemas. ¿Qué decís?

Rodach pareció titubear.

—¿Repugna eso tal vez vuestra lealtad? —dijo

Reinhold. — Yo creo que, en buena moral, todo es permitido cuando se trata de obrar contra asesinos.

Atravesó un rayo fugaz por la mirada del barón.

— ¡Todo es permitido cuando se trata de obrar contra asesinos! — repitió con voz lenta y grave. — Tenéis razón, M. Reinhold: esa idea me decide. Además, vuestra ruina sería mi ruina. ¡Está dicho; podéis contar conmigo para todo!

Frotóse Reinhold las manos lleno de júbilo, Abel dió las gracias en nombre de su padre, y D. José Mira las balbuceó también por la parte que le tocaba.

Sonaron las tres; Abel y Reinhold se pusieron en pie. El primero exclamó:

— Tendrá á bien excusarme el señor Barón si tan bruscamente me despido; pero estoy comprometido á concurrir á una cita en que nuestra gran empresa se halla interesada, y hoy menos que nunca quisiera faltar á ella, puesto que la casa va á recibir un nuevo impulso.

— Yo me hallo en el mismo caso — añadió Reinhold.

Abel saludó y se marchó. M. Reinhold quiso hacer otro tanto; pero Rodach, que no se había opuesto en manera alguna á la partida del joven, detuvo á Reinhold con un gesto.

— Exijo dos minutos más vuestra presencia — dijo: — tenemos que tratar una cuestión harto importante, que me ha privado de entablar la presen-

cia de vuestro joven socio, el cual, según creo, ignora vuestros principales secretos.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero—repuso Reinhold volviendo á ocupar su asiento.

Rodach continuó:

—Se trata de ese niño, cuya existencia podría minar la base de nuestra casa.

—¿Qué niño?—dijo Reinhold tomándose tiempo para reflexionar.

—El niño que vino al mundo durante la noche de Todos los Santos en el castillo de Bluthaupt.

Reinhold fingió comprender repentinamente, y se echó á reir mirando al portugués, cuya frente amarilla se desarrugó.

—¿El hijo del Diablo?—dijo Reinhold.

—¡El hijo del Diablo!—murmuró el Doctor.

—El hijo del Diablo—repitió Rodach,—supuesto que os agrada llamarle así. Pero veamos: ¿qué es lo que debemos temer con respecto á él?



CAPÍTULO XIV

La segunda carta.

Al oír la primera palabra referente al hijo del Diablo, había registrado maquinalmente en su bolsillo el caballero M. de Reinhold, como impulsado por un recuerdo repentino.

—¡La carta!—exclamó.—¿Qué diablos habré hecho de la carta?

—¿Qué carta es ésa?—preguntó Mira.

Reinhold continuaba dando vueltas en sus bolsillos.

—¡Pardiez; yo no he soñado!—murmuró.—He recibido dos cartas: una de París, y otra de Francfort; la última, de Bodin, y la otra, de Verdier.

Reinhold no cesaba de buscar; pero en vano.

Al oír el nombre de Verdier, una arruga imperceptible se había dibujado en las cejas de M. Rodach.

—No me he apresurado á abrir esa carta de Verdier—repuso Reinhold,—porque de antemano sé de memoria cuanto puede decirme. Ha desempeñado una comisión, y me pide su precio: es una exigencia muy justa.

—¿Y si la comisión no estuviese cumplida sino

á medias?—dijo el Doctor poniéndose también á registrar.

—¡Dejadlo!--exclamó Reinhold.--Si siento algún deseo de tener esa carta, es porque no sería prudente dejar perder una misiva de tal especie. Por lo que toca á su contenido, no me cabe la menor duda de que lo he acertado. Pero ¿dónde diablos habré dejado ese papelucho?

Reinhold había reconocido inútilmente todos sus bolsillos.

—¡El señor Barón tiene la culpa!--dijo ocultando su despecho bajo una apariencia de broma.— Mi atención ha sido absorbida por las nuevas que esperaba de Francfort, y muy principalmente por los interesantes hechos que este caballero nos ha relatado. ¡Lo cierto es que esa maldita carta ha desaparecido!

Rodach replicó:

—¿Y qué relación existe entre el niño de que hablamos y esa carta perdida?

Reinhold se sonrió con vanidad y contestó:

—Es un gracioso lance que he provocado.

El Barón prosiguió con su tono apacible:

—Yo quisiera saber cómo el caballero M. Reinhold y D. José Mira no han encontrado medio para remitir al Infierno al hijo del Diablo.

Una gracia de semejante especie estaba en visible discordancia con el acento y las maneras de Rodach: esto no obstante, tuvo una acogida sobre-

saliente entre ambos socios. Reinhold soltó la carcajada, y Mira hizo el gesto con que solía expresar su aprobación.

—¡Magnífico, barón; excelente!— exclamó Reinhold.—¡Cáspita; eso de remitir el hijo del Diablo al Infierno, tiene una gracia singular! Ya comprendo que os parece muy extraña la existencia de ese trastuelo.

—Así es--contestó Rodach;--sobre todo, si tomar en cuenta vuestra conocida habilidad en la materia, es imposible comprender que viva aún ese muchacho. Yo considero más difícil haber separado del mundo al viejo Gunther y á Margarita, su esposa.—En eso hay sus más y sus menos—dijo el Doctor en tono de profunda suficiencia.

Reinhold repitió:

—¡Hay sus más y sus menos en el asunto!—Por otra parte—repuso el Doctor,—Francia no es Alemania. ¡Ah, señor barón; qué diferencia hay entre París y aquel viejo y excelente *schloss*, á quien era fácil hacerles creer todo!

—En París es preciso cambiar de ruta—continó Reinhold.—Sin duda, os habrá contado nuestro antiguo amigo Nesmer los medios empleados por nosotros cerca de Gunther de Bluthaupt.

—Todo me lo ha dicho—contestó Rodach:—la conducta de los seis me ha parecido tan diestra como osada.

Pavonóse M. de Reinhold, y el Doctor volvió a mostrar su aire pedantesco.

—Sin embargo—continuó el Barón,—en aquella circunstancia, confeso que habéis desmentido algún tanto el crédito de hombres de armas to-

—Permitid...—interrumpió Reinhold.

—Oh; cuando yo os lo digo!—prosiguió Rodach.—Lo cierto es que será precisa é indispensable mi ayuda para hacer desaparecer á ese joven, que pone en duda el porvenir de todos nosotros con nuestra fortuna entera.

El doctor Mira experimentaba un gozo evidente

al oír las palabras de Rodach: su rostro desconfiado, donde sólo tenía cabida la cautela, expresaba una cosa parecida á simpatía; cada frase del Barón era un paso más que conquistaba su afecto.

Reinhold, por el contrario, sufría en lo más íntimo de su amor propio: no podía menos de lastimarse al oír aquel cargo, en que se le acusaba de hombre nulo.

—¡Pardiez, M. Rodach!—dijo con aire ofendido.—Vuestra ayuda nos será siempre muy grata; pero en esta circunstancia me veo precisado á decir que llega muy tarde.

—¡Cómo!—prorrumpió el Barón, consiguiendo comunicar á su rostro una expresión gozosa de sorpresa.—¿Estaría acaso ese joven?...

—En el Infierno!—interrumpió Reinhold en

tono triunfante. — ¡A estas horas está gozando de su padre Satanás!

Rodach se frotó las manos con aparente júbilo: la máscara de frialdad que había conservado con obstinación, contrastaba singularmente con aquel raptó de alegría.

Mira le contemplaba en el colmo de una verdadera felicidad, y Reinhold gozaba á sus anchas de aquel instante precioso.

Una alegría tan franca y tan viva era en el Barón una profesión de principios que en nada podía desmentirse. Aun suponiendo que ambos socios conservaran siquiera un átomo de desconfianza, debían de estar plenamente seguros de su buena fe: aquel hombre era de los suyos y de su mismo temple; el barón de Rodach no valía más que ellos, y les pertenecía.

Había de antemano grandes razones para juzgarle así. El confidente de Zachæus Nesmer no debía de tener una conciencia muy escrupulosa; pero no podía menos de dominar alguna duda en aquellos espíritus, para quienes la desconfianza era una necesidad. Empero la alegría del Barón disipaba todos sus temores: según ellos, Rodach era más que un aventurero ordinario, y poseía todas las dotes necesarias para entrar de lleno en la digna cofradía de los socios de Geldberg.

Acababa de sufrir un examen: en el fondo de su corazón, Reinhold y Mira le conferían un título amplio y sobresaliente, un diploma glorioso.

—¡Vaya al Diablo mi cita!—exclamó alegremente M. Reinhold.—Llegaré á ella media hora más tarde; pero no puedo resistir al placer de daros completos informes sobre ese muñequillo.

Reinhold hizo un guiño significativo; la grave nariz de Mira experimentó contorsiones de gozo; Rodach se inclinó sonriendo.

—Si yo tuviese esa maldita carta—prosiguió Reinhold, buscando el papel por debajo de los sillones,—tomaría lo que voy á deciros una apariencia mucho más auténtica; pero es preciso pasarnos sin ella, por lo visto. Figuraos que ese rapazuelo ha estado durante varios años sirviendo de dependiente en nuestra casa.

—¡En la casa de Geldberg!—repitió Rodach con muestras de la mayor sorpresa.

—Desde muy niño, señor barón—prosiguió Reinhold.—Allí le teníamos delante de nuestros ojos, comiendo nuestro pan en nuestras propias barbas y bailando en nuestros mismos salones; pero estábamos tan lejos de sospecharlo... Es una historia muy original, que, á riesgo de hacer esperar diez minutos más á las personas que están aguardándome, voy á referiros en pocas palabras. Ya sabéis que el día primero de Noviembre de 1824, en el momento en que más confianza teníamos en la feliz conclusión de nuestra obra, los hijos bastardos del conde Ulrico nos hicieron una terrible trastada en el castillo de Bluthaupt.

—Se llevaron el niño—dijo Rodach.

—¡Salieron de las entrañas de la Tierra — exclamó Reinhold, — ni más ni menos que si fueran tres demonios! Habíamos velado toda la noche completando una obra que no podía dejar nuestro espíritu tranquilo. Cuando los vimos en fila ante la cuna y ante los dos cadáveres, envueltos en sus anchas capas encarnadas, confieso que tuvimos miedo. El mismo Yanos, que es tan valiente, dejó caer el sable, y huyó aterrado. Nosotros seguimos su ejemplo, y los bastardos quedaron dueños del campo. Es indudable que si no hubiesen estado proscritos, nos habríamos visto en el caso de desenredar ante la justicia alemana cargos harto difíciles de resolver; pero, felizmente, la policía sentía hacia ellos tanto odio como amistad hacia nosotros, y no se atrevieron á presentarse en juicio. Limitáronse á llevarse el niño; pero esto era demasiado. Tenían consigo una camarera y un paje de Margarita, que en caso dado podrían hacernos muy mal tercio, y causar á la Sociedad las mayores dificultades.

—Dispensad si os interrumpo, caballero — dijo Rodach. — Zachæus Nesmer me ha contado á menudo toda esa parte de vuestra historia. El paje y la camarera se retiraron con el recién nacido hacia el lado opuesto de Feidelberg; los bastardos los socorrían con dinero que tomaban no se sabe en dónde.

—En los caminos tal vez—murmuró el Doctor.

—No sería extraño—repuso M. Rodach.—Des-

pués inquiristeis por todos los medios imaginables; hallasteis, y conseguisteis llevaros al hijo del Diablo.

—Fué el magiar—dijo Reinhold.

—No lo ignoro: lo que no sé es la suerte del muchacho después de aquel rapto.

Reinhold continuó:

—El niño tenía en aquella época cuatro ó cinco años..., menos tal vez; porque hace ya quince que estamos en París, y aún no pensábamos en salir de Alemania cuando se le hizo pasar á Francia. Nuestro camarada Yanos ha tenido siempre ciertas delicadezas... Quiso á toda costa conservar la vida del chiquillo, y al llegar á París lo confió á una mujer que ahora es tendera del Temple, y que vendía entonces pedazos de paño bajo los pilares de las *Hadas*: aquella mujer se llamaba madama Batailleur.

Rodach hizo un movimiento de sorpresa; Reinhold prosiguió, sin advertirlo:

—El muchacho permaneció en su casa dos ó tres años, hasta que un día se escapó de ella, sin saber por qué. Madama Batailleur, que aún esperaba el pago del primer plazo de la vencida pensión, no se tomó la pena de buscarle.

»Lo que fué de él desde entonces, podréis adivinarlo: vagó por la ciudad ejerciendo los oficios peculiares á los niños pobres; tal vez pidiendo limosna...

»Yo salía de la Bolsa en cierta ocasión llevando una cartera llena de billetes de Banco y de otros

valores en letras de cambio y pagarés. Al tiempo de subir al coche me pareció oír la voz de un muchacho que me llamaba; pero, creyendo que era algún mendigo, no le hice caso: yo sigo el sistema de no fomentar la pereza haciendo limosnas:

»En cuanto á este particular, estoy enteramente identificado con las ideas de los corifeos de la ciencia social, que no cesan de clamar contra la limosna, diciendo que degrada al hombre, y llevan la dignidad del civismo hasta el extremo de negar un sueldo, por un exceso de respeto hacia el desgraciado que les tiende la mano.

»Mi coche marchaba al trote largo, y yo oía siempre detrás de mí el grito de aquel niño. Poco me inquietaba esta circunstancia: mi imaginación iba ocupada con otras cosas más interesantes.

»Al llegar á la esquina de la calle de la Ville-l'Évêque, un grito postrero hirió mis oídos.

»Paróse el carruaje en el patio de nuestra casa. Al poner el pie en las gradas del peristilo, un movimiento habitual condujo mi mano á los bolsillos de mi frac para palpar el sitio que ocupaba la cartera.

»De repente me acometió el recuerdo de aquella voz que había oído hacía poco, y volví á la calle, impulsado por una vaga esperanza.

»No fuí muy lejos: en la esquina, y en el mismo sitio en que había oído el último grito, muy lastimero por cierto, encontré á un muchacho arropa-

do miserablemente, sentado en la acera y apretando con ambas manos su pecho jadeante. El sudor inundaba su rostro: parecía rendido de cansancio, hasta el punto de no poder moverse.

»Pero tan pronto como me divisó se puso en pie de un solo brinco y se lanzó hacia mí, presentándome en triunfo la cartera perdida.

»El muchacho tenía un bellissimo rostro: yo me sentía propenso á ejercitar con él la caridad. La milagrosa adquisición de los créditos y billetes y de ciertos papeles interesantes que contenía mi cartera, obró en mí otro milagro. ¡Qué queréis! ¡Hay momentos en que se vuelven idiotas los más sabios! No hay más que decir sino que caí en la red; me enternecí como un bruto, y tomé al párvulo bajo mi protección: le hice aprender á escribir, y últimamente, le di colocación en casa de Geldberg.

—¡Ah! —dijo Rodach, que había recobrado por completo su frialdad. —¡No os reconozco en eso!

—¡Pardiez! —repuso Reinhold, tratando de excusarse con la mejor buena fe. —Eso me sorprende á mí mismo cuando pienso en ello. Pero repito que hay momentos en que el más avisado ignora lo que hace. ¡Y qué diablo! ¿Quién sabe si aquella ocurrencia nos ha sido favorable? Si el muchacho hubiera quedado abandonado, habría crecido fuera del alcance de nuestra vista, y tal vez cuando menos lo esperásemos le veríamos lanzado en mitad

de nuestro camino para entorpecernos el paso; mientras que ahora es muy distinto.

— Es verdad — dijo el Barón; — á veces, una imprudencia sale á pedir de boca. Pero ¿cómo supisteis más tarde que era él?

— Pasó mucho tiempo. Los jefes estaban muy contentos de su celo y talento, y yo le tenía cierto apego. Siempre he tenido una suerte loca: de diez veces, las nueve, cuando hago alguna locura, la casualidad se encarga de repararla; y he aquí que nuestro tunillo se enamoró cierto día... ¿Sabéis de quién? ¡Nada menos que de la joven con quien yo pretendo casarme!

— ¿De la señorita de Audemer? — dijo Rodach con viveza.

— ¡Ah! ¡Os la había nombrado! — repuso Reinhold. — Tenéis razón. Precisamente el tunantuelo fué á enamorarse de la señorita de Audemer. Creo que ésta no dejaba de hallarle muy de su gusto; y estaba al borde de un precipicio, que me guardé muy bien de mostrar á la Vizcondesa. Esta señora es tan buena, ó mejor dicho, tan simple, que hubiera sido capaz de tomar á los dos jóvenes por la mano y casarlos santamente. Conocí, pues, que estaba en el caso de obrar por mi cuenta en la persona del mismo Franz.

»Podía colocarle en la casa de Van-Praet, ó en la de Yanos Georgy, y, con efecto, resolví alejarle de París.

»Una noche, después de pasadas las horas de oficina, me personé en la reducida habitación que ocupaba en la calle de Anjou. No había ido todavía; pero la portera, que me conoció como el principal y protector del joven, me dió la llave de su cuarto y me introdujo hasta su propio dormitorio.

»Franz era jugador: su sueldo apenas le llegaba para cubrir sus necesidades, y su morada no tenía el mejor aspecto. Me senté para esperarle; y para matar el tiempo, me ocupé con indiferencia en hacer inventario de su reducido ajuar.

»De repente mis miradas fueron á parar sobre un medallón cuyas pequeñas dimensiones se reducían, poco más ó menos, á las de una moneda de cinco francos. Hallábase colgado en la cabecera de la cama, y reflejaba los rayos de la luz de un candel que me había llevado la portera.

»En aquel medallón había un retrato, que creí á primera vista una copia del semblante de la señorita de Audemer.

— »Pero me había equivocado. Cuando veáis á Dionisia, si habéis conservado un recuerdo de la condesa Margarita, conoceréis que podría uno engañarse fácilmente sobre este punto. Dionisia posee todo el rostro de su tía, y el retrato era el de la condesa Margarita.

»Alrededor del retrato había un rizo de rubios cabellos, que sólo podían haber pertenecido á la Condesa ó á su hermana Elena, pues ya sabéis

cuánto se asemejaban también en la época de su niñez.

—Lo mismo sucede con todos los vástagos que produce el tronco de Bluthaupt—interrumpió el Barón con tono de indiferencia:—yo, que desciendo por rama femenina de una condesa de Bluthaupt, esposa de mi abuelo Albert de Rodach, tengo, según dicen, cierto aire de aquella familia.

—Efectivamente—murmuró el Doctor;—eso mismo me ha ocurrido al veros.

—¡Pardiez!—exclamó Reinhold.—Yo no encuentro mucha semejanza entre el señor Barón y los Blutaup que he conocido. Lo cierto es que ese Franz tenía todas las facciones de su madre, y, por consecuencia, las de la señorita de Audemer; de tal modo, que no puedo comprender cómo no me ha llamado desde luego la atención el tipo de ese mozalbeta.

»Pero, volviendo á nuestra historia, os diré que, en vez de esperar al joven, bajé las escaleras de cuatro en cuatro. Mis ideas habían cambiado; ya no era á Inglaterra ni á los Países Bajos adonde quería enviarle: era muchísimo más lejos...

—¡Cómo! ¿Le conocisteis sólo por la circunstancia del medallón?—preguntó Rodach.

—Moralmente, tenía ya cuantas pruebas necesitaba—contestó Reinhold:—el retrato bastó para hacerme abrir los ojos. Las facciones del joven despertaron mis recuerdos; y, en suma, en aquel

instante me persuadí, tanto como ahora lo estoy, de que el muchacho era ni más ni menos que el hijo del Diablo. Sin embargo, yo tenía un medio para robustecer mi opinión, y lo tomé en cuenta.

»La casualidad me había hecho encontrar en el mercado del Temple, donde tengo intereses bastante considerables, á esa madama Batailleur á quien nuestro amigo el magiar había confiado el niño catorce ó quince años antes.

»Aquella misma noche fuí á su casa, y supe que el párvulo que le habían llevado en otro tiempo tenía por nombre Franz, buena y sencillamente.

»Hay más: la buena tendera se acordó del medallón de que os he hablado, diciéndome, por más señas, que en cierta ocasión habían vendido su marco de oro, haciendo poner otro de cobre en su lugar.

»Sobrábame con estos datos. Al día siguiente hice trabar á Franz una disputa con su jefe inmediato, y fué despedido en el acto.

»Creeréis tal vez que era una imprudencia atropellar las cosas de tal modo; pero como llegan aquí todos los días muchas gentes de Alemania, no hubiera sido cosa difícil algún encuentro desagradable.

»Por otra parte, aun cuando hubiese dejado nuestra casa y cambiado de habitación, le hice espiar de cerca, y no ignoraba ninguno de sus pasos.

»Le hubiera dejado obrar á su antojo, bien seguro de que cada uno de ellos le conducía á una

ruina inevitable; pero llegaron á mi noticia rumores sobrado alarmantes por conducto de un hombre honrado que es mi agente en el Temple, y tuve que ordenar las cosas de un modo más ejecutivo.

»Es una cosa sorprendente, señor barón, y bien merece ser contada. Hay en el Temple todo un núcleo formado por antiguos servidores y vasallos de Bluthaupt.

— ¡Diablo!—exclamó Rodach.

—Son, por lo menos, dos docenas—repuso Reinhold, exagerando un poco á fin de dar más valor á su cuento; — y son todos gentes sencillas, muy encariñadas con los recuerdos de sus antiguos amos, que los trataban como á perros, y poseídos de un odio estúpido hacia los actuales propietarios del *schloos*. Ciertamente, tienen poco valor moral; pero en circunstancias dadas, si una casualidad los hiciese dueños del hijo de Gunther, les haría adquirir una incontrastable importancia su propia mala voluntad.

»En la actualidad no los temo; pero entonces nuestro jovenzuelo estaba lleno de vida.

»Mi agente, que, lo mismo que todos ellos, ha sido vasallo y servidor de Bluthaupt, estaba encargado por mí de informarse sobre el género de sus proyectos y esperanzas. Él es hombre diestro, que ha sabido ingeniarse para reconcentrar en sí las simpatías de sus compatriotas, y que me vende á

bajo precio los secretos que ellos vierten en su seno.

—¿Su nombre?—dijo Rodach con negligencia.

—Juan—contestó Reinhold:—habita en la calle de la Petite-Corderie, y tiene, con su esposa la taberna de *La Firafa*, donde se bebe un vino excelente. Si por casualidad os interesa vigilar á alguno entre ese torpe rebaño de alemanes, os recomiendo al tabernero Juan: os juro que quedaréis satisfecho de él.

—Mil gracias—repuso el Barón:—cuando llegue el caso, tomaré en cuenta la advertencia. Pero proseguid vuestra relación.

Reinhold continuó:

—Hacia aquel tiempo, Juan, que tenía que manifestarme ciertas cuentas de mis deudores del Temple, vino á mi casa, y me dijo que corrían ciertos rumores entre los alemanes. Suponían que estaba en París el hijo de Gunther, y tenían ánimo de buscarle y sostenerle por todos los medios imaginables, en el caso de dar con él.

»Yo no mostré inquietud alguna delante del tabernero de *La Firafa*; pero confieso que me dió mucho en qué pensar. Por esta razón me decidí á acabar de un golpe con aquel hombrecillo, cuya existencia amenazaba la de la casa de Geldberg.

»El doctor Mira, que ahora guarda modesto silencio, no fué extraño al plan que concebí, y me dió en aquella ocasión muy oportunos consejos.

»Franz se rozaba con muy malas compañías, y

pasaba los días en cierta taberna. Busqué á un tuno llamado Verdier, y le prometí una fuerte recompensa si podía armar querrela con el joven. Verdier no deseaba otra cosa: es un antiguo maestresala aficionado á matar de cuando en cuando, y conocía á Franz por haberle tratado en algunas casas de juego. Dirigióse, pues, á la taberna que yo le indiqué, y consiguió, sin saber cómo, que el hijo del Diablo le arrojase al rostro un vaso de cerveza.

»Esto era más de lo que se necesitaba. Citáronse para el día siguiente, que es hoy; y como se han batido esta mañana al rayar el alba, hará diez horas poco más ó menos que el último Bluthaupt ha marchado á reunirse con sus abuelos.

—Por lo menos, así lo esperáis—dijo Rodach.

—Y estoy seguro.

—¡Oh! Vos no podéis desearlo más que yo; pero no tenéis una certeza firme, porque los lances de un desafío...

—¡Esa carta, esa maldita carta!—exclamó Reinhold con despecho.—Si pudiese hallarla, os venceríais.

Levantóse otra vez, y se puso á buscar con nuevo ahinco en todos los sitios que había registrado ya. Su mirada fué á parar sobre un objeto que aparecía bajo el reloj. Reinhold dió un grito de triunfo y asió con avidez un papel: era, en efecto, aquella carta, que, lanzada con negligencia, había resbalado entre el reloj y el mármol de la chimenea.

Reinhold la alzó victoriosamente.

—¡Apuesto quinientos luises á que el hombre-cillo está muerto!—gritó.

—No apuesto nunca—repuso Rodach: —veamos lo que os dice Verdier.

Reinhold bajó la carta hasta el alcance de sus ojos y la contempló sonriendo; después rasgó la cubierta con lentitud.

Rodach seguía todos sus movimientos, y se esforzaba por dar á su rostro una vigorosa expresión de ávida curiosidad.



CAPÍTULO XV

Los amores del Doctor.

Jugaba M. de Reinhold con la fingida impaciencia del Barón: se detenía con una lentitud calculada al rasgar el sobre de la carta de Verdier, y sonreía maliciosamente, lanzando al soslayo hacia Rodach miradas triunfantes.

El Barón llenaba tan cumplidamente su papel de curioso, que José Mira llegó á temer formalmente que perdiese la paciencia, y se creyó en el caso de acudir en su ayuda.

—Vamos, Reinhold—dijo en tono resuelto;— esa niñería no viene al caso: se trata de una cosa seria, y el señor Barón os espera.

—¡Oh; me espera!—exclamó Reinhold riendo. —¡Cáspita; eso se está viendo desde una legal! Pero si no fuera por esa maldita cita, no tendría piedad alguna del señor Rodach, y le haría esperar todavía mucho tiempo, para enseñarle á no dudar de nuestra destreza! Mas el tiempo transcurre con demasiada prontitud. ¡Veamos!

Arrojó la cubierta y abrió la carta.

Tan pronto como su mirada discurrió sobre las primeras líneas, se desvaneció como por encanto

su vanidosa sonrisa: una intensa palidez ahuyentó el color de púrpura de sus mejillas, y su puño cerrado amenazó al espacio.

—¡Oh!—exclamó.—¡Es un infame, un cobarde! ¡Está tendido en el lecho con una estocada! ¡Me dice que vuela en su socorro, no sé adónde! ¡Reniego de su cobardía!

Su voz se ahogaba en la garganta, su rostro había vuelto á adquirir una púrpura más subida, y salían espumarajos por entre sus labios irritados y convulsos.

—¡Cómo!—dijo el Barón.—¿El espadachín se ha dejado acoquinar como un niño?

Reinhold, lleno de rabia, estrujó la carta entre las manos.

—¡Es un infame, un cobarde!—repuso.—¡Un miserable!

—Pero, en fin, ¿qué dice?—preguntó José Mira.

Reinhold lanzó la carta hacia el fuego haciendo un gesto violento; pero el papel, mal dirigido, fué rechazado por el mármol de la chimenea, yendo á caer entre las piernas del Barón.

Bajóse Rodach, y lo cogió con la mayor naturalidad.

—¿Tenéis algún empeño en que se quemé este papel—preguntó,—ó queréis permitirme tomar conocimiento de él?

—Podéis hacer lo que os plazca—contestó Reinhold encogiéndose de hombros.

Rodach desplegó el arrugado papel y leyó en alta voz:

«Mi querido protector...»

—¡Mi querido protector!—repitió Reinhold rechinando los dientes.—¡Semejante personaje se atreve á darme ese título después de no haber cumplido con su deber!

El Barón continuó:

«Mi querido protector: esperaba poder anunciaros una buena nueva; pero no había contado con un infernal contratiempo, que, seguramente, me cuesta más caro que á vos...»

—¡Más caro que á mí!—exclamó Reinhold.

«Todas nuestras medidas, como sabéis bien, estaban perfectamente tomadas—continuó leyendo el Barón:—el joven y yo debíamos hallarnos á las siete en el bosque de Bolonia. Llegué el primero, según mi deber; pero, en lugar del manso cordero esperado...»

—¡Todavía se chancea!—aulló Reinhold.

«En lugar del manso cordero esperado—prosiguió el Barón,—me encontré con un megaterio alemán que en otro tiempo había sostenido conmigo ciertas querellas en algunas casas de juego. Yo nada podía negar á aquel demonio, que sabe bastante sobre mi vida pasada para enviarme adonde yo no quería ir: sin embargo, me negué redondamente á dejar tranquilo á nuestro joven, como él me exigía. Entonces me retó, me hizo ponerme

en guardia, y, á pesar mío, me plantó en el pecho una estocada.»

El Barón se interrumpió en aquel momento, y alzó la cabeza como un hombre meditabundo.

—Procurad calmaros, caballero—dijo á Reinhold casi con severo acento;—necesitamos reflexionar con madurez. La cosa es grave: todo viene á probarnos que el joven tiene ocultos protectores.

—¡Es verdad!—dijo José Mira, tomando su semblante una expresión más siniestra.

—¡Cáspita! ¡Tenéis razón!—añadió M. Reinhold. —Pero ¡quién sabe si nos engaña ese chulo de Verdier!

—¿Qué interés podía tener en ello?—preguntó el Barón.

Reinhold abrió la boca para lanzar nuevos anatemas contra su desgraciado agente; pero á medida que decaía su cólera, tomaba cuerpo la razón, y veía aquella aventura con colores diversos.

La observación del señor barón de Rodach le había conducido hacia un nuevo orden de ideas.

—¡Es verdad!—dijo al fin. — Si Verdier no miente, estamos amagados por más de una tormenta semejante. ¿Quién podrá ser ese misterioso defensor?

El Barón separó las manos, é hizo un movimiento de hombros que equivalía á una confesión de su ignorancia.

—Veamos el fin de la carta—dijo.

«Cuando el alemán acabó de hacerme aquel regalo, partió, dejándome tendido en el bosque.

»Después me han conducido á mi boardilla, y en ella me encuentro sin recursos, mi querido protector, por lo cual no puedo menos de dirigir-me á vuestra generosidad.»

Monsieur de Reinhold hizo con la cabeza una señal de enérgica negativa.

«Ya sabéis lo que me prometisteis—proseguía la carta.—Bien consideradas las cosas, por vuestra causa he recibido esta estocada, y me debéis una indemnización. Además, os protesto que seremos más felices en otra empresa semejante.

»Esperando vuestra visita ó vuestra contestación, me repito suyo de todas veras,

»J. B. VERDIER.

»*Calle de Pedro Lescot, núm. 9.*»

El Barón rasgó la carta en muchos trozos, que arrojó al fuego, teniendo cuidado, empero, de guardar entre los dedos la parte en que se hallaban escritas las señas de la casa de Verdier.

Hecho esto, se cruzó de brazos y se recostó en el sillón.

Reinhold estaba enteramente desconcertado: aquel golpe que le hería de improviso había llegado á sorprenderle en medio de su triunfo. No era hombre de grandes recursos; apenas obraba más que por ajenas inspiraciones. En aquel instante no poseía ni una sola idea: su espíritu amilanado veía

vagamente todo un porvenir de nuevas luchas y de ocultos peligros.

El joven á quien había creído un débil niño tan fácil de destruir, estaba guardado por desconocidos protectores; y era preciso que aquellos hombres fueran poderosos y que estuviesen muy alerta para haber podido desentrañar del caos la trama que amenazaba la existencia del último Bluthaupt.

En este caso, ¿podría esperarse que se limitarían mucho tiempo á permanecer á la defensiva?

El doctor Mira tenía los mismos pensamientos.

—Es indispensable estrechar nuestro ataque — dijo después de algunos segundos de silencio. — Por de pronto, es preciso guardarse bien de tener descontento á ese desgraciado, porque podría suscitarlos grandes tropiezos,

—Yo creo lo mismo — añadió Rodach; — y si, como hombre perteneciente á vuestra sociedad, me fuera permitido exponer mi opinión, diría que no se perdiese de vista á ese Verdier, puesto que se ignora lo que puede sobrevenir.

—Soy de parecer — añadió el Doctor — que M. Reinhold vaya á verle cuanto antes, y que le exija explicaciones más amplias.

Reinhold tenía salidas de anciano, lo mismo que conceptos de niño.

—¡Que vaya á casa de ese miserable! — dijo volviendo á adquirir su perdida cólera. — ¡Bien puede

morirse cien veces antes de que me tome la pena de subir los cinco pisos de su boardilla! ¡Me ha engañado indignamente! ¡No quiero volver á hablar de él!

—Pero calculad...—comenzó el Doctor.

—Todo cuanto podáis decirme, será completamente inútil: no quiero ir. ¿Quién me asegura que no me tengan preparado algún lazo?

—No sería imposible—murmuró el Barón;—pero yo, que he acometido en otros tiempos aventuras infinitamente más peligrosas que ésa, no tendría reparo en tomarla por mi cuenta. Si queréis, iré á ver á ese Verdier en vuestro nombre.

Inclinóse Reinhold de mala gana, al paso que José Mira daba las gracias con calor.

—Ahora—repuso Rodach—no quiero detener por más tiempo al caballero M. de Reinhold, y le pido mil perdones por haber retardado tanto tiempo su concurrencia á la cita. Sin embargo, no quisiera que nos dejase marchando preocupado con la penosa impresión causada por la lectura de esa carta. Yo ofrecí mi apoyo poco ha á la casa de Geldberg; se la ofrezco de nuevo, pues, aunque sin prometer de un modo definitivo salir airoso de ese negocio, estoy animado de las mejores esperanzas para llevarlo á cabo.

—¿Habéis imaginado algún medio?—preguntó Reinhold con viveza.

—Hállase todavía delineado en mi mente de un

modo vago é incierto; pero declaro que he removido obstáculos mayores, y puedo aseguraros que podéis confiar en mí y tranquilizar vuestro espíritu.

Reinhold no deseaba otra cosa que tener plena confianza en el Barón: levantóse, pues, mostrando la frente despejada ya, y estrechó cordialmente la mano de Rodach.

—¡Sois nuestro ángel tutelar, señor barón!— dijo en voz alta.

Después añadió, inclinándose hasta su oído:

—No olvidéis que os espero en mi habitación dentro de una hora.

Inclinóse Rodach, y Reinhold desapareció.

Tan pronto como se cerró la puerta tras él, el Doctor adelantó su sillón y procuró tomar un aspecto dulce y amable.

Es forzoso decir que no pudo conseguirlo: su rostro apareció, no obstante, con un aspecto menos siniestro.

Tan pronto como hubo acercado su sillón á distancia conveniente, sacó del bolsillo una anchurosa tabaquera de oro y la acarició con aire meditabundo.

Duró un instante su preocupación; al cabo de aquel tiempo dejó la caja sobre el mármol de la chimenea y se frotó las manos con presteza.

El Barón esperaba sus palabras.

Don José Mira tosió, comió una pastilla de goma, y pasó los dedos por sus arrugadas cejas.

Rodach guardaba silencio: esperaba más frío é impasible que de ordinario.

El Doctor, como arrojando lejos de sí un peso enorme, dijo por último:

—¡Eso es, eso es! ¡Os confieso que tal es mi opinión!

—¿Cuál?

—Que sois nuestro ángel tutelar, señor barón: en este instante representáis el genio de la casa de Geldberg. Cuando llegasteis, no os ocultaré que me asaltó cierta sospecha.

—¿Qué sospecha?

—Casi insignificante; porque no quiero disimularos que aun cuando hubieseis sido lo mismo que yo había temido en un principio, me hubiera apoyado en vos de todo corazón: ¡hasta tal punto odio y desprecio á esos pobres necios que acaban de salir de aquí!

—¿Vuestros consocios?

—¡Mis consocios—repuso Mira lanzando un hondo suspiro:—mis consocios, señor barón!

El velo estaba roto. Mira, el taciturno, sentía que acudía á sus labios un torrente de palabras: ya no encontraba para pronunciarlas más dificultad que la de escogerlas.

—Pero ya hablaremos de eso—repuso:—estaba tratando de vuestra persona, y, como iba diciendos, en aquel primer instante os he considerado como un agente de nuestros enemigos. Empero

todas mis sospechas se han desvanecido después. Desde que habéis atravesado el umbral de esa puerta, os he examinado con escrupuloso cuidado, y lo que he visto me ha inspirado una confianza indestructible en vos. Si la casa de Geldberg puede salvarse todavía, vos seréis, seguramente, su único redentor.

Rodach se inclinó silenciosamente.

—Tenéis interés en ello—prosiguió el Doctor; —y creedme: siento un verdadero regocijo al comprender que hay un hombre tan distinguido entre nosotros.

—Me hacéis sospechar que estáis muy quejoso de vuestros compañeros—dijo el Barón.

—Hay más que eso todavía—contestó Mira bajando la voz.—¡Los detesto, los desprecio! No extrañéis, señor de Rodach, que no mida en vuestra presencia mis expresiones: quiero que la casa se salve, y creo indispensable que sepáis á qué ateneros, enterándoos de las circunstancias de sus socios. Ya sabéis que el viejo Moisés vive completamente retirado: poseía una cabeza bien organizada para el comercio; pero ahora ¡Dios sabe en qué se ocupa! No hay, pues, que contar con Moisés para nada. Su hijo Abel es un pobre muchacho, débil, orgulloso, y miope de talento, fatuo, echado á perder por una casualidad que le ha dado cierta reputación de hábil entre los necios bolsistas.

—Creo que sois muy severo—interrumpió Rodach.

—No tal—repuso el Doctor:—soy justo nada más. M. de Reinhold podría ser un hombre completo si la suerte le hubiese dejado en su puesto de aventurero vulgar, que es su verdadero centro. Miente con bastante destreza, y su defachatez consigue engañar algunas veces: sus modales son una imitación casi exacta de los del gran mundo, y he visto á crecido número de personas considerarle como el verdadero tipo del gran señor. Desgraciadamente, se ha encontrado á la cabeza de una casa inmensa, y su posición real ha puesto en claro su deficiente educación. Si el *gracioso* de los Funámbulos saliese por primera vez á las tablas del Teatro Francés, sería horrorosamente silbado: así acaece en la Bolsa á los jugadores de tercer orden que, llegando á la primera clase, no saben manejar los millones que no están acostumbrados á poseer. Reinhold se ha creído un gran economista, se ha agitado con locura para enmascarar su impotencia, y ha llevado hasta lo grotesco las presunciones de su vanidad pueril. Él es la causa de que se haya retirado de los negocios el viejo Moisés. Cuando lo hubo conseguido, se lanzó en millares de especulaciones absurdas, cuya idea sólo podía germinar en su raquíptico cerebro.

—Sus tentativas habrán desacreditado la casa—dijo Rodach.

—No es eso precisamente—repuso el Doctor.— Reinhold posee cierta destreza: además, sus especulaciones se dirigen especialmente hacia la miseria, y la miseria, que no sabe defenderse, ni aun tiene fuerzas para quejarse, puede servir como valor efectivo para una cabeza bien organizada. Ocupaos en arrebatarse al pobre la mitad de su pan, y os declarará filántropo. El negocio del Temple, que es una estafa clara y terminante, puesto que Reinhold, lejos de pagar los alquileres de esos desgraciados, les arrebatase gran parte de sus beneficios, le ha dado una gran reputación de hombre caritativo. Lo que es peligroso es la multiplicidad de sus empresas, y el derecho que tiene de extraer de nuestra caja el dinero que debe realizar sus ensueños. Reinhold es para la casa una excrecencia odiosa, que puede hacerse crónica si no se corrige.

—En vuestra calidad de doctor—preguntó Rodach,—¿tendríais acaso intención de ensayar la cura?

—Señor barón—dijo Mira,—sobre este proyecto tengo que someteros importantes proposiciones, y espero que no os arrepentiréis de haberme concedido algunos minutos de audiencia. Pero antes creo indispensable deciros una palabra sobre las tres hijas de Moisés de Geldberg. La más joven es todavía muy niña, ignora cuanto pasa en la casa, y sus hermanas no han tenido tiempo para perderla.

El ojo de Rodach, frío é impassible desde el prin-

cipio de aquella entrevista, se animó ligeramente, mostrando algún interés.

—La segunda—prosiguió el Doctor—sería tal vez una mujer excelente si no tuviera á su hermana mayor. Esta última está casada con un agente de cambio, que era rico en cierto tiempo, y á quien ella ha arruinado. Es hermosa, es bella como un ángel, pero mala como un demonio. Si pudiera establecerse una cuenta entre ella y la casa, poseeríamos á estas horas dos millones de francos, que llenarían nuestra caja.

—¡Cómo!—preguntó el Barón.—¿Tiene acaso otra llave?

—No—contestó—Mira;—pero usa la de uno de nosotros.

—¿Y qué pudo hacer con tanto dinero?

—Jugar. Pero gana más á menudo que pierde, y yo la creo sumamente rica. Debe de tener en París algún agente que da inversión á las enormes sumas que cobra diariamente. Es una mujer muy original; posee un carácter fuerte, una imaginación privilegiada, y no tiene corazón. Por lo menos, carece de piedad.

Dijo estas palabras el Doctor apoyando la frente en su mano descarnada; luego continuó:

—En él hay, sin embargo, un fuego profundo, un sentimiento que podría llegar á ser virtud; pero que la ha lanzado en el vicio. Comprende el mal, y es capaz de conocer el bien: es una naturaleza

audaz y resuelta, que todo sabe arriesgarlo y fingirlo; mujer por el capricho desordenado y por la extremada pasión, hombre por la indomable voluntad, demonio por la astucia fría y por su habilidad para engañar.

El rostro del Doctor había perdido la máscara de helado pedantismo que le cubría siempre, por sus labios vagaba una amarga y tristísima sonrisa, sus ojos parecían soñolientos, y hablaba pausadamente y como á su pesar.

—Yo la conocí cuando niña—prosiguió con lentitud y con acento melancólico:—entonces era un ser celestial. La he conocido soltera, y he podido leer á veces en el libro virginal de sus pensamientos. ¿Se sabe, por ventura, lo que es una mujer? ¿Se sabe acaso si hay un Dios? ¡Cuando vuelvo los ojos hacia aquellos días, dudo de todo! Durante algunos meses permaneció equilibrada entre esas dos vías francas y abiertas que los hombres han llamado del bien y del mal. Entregada á sí misma, ¿cuál hubiera sido el camino por que dirigiera sus pasos? Lo ignoro. Lo cierto es que hubo una voz capaz de murmurar á su oído palabras de seducción: un hombre se encontró en su camino para decirle que la virtud era una mentira y que en el Cielo nada existía; ¡nada absolutamente! Un hombre de palabra, de pensamiento, que dudaba sincera y profundamente; un hombre que cifró su única dicha en helar sus ardores juveniles, y en

labrar el alma de aquella niña á imagen de la suya. ¡La suya, que estaba gastada y marchita! Aquel hombre la amaba con una pasión difícil de pintar, y la poseyó.

Interrumpióse el Doctor para respirar con fuerza: su pecho parecía dilatarse; un resplandor deslumbrante enardecía sus ojos.

—Aquello fué ún triunfo lleno de embriaguez —prosiguió con acento conmovido.— Sara era bella como una perla del Oriente, y entraba en los quince años. ¡Jamás ninguna mujer fué colmada con tal cúmulo de gracias y de encantos! El hombre que la poseyó había traspasado hacía muchos años los límites de la juventud; hubiera podido servir de padre á su querida. Pero aquel hombre, desde los días de su adolescencia, comprimía con esfuerzo los ardores de su alma, entregándose todo entero á las obras y á los estudios solitarios; no había amado nunca: sólo conocía las miserias y la inmundicia de la pasión, y esos deseos concentrados que atormentan á un alma de anacoreta. ¡Aquel amor fué su paraíso!

Rodach escuchaba teniendo cruzadas las manos sobre las rodillas; su fisonomía y su actitud expresaban la indiferencia más sincera. El Doctor, por el contrario, estaba conmovido hasta la angustia.

Ambos formaban un contraste singular: el portugués, generalmente tan tranquilo y serio, dejaba hablar á la única pasión que había sentido duran-

te su vida, la cual se exhalaba quejumbrosa, triste y casi poética; empero aquella queja, aquel acento dolorido resbalaba sin conmoverle sobre el espíritu de su compañero, semejante á un vago rumor. Rodach no mostraba impaciencia; su mirada estaba lejos de revelar ninguna muestra de interés.

El Doctor proseguía su relato arrastrado por la pendiente de sus recuerdos; y aun cuando su oyente no le alentaba, se expandía su alma como la de un niño demasiado débil para guardar un secreto. ¡Él, cuya cerrada conciencia no se había abierto jamás ante las miradas de un amigo!

¡Era un extranjero el hombre que escogía por confesor; era casi un desconocido; un enemigo tal vez!

—Aquella felicidad duró tres meses—repuso Mira.—Después de algunos días pasados entre goces de que no hay ejemplo, ¿podrá uno vivir años enteros, solo, triste, abandonado? ¡Oh; no! Señor barón, ¿habéis adivinado quién era ese hombre?

—No—respondió Rodach con aire distraído.

José Mira le miró un instante en silencio: hubiérase dicho que sus ojos hundidos, cuyas oscuras pupilas no habían reflejado tal vez un sentimiento de piedad durante su vida entera, estaban próximas á llorar amargamente.

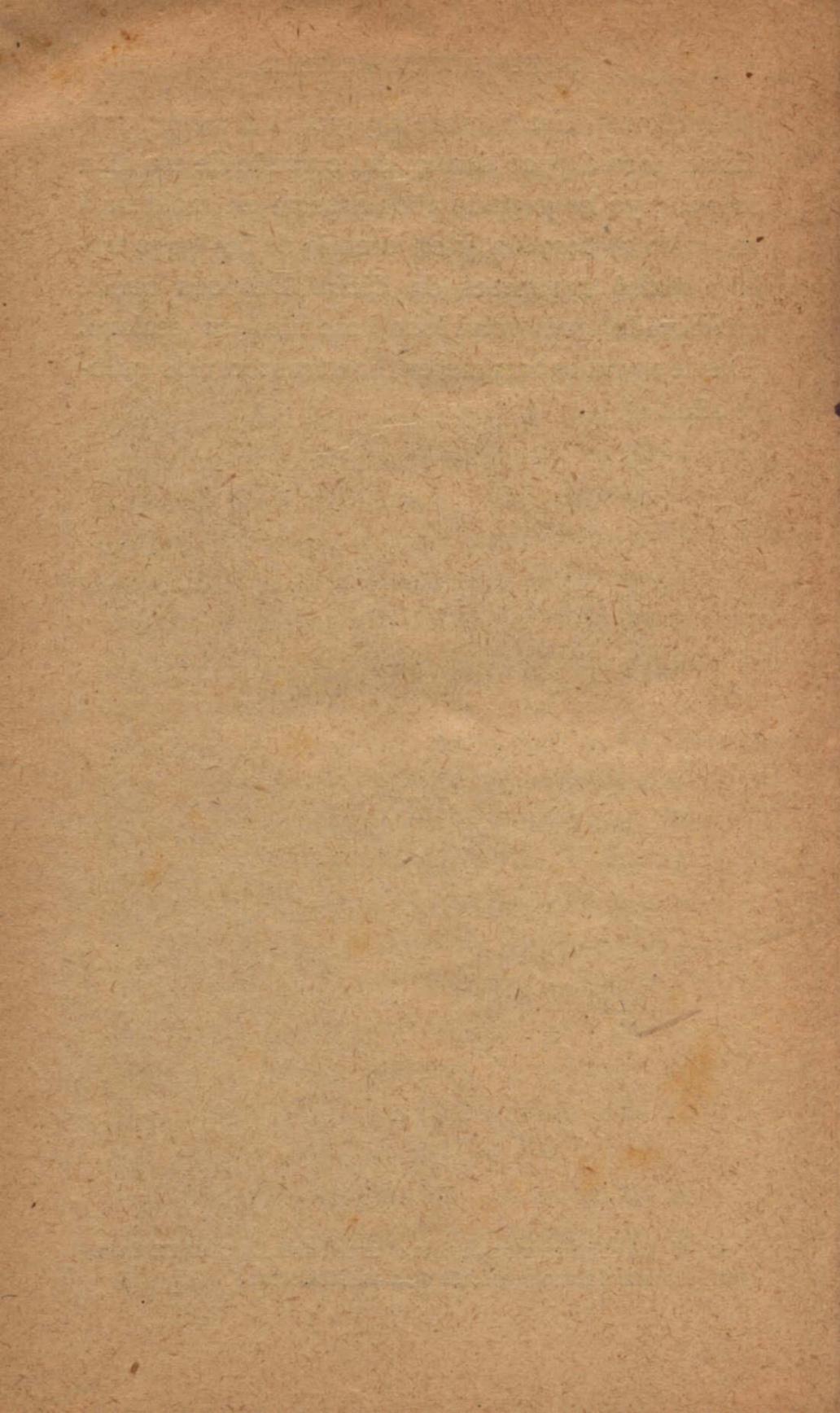
—¡Soy yo!—dijo en fin con voz ahogada. —¡Yo! El Barón no manifestó la menor sorpresa.

—¡Lo oís!—exclamó el Doctor en una especie

de vértigo. — ¡Ese hombre soy yo! ¡Yo me he deslizado poco á poco dentro del corazón de esa niña incauta; yo he gastado años enteros en moldear á mi gusto su corazón, y en premio de tan largo trabajo recibí tres meses de dicha! Después quedé enamorado, me volví loco, me hizo su esclavo. ¡Desde aquellos tres meses, han transcurrido quince años!

FIN

NOTA. La continuación de esta obra se titula LA CASA DE GELDBERG, y forma el tomo siguiente de esta Biblioteca.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Capítulo primero.—Nono la esportillera.....	7
Cap. II.—Los Renault.....	24
Cap. III.—La espera.....	46
Cap. IV.—Historia de una noche.....	57
Cap. V.—Las ropas de Franz....	74
Cap. VI.—El cofrecito.....	87
Cap. VII.—El proyecto de una fiesta.....	101
Cap. VIII.—Las dos jóvenes.....	119
Cap. IX.—La antecámara.....	136
Cap. X.—La caja de cuatro llaves.....	147
Cap. XI.—Los tres socios.....	163
Cap. XII.—Las tres llaves.....	183
Cap. XIII.—La primera carta.....	194
Cap. XIV.—La segunda carta.....	209
Cap. XV.—Los amores del Doctor.....	227

